QUIEN ES CHILE

NOSOTROS
LOS
CHILENOS

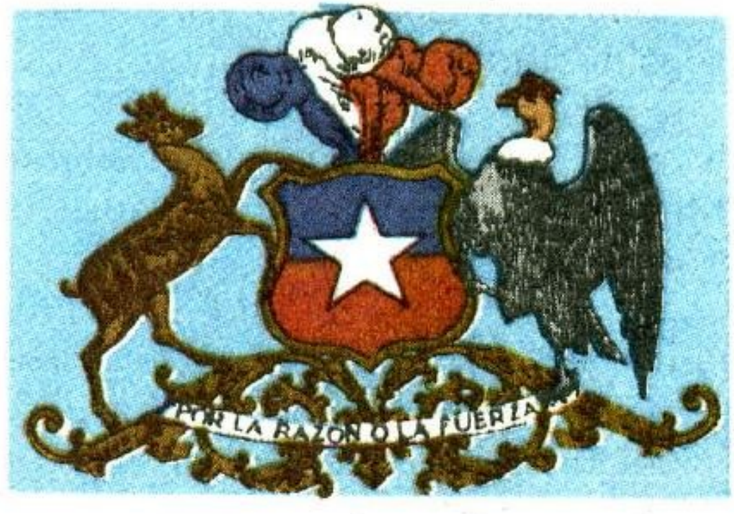
Colección: "NOSOTROS LOS CHILENOS"
Serie: HOY CONTAMOS

QUIEN ES CHILE

Libro: Quién es Chile.
EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA.,
Avenida Santa María N.° 076,
Casilla N.° 10155, Stgo. de Chile.
Inscripción N.° 39380.
Primera Edición, 1971.
Arte y Diagramación: ROSARIO TORRES PEREIRA.
Fotos: CARLOS TAPIA, LUIS LADRON DE GUEVARA, PATRICIO GUZMAN, ARCHIVO Y POOL FOTOGRAFICO DE QUIMANTU, FILMOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Y ARCHIVO FOTOGRAFICO DEL CANAL 7 DE TELEVISION NACIONAL.
Este libro se terminó de imprimir en los talleres de la EMPRESA EDITORA NACIONAL QUIMANTU LTDA., Bellavista N.° 0153, en el mes de octubre de 1971.
Edición de 50.000 ejemplares.
Director de la División Editorial:
JOAQUIN GUTIERREZ.
Jefe del Departamento:
ALEJANDRO CHELEN.
Director de la Colección:
ALFONSO ALCALDE.

INDICE

Tarjeta de identidad	8
Chile, país de la América andina	10
Nuestra cultura	20
Nuestra economía	56
¿Cómo somos?	78
Panorama político	96
Un nuevo mundo llamado Chile	118



TARJETA DE IDENTIDAD

Superficie continental incluyendo islas	757.548 Km².
Territorio Antártico Chileno	1.250.000 "

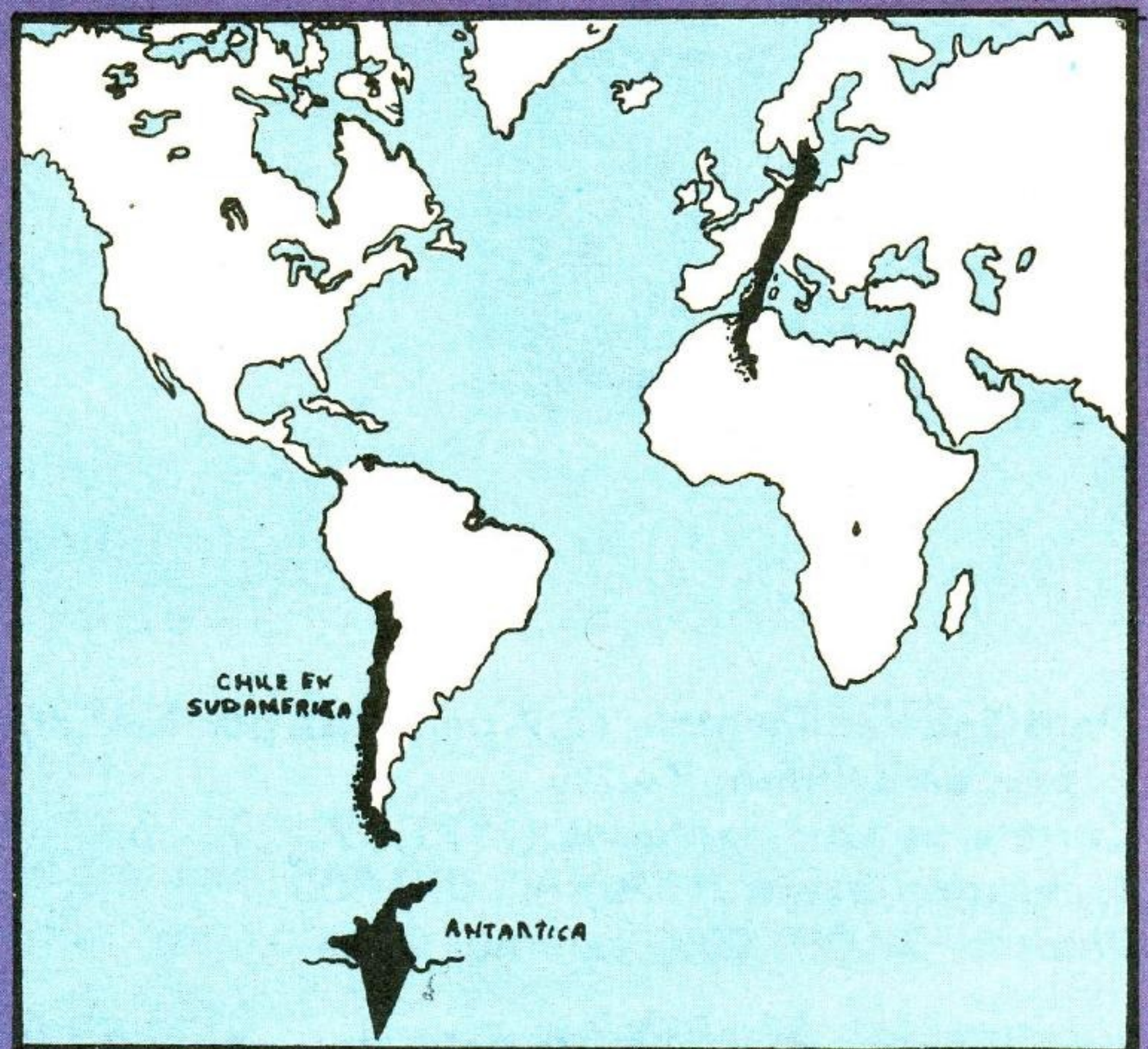
División administrativa:
25 provincias, 94 departamentos, 304 comunas-subdelegaciones, 439 oficinas de Registro Civil.

Población al 30 de junio de 1970	9.725.800 habitantes
Estimada para 1980	12.640.000 "
Calculada para el año 2000	20.684.000 "

Densidad continental: 12,9 personas por Km^2.
Población urbana: 74,2%.
Carreteras pavimentadas (1971): 7.530 Km.
Transporte aéreo (1970): 48.000.000.
(interno: 24.000.000; externo: 24.000.000).

Flota mercante (1970): 68 unidades con 539.842 TRB.
Teléfonos: 312.042.
Horas en relación con GMT: menos 5 horas (desde octubre).

CHILE
PAIS DE
LA AMERICA ANDINA



Chile es un país de montañas. Por el este lo recorre el macizo andino, con cumbres de 5.000 metros, y al oeste, el océano Pacífico baña sus costas.

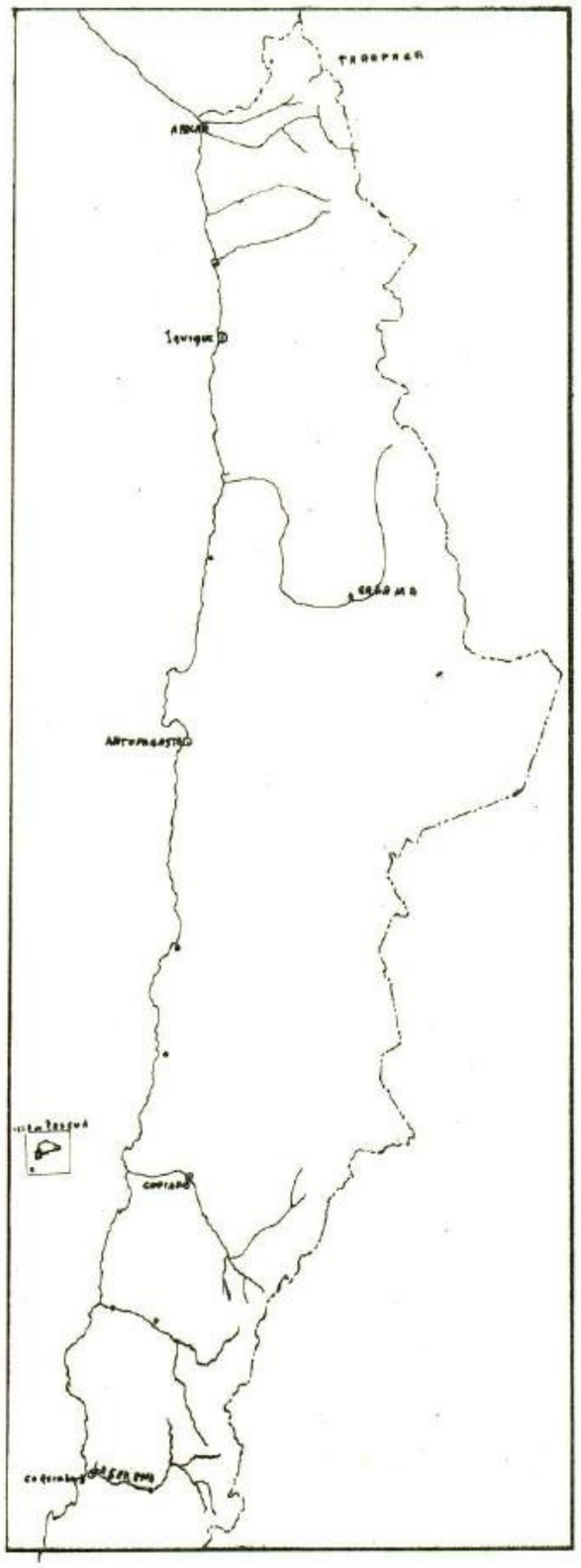
La cordillera de los Andes le sirve primero de límite natural con Bolivia y luego, a lo largo de gran parte del país, con Argentina; en la parte sur divide al territorio en dos: una al este, de llanuras, y una al oeste, de archipiélagos.

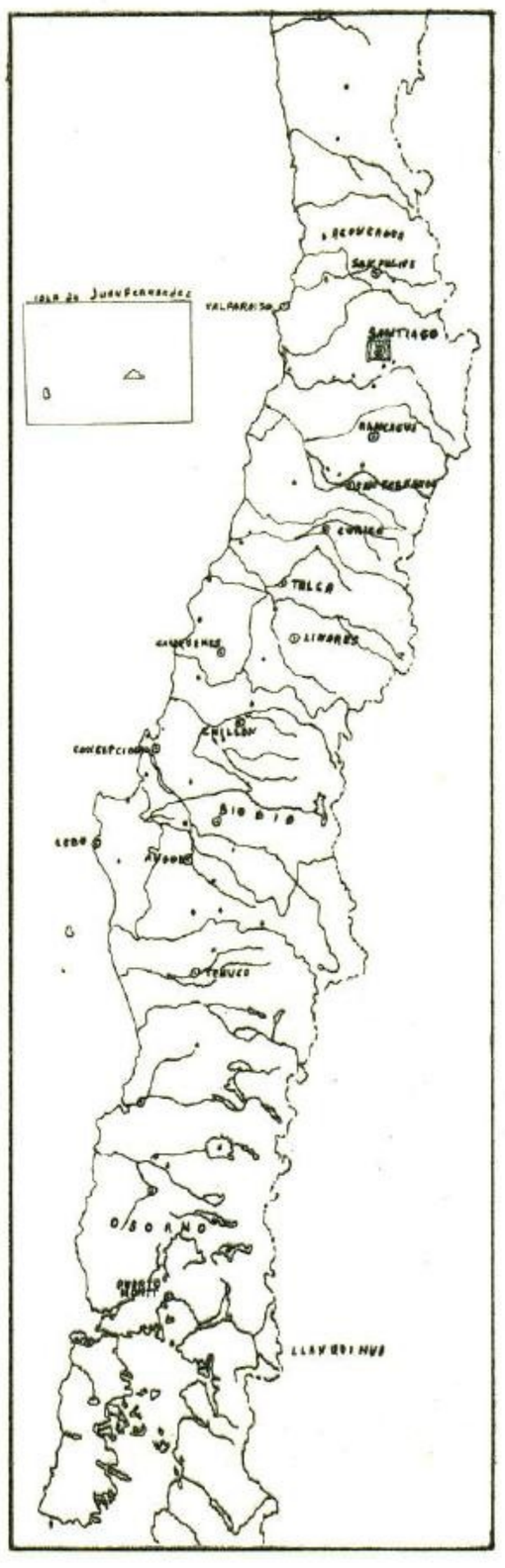
En el océano Pacífico, el país se prolonga en una serie de islas y también le sirve de unión con los países de la Oceanía y con los del Asia; además lo conecta a través del océano Glacial Antártico con la parte chilena de la Antártida. El Chile continental, por sus límites, se interrelaciona directamente por el norte con el Perú y por el este con Bolivia y Argentina. Su superficie es de 757.170 Km^2, ocupando el séptimo lugar entre los países sudamericanos. La superficie del Chile antártico es de 1.250.000 Km^2, y la del Chile insular, de 378,5 Km^2.

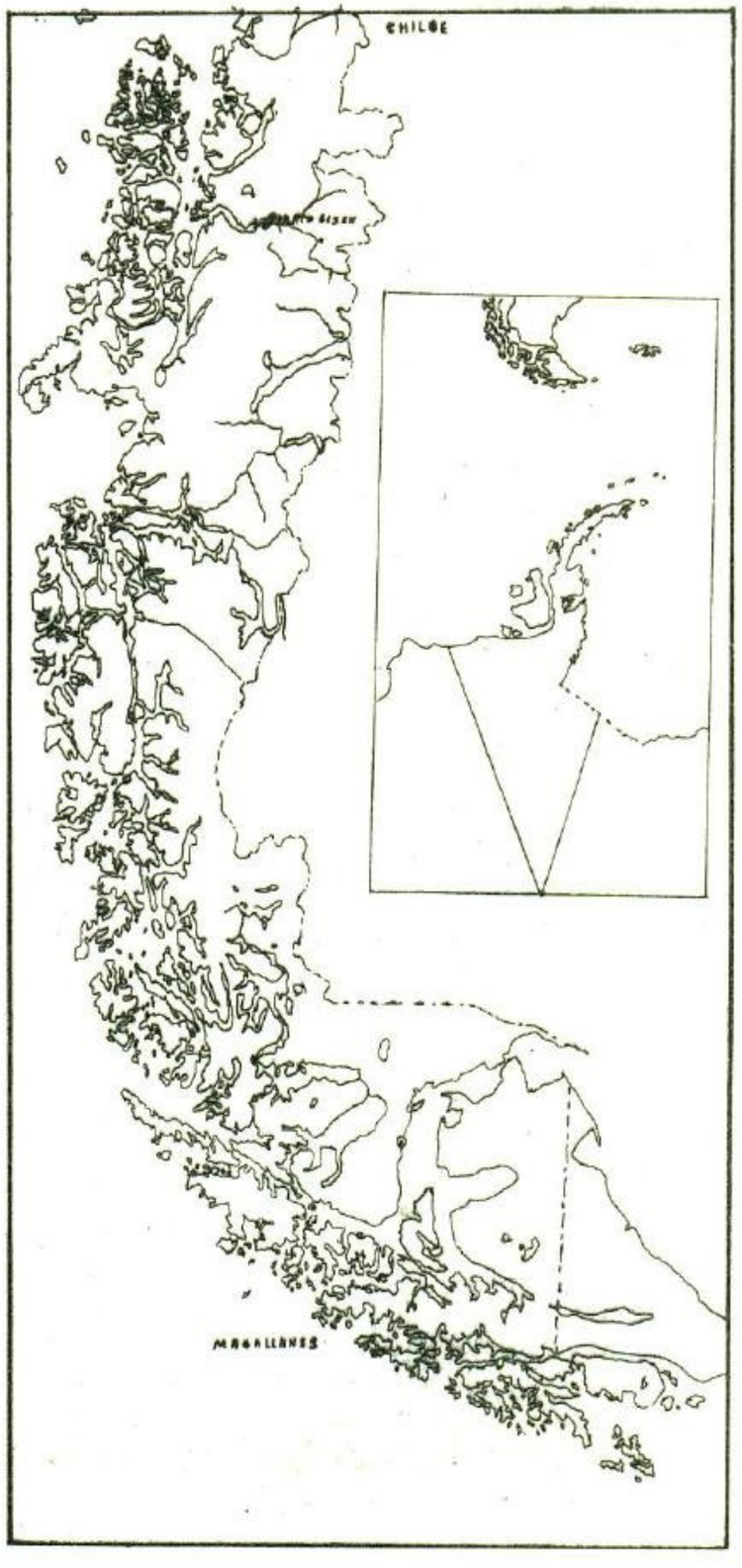
Por sus características naturales, Chile es un país de marcados contrastes físicos. Su marginalidad proviene de la exagerada extensión en el sentido longitudinal: más de 4.200 Km., y por su marcado desnivel en el sentido transversal: 5.000 metros como promedio en una distancia de sólo 200 Km., junto con presentar en los Andes algunas de las más altas cumbres de la Tierra (Ojos del Salado, con 6.908 metros). En el océano frente a sus costas presenta profundas fosas (la de Taltal, con 7.635 metros).

En la parte sur la tierra se divide espectacularmente, ofreciendo centenares de bahías, canales, fiordos, islas.

Chile presenta todas las gamas de climas, a excepción del tropical húmedo, con una pluviosidad que sólo alcanza a 10 milímetros en medio siglo. En cambio, en el Sur, a la salida occidental del estrecho de Magallanes, se han llegado a medir hasta 8 metros de pluviosidad anual.







NORTE CENTRO SUR

CHILE Y SUS REGIONES NATURALES

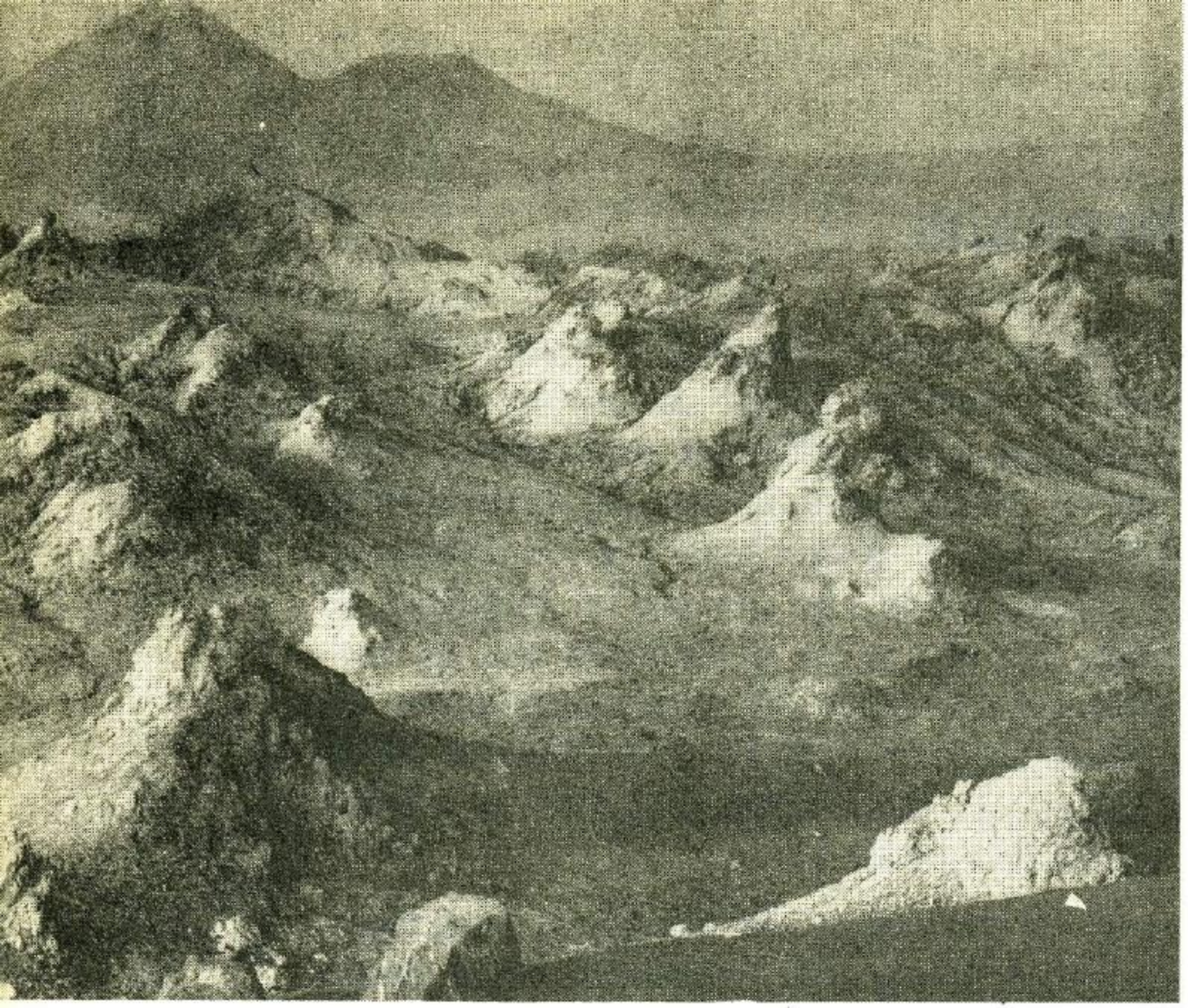
Los contrastes que ofrece el país en su extensa longitud y escaso ancho; las diferencias de altitud de este a oeste; las variadas formas de relieve; las marcadas diferencias en los recursos hidrográficos y las múltiples oscilaciones vegetacionales permiten, en síntesis, que en el Norte encontremos el desierto más árido del mundo, el cual hacia el altiplano, gracias a la altura y a las lluvias estivales, se transforma en una estepa de altura, y hacia el sur, con el aumento de las lluvias invernales, en una estepa cálida. En el Centro se empieza con un matorral mediterráneo, que luego se transforma en una selva mixta, ocupando no sólo la parte más austral del Centro, sino también toda el área lluviosa de la región sur, en la cual, ya fuera de la influencia moderadora del mar, se ubican los hielos continentales, las estepas y las turberas frías.

El Norte ocupa administrativamente las provincias de Tarapacá, Antofagasta, Atacama y Coquimbo. Sus características físicas más relevantes están dadas por la orientación de su relieve, que en Tarapacá y Antofagasta se ordena en sentido longitudinal, distinguiéndose la cordillera de los Andes, la depresión intermedia y la cordillera de la Costa.

Toda la región norte se encuentra bajo el dominio de los climas áridos: desierto y estepa cálida.

Más al sur, y especialmente en la provincia de Coquimbo, encontramos un clima de estepa cálida, debido al aumento paulatino de las lluvias.

La vegetación se concentra en los oasis alargados que originan los cursos de agua de la región. La depresión intermedia del Norte, con excepción de los oasis y de la Pampa del Tamarugal, no tiene vegetación alguna.



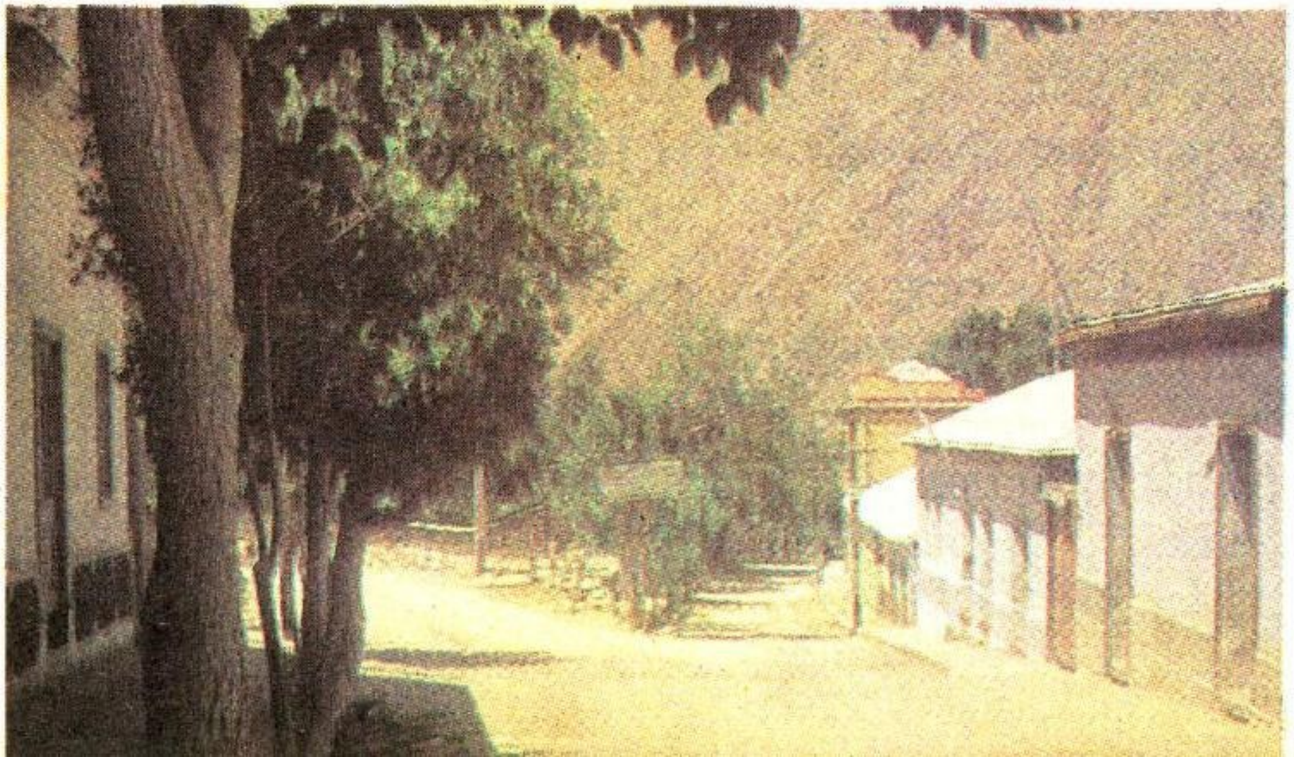
Valle de la luna; a la izquierda, el volcán Licancábur. Provincia de Antofagasta.

Este caserío ubicado a los pies del volcán San Pedro está cerca de la frontera con Bolivia, en la provincia de Antofagasta.

Frontis de la iglesia de Parinacota, al interior de Los Andes.

El litoral norte de nuestro país cuenta con lugares como La Portada, en Antofagasta, donde extrañas formaciones interrogan al visitante.

Oasis de la luna, en el desierto de Atacama.



Arrieros internándose cerro arriba, en la cordillera central.

Paihuano es un pintoresco villorrio al interior del Valle de Elqui.

El Centro comprende desde las provincias de Aconcagua, Valparaíso, Santiago, O'Higgins, Colchagua, Curicó, Talca, Linares, Maule, Ñuble, Concepción, Arauco, Bío-Bío, Malleco, Cautín, Valdivia, Osorno y Llanquihue.

Los rasgos más sobresalientes del relieve son la cordillera de los Andes, la depresión intermedia y la cordillera de la Costa, todos los cuales se ordenan en el sentido longitudinal. La cordillera de los Andes se presenta en forma continua y maciza, sobresaliendo en ella numerosos conos volcánicos (entre otros, el Peteroa, Descabezado, Antuco, Llaima, Villarrica, Osorno). Además de su volcanismo muestra, en la medida que se avanza hacia el sur, una serie de serranías ricas en bosques, que rodean a numerosas cuencas lacustres (destacándose los lagos Laja, Villarrica, Ranco, Puyehue, Llanquihue).

La región se sitúa bajo el dominio de los climas templados, predominando en la parte norte el tipo de clima mediterráneo, y al sur, el templado cálido lluvioso.

La vegetación sufre cambios tanto de norte a sur, como de este a oeste, pues las lluvias no sólo aumentan con la latitud, sino también con la altitud.

El Sur se divide en las provincias de Chiloé, Aysén y Magallanes, ocupando una superficie total de 263.630 Km².

Las Islas. Las costas del Chile continental, con más de 4.000 Km. de extensión, le dan al país una posición preponderante en todo el Pacífico Sur. Posición que se ve reforzada por una serie de islas que forman parte de él.

El archipiélago de Juan Fernández está constituido por las islas Robinson Crusoe (92 Km². de superficie), Marino Alejandro Selkirk (85 Km².) y Santa Clara.

Su relieve en general es montañoso, presentando cumbres hasta de 914 metros (Cerro Yunque, en la isla Robinson Crusoe). El clima de las islas es templado, con una vegetación de helechos arbóreos. Las condiciones climáticas favorecen los cultivos semitropicales, la crianza de caprinos y la pesca de langostas.

La isla de Pascua dista 3.760 Km. de la costa de Chile continental. Su forma es ligeramente triangular y su superficie alcanza a 180 Km². En cada vértice de este triángulo se sitúan tres volcanes: el Aroi, el Kao y el Rarakur; de los volcanes, el más importante es el Kao, cuyo cráter tiene un diámetro de 1.000 metros y una profundidad de 250 metros.

La Antártida Chilena tiene como límites los meridianos 53 y 90 de longitud oeste de Greenwich, en el cuadrante sudamericano de la Antártida. Su forma, dada por los dos meridianos limítrofes, es de un gran ángulo hacia el Chile continental, con sus vértices en el polo mismo.

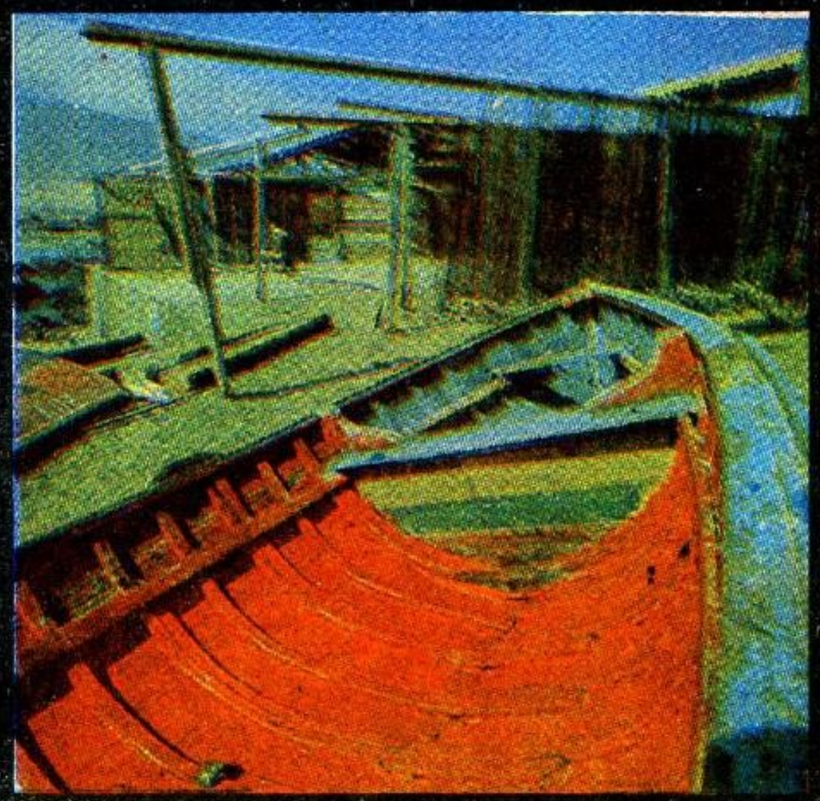
Su relieve se compone de cadenas montañosas paralelas, separadas por mesetas y grandes depresiones; numerosos volcanes coronan sus montañas. La península de O'Higgins presenta costas con bahías profundas que los hielos ocupan en gran extensión.

Chile es un país mágico, de violentos y suaves contrastes a la vez, donde el paisaje aumenta el ritmo a medida que se extiende hacia el sur. Nuestro país es una puerta abierta a todas las curiosidades, un misterio creciente y renovado, la antesala de grandes sorpresas geográficas.

Trabajadores chilenos; hombres de mar de un país con 4.200 kilómetros de litoral.

El volcán Villarrica se yergue solitario en la provincia de Osorno como símbolo de la grandeza del paisaje chileno.

Las caletas de pescadores abundan en toda la costa chilena. Sus embarcaciones y viviendas destacan en el paisaje por su colorido y vivacidad.



Puerto de Barquitos, entre Tocopilla y Chañaral, al norte de Chile.

NUESTRA CULTURA

EL PREMIO NACIONAL DE LITERATURA

LISTA DE AUTORES PREMIADOS

1942 Augusto d'Halmar

1943 Joaquín Edwards Bello

1944 Mariano Latorre

1945 Pablo Neruda

1946 Eduardo Barrios

1947 Samuel Lillo

1948 Angel Cruchaga Santa María

1949 Pedro Prado

1950 José Santos González Vera

1951 Gabriela Mistral

1952 Fernando Santiván

1953 Daniel de la Vega

1954 Víctor Domingo Silva

1955 Francisco Antonio Encina

1956 Max Jara

1957 Manuel Rojas

1958 Diego Dublé Urrutia

1959 Hernán Díaz Arrieta (Alone)

1960 Julio Barrenechea

1961 Marta Brunet

1962 Juan Guzmán Cruchaga

1963 Benjamín Subercaseaux

1964 Francisco Coloane

1965 Pablo de Rokha

1966 Juvencio Valle

1967 Salvador Reyes

1968 Hernán del Solar

1969 Nicanor Parra

1970 Carlos Droguett

1971 Humberto Díaz Casanueva

PREMIOS DE ARTE NACIONALES

1944 PABLO BURCHARD-Pintura

1947 PEDRO REZKA-Pintura

1950 CAMILO MORI-Pintura

1953 JOSE PEROTTI-Pintura

1956 JOSE CARACCI-Pintura

1959 BENITO REBOLLEDO-Pintura

1964 SAMUEL ROMAN-Escultura

1967 LAUREANO GUEVARA-Pintura

1970 MARTA COLVIN-Escultura

LA CONQUISTA

La formación cultural de Chile parte con los conquistadores. Ya las cartas de Pedro de Valdivia son un antecedente para la comprensión de la época (segunda mitad del siglo XVI) y para tener una idea más o menos clara de los objetivos y propósitos que perseguían quienes se adueñaban del patrimonio nacional. Durante toda esa primera etapa destacan las descripciones que hacen los mismos conquistadores sobre el paisaje y su gente, lo que a la vez tiene una cierta continuidad en España misma, en donde caracterizados poetas y dramaturgos se entregan a la narración de lo que significaba la conquista de la Capitanía General de Chile y, en especial, la guerra contra los nativos.

Toda esa situación es enfocada desde el punto de vista de quienes tienen la pretensión de darle un carácter evangelizador a la Conquista.

A diferencia de otras naciones latinoamericanas, la tradición de los indígenas que habitaban Chile fue de escasa proyección, pudiéndose afirmar que es mínima la influencia araucana en la formación cultural del país. El pueblo indígena desplegó todas sus energías en la más porfiada, heroica e inmolada resistencia contra la dominación española. *La Araucana*, 37 cantos en octavas reales, publicados en tres partes por Alonso de Ercilla, entre 1569 y 1589, es la más plena testificación del indomable espíritu de los primitivos habitantes chilenos.

La rebeldía nativa encuentra en Pedro de Oña, Diego de Santisteban, Hernando Alvarez de Toledo, y, fundamentalmente, en Lope de Vega, recreadores parciales de la épica de Ercilla.

Gran parte del siglo XVI es una continua batalla que refleja la precariedad de la existencia de conquistadores y resistentes. Esa misma lucha domina vesánicamente la escena nacional en los siglos siguientes. Y fuera de toda duda se puede concluir que el pueblo araucano no fue jamás doblegado, a pesar de que territorialmente los colonizadores lograron hacerse fuertes.

Desde ese contexto histórico, bajo el peso de circunstancias tan difíciles, era casi imposible que se cimentara una cultura nacional. La vida se había fundado sobre bases muy provisionales; los colonizadores, además, eran gentes que tenían como propósito inmediato la búsqueda de riquezas —y Chile no era pródigo en minas auríferas— y, vicariamente, la evangelización de los indígenas. Pero tal evangelización sólo se cumplía en términos de explotar la mano de obra indígena, como en el resto de América.' No es casual que el misionero dominico Bartolomé de las Casas, en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, pusiera a la orden del día la polémica sobre la inexorable exterminación de todo vestigio de cultura indígena y, a la vez, sobre la desmedida codicia de los conquistadores.

Durante todo el período que va desde la Conquista a la Independencia, la actividad cultural de Chile está supeditada al desarrollo del Virreinato de Lima, en donde primero se establece la imprenta. Sede también de las principa-

les universidades. José Toribio Medina en su *Historia de la literatura colonial en Chile* (1878), estudia en forma erudita y minuciosa la poesía y la prosa que se escribió en Chile entre 1541 —año de la fundación de Santiago— y 1810. La rigurosidad del trabajo demuestra que durante la época colonial la actividad literaria no estuvo del todo desconectada del acontecer político-social de la austral capitanía española. Una de las obras más perdurables de la época es *Cautiverio Feliz* (1629), en la cual el militar Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán relata en forma pormenorizada su estancia forzada entre los araucanos durante siete meses.

Alonso de Ovalle, un sacerdote jesuita, publica en 1646 su *Histórica relación del reino de Chile*, libro que Toribio Medina reeditaría en 1888 por cuenta propia, rico en anotaciones y descripciones de las primeras décadas del siglo XVII. Mucho más importante es el *Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile* (1776), del también jesuita Juan Ignacio Molina, verdadero precursor de la investigación científica en el país, tanto por el acopio de datos como por la sagacidad de su observación.

LA CULTURA COLONIAL

Los siglos XVI y XVII no tienen una proyección muy notoria en la formación cultural chilena, a pesar de que se han rastreado abundantes escritos. Tampoco otras manifestaciones del arte alcanzan una preponderancia significativa. La arquitectura colonial chilena es rudimentaria y no tiene la importancia de las edificaciones que se intentan en otros países de América, en donde a la vez aparece una mezcla de las formas españolas con resabios de construcción indígena.

Los colonizadores no aparecen muy interesados en difundir la cultura propia; menos, desde luego, en rescatar los vestigios de la primaria cultura nativa, que en la práctica desaparece con la llegada de los primeros conquistadores. Es

evidente, sin embargo, que los testimonios que quedan son todos de orden informativo y están hechos al tenor de las circunstancias de aquella época.

Dice Pedro Henríquez Ureña en su *Historia de la cultura en América hispana* que "la lista de obras remitidas de Europa a los libreros de las colonias abarcan la mayor variedad concebible de títulos y asuntos; las cantidades eran extraordinarias: así, en 1785, una sola remesa de libros recibida en El Callao, el puerto de Lima, sumaba 37.612 volúmenes. En el siglo XVIII rotaban muchos libros de circulación moderna: la *Encyclopédie*, obras de Bacon, Descartes, Copérnico, Gassendi, Boyle, Leibniz, Locke, Condillac, Buffon, Voltaire, Montesquieu, Rosseau, Lavoisier, Laplace; se mantuvieron en circulación secreta todavía cuando se les consideró peligrosos y se prohibió su lectura". Fueron, desde luego, las obras que influyeron incontestablemente en los primeros fermentos revolucionarios de los que ansiaban cortar las ataduras con el yugo colonialista. Se comprende, entonces, que con posterioridad la censura española haya impuesto todo tipo de restricciones a la libre circulación de algunos textos declarados subversivos.

A pesar de que a El Callao llegaban tan preciados cargamentos, la cultura latinoamericana reposaba en la iniciativa clerical. Chile, al margen de su insularidad, no escapaba a esa regla general. A la clase dominante, formada por comerciantes enriquecidos y por encomenderos que habían usurpado tierras a los indios, poco o nada le interesaba el acontecer cultural. No es extraño que la imprenta llegue hacia fines del siglo XVIII a Santiago (1780), mientras que en México la primera imprenta data de 1640. "Chile es un país en donde falta todo", señalaba todavía en 1812 fray Camilo Henríquez en su *Aurora de Chile*.

Consolidada la independencia, las estructuras de Chile no cambiaron fundamentalmente; las grandes extensiones de tierra siguieron en manos de ríquisimos terratenientes y en las ciudades principales (Santiago, Valparaíso, Concepción), pese a las costumbres provincianas, se expandió de modo considerable

el comercio. Valparaíso, que llegó a tener 35.000 habitantes hacia la mitad del siglo XIX, fue plaza fuerte para comerciantes ingleses y norteamericanos. La colonia anglosajona llegó a editar un periódico, el *Neighbor*, cuyo director era un tal Mr. Trumbull, capellán de los marinos.

Al margen de las clases altas y adineradas, cuyos hijos eran instruidos en colegios exclusivos o en Europa, el pueblo era iletrado y sus componentes sólo podían postular a ser peones de hacienda o realizar labores en las casas de las grandes familias. Los más afortunados trabajaban en pequeños talleres artesanales y vivían en chozas y tugurios que se hacinaban en los suburbios.

La vida estaba dominada por la Iglesia y los oficios religiosos ocupaban el mayor tiempo de las mujeres. "Ahora es cuaresma y aquí es muy triste, la gente va todo el tiempo a la iglesia", decía Samuel Greene Arnold en su diario de viaje de 1848, refiriéndose a la existencia santiaguina. Y añadía: "Esta noche las calles y las iglesias están llenas de gente que reza en alta voz *Santa María Purísima*, etc., etc., mientras marchan, en especial las mujeres. No se hacen visitas y, en realidad, a la vista son ahora más piadosos que el Papa". El mismo viajero, refiriéndose a la Biblioteca Pública de Santiago, señalaba que "es muy grande y muy rica en teología".

LOS ESCRITORES LIBERALES

La reacción contra esa sociedad provinciana y clerical aparece, en cierta forma, simbolizada por la generación del 42, cuyo adalid es José Victorino Lastarria. Pero los escritores apenas si tienen audiencia y son escasas las personas que los toman en cuenta. Hacia 1860 Manuel Blanco Cuartín daba una visión bastante desoladora de la repercusión de los creadores chilenos y se preguntaba: "¿A Lillo, uno de los hombres más interesantes por su carácter y por su imaginación, le han valido por ventura sus dotes la menor consideración, el más pequeño lucro como debía esperarse de una sociedad que se dice y tiene

los aires de culta?" Eusebio Lillo era el autor de los versos del Himno Nacional y poeta de fina sensibilidad para su época. Debió contentarse con ser un oscuro supernumerario de la Oficina de Estadística, en donde percibía 50 pesos mensuales. Vale la pena seguir citando a Blanco Cuartín, que desgranaba estos desastres: "¿Diego Barros Arana no ha escrito su Historia para sus amigos, sabiendo que si no regalaba sus libros de nadie sería leído? Blest Gana, Torres y hasta los mismos Lastarria y Sanfuentes, ¿han ganado un solo real con sus obras, con su talento literario, con su laboriosidad? Pero al paso de esto —agregaba el libelista— el peluquero Dumirail, el sastre Puyo y tantos otros hombres de oficios se han vuelto a sus hogares llevando bien atestadas de oro sus gavetas y proclamando, sin duda, que vale mucho más ser en Chile sastre, peluquero, zapatero, a vivir cabalgando en el pegaso o perdiendo tiempo y buen humor en compaginar ideas para el público". Aunque los índices de valoración de Blanco Cuartín son eminentemente utilitarios, reflejan la poca significación que la sociedad de ese entonces les concedía a los escritores y la escasa fuerza de amplificación que tuvo su pensamiento.

Para la generación del 42 la estructura básica del país no era más que una prolongación de los postulados de la Colonia. Había, entonces, que enmarcar en una nueva dinámica las ideas surgidas de la Independencia y advertía que era necesario "hacer de la política una ciencia familiarizando al mayor número posible de espíritus con sus cuestiones primordiales, necesidad cada día más urgente para la práctica de la libertad". Lastarria no es sólo un teórico; es también hombre de acción, un escritor que no acierta a definirse como tal, pero que entrega en sus primeras obras narrativas las bases para la formación de una literatura nacional, fincada en la realidad más inmediata.

Aunque vivió escasamente en Chile, uno de los grandes precursores del pensamiento social fue Francisco Bilbao, un neohegeliano de izquierda, que en todos sus libros defendió con fervor los ideales libertarios propuestos por los pensadores más radicalizados de Europa en la primera década del siglo XIX. En su *Evangelio americano*, aparecido en Buenos Aires en 1864, un año antes

de su muerte, escribía: "En la separación absoluta de la Iglesia y del Estado hay un grandioso progreso a la justicia, a la economía y a la libertad. No más enredo de potronatos, concordatos, recursos de fuerza, pase de bulas, obispados, fueros eclesiásticos, diezmos y primicias. Disminución de los días festivos y feriados. No más prohibición de libros. No más censuras eclesiásticas". El anticlericalismo de Bilbao debe ponderarse en el exacto contexto en que proyectaba su acción, años en que la Iglesia no sólo controlaba toda la vida civil y las instituciones estatales, sino las ideas y todas las formas superiores de existencia.

BLEST GANA

Pero quien aparece como la figura más importante de las letras chilenas es el novelista Alberto Blest Gana, autor de una extensa obra narrativa, verdadero creador de la novela histórica. Sus libros no tuvieron un éxito deslumbrante en la época. A los 23 años, siendo entonces militar de carrera, Blest Gana da a conocer su primera obra. Pero el gran éxito lo obtiene en 1860, con ocasión de un concurso literario patrocinado por la Universidad de Chile. Los jurados, José Victorino Lastarria y Miguel Luis Amunátegui, premian *La aritmética del amor*. Con *Martín Rivas* (1862) y con *Durante la Reconquista* (1897) el autor alcanza más tarde su verdadera grandeza narrativa. Vicente Grez y Luis Orrego Luco (*Casa Grande*) son también mencionados en la narrativa chilena de la intersección de los dos siglos.

A pesar de que su obra excedía con largueza el periodismo, José Joaquín Vallejo (1811-1858) se puede considerar como uno de los grandes cronistas del siglo XIX; sus artículos muestran a un costumbrista sagaz. Es el cronista literario por excelencia, el más significativo de su época. Aunque en vena muy distinta, se lo puede considerar junto a Sarmiento, Vicente Fidel López, los hermanos Alemparte, el mismo Lastarria, como el precursor del gran perio-

dismo chileno, que encontraría desde la primera década del siglo XX en Joaquín Edwards Bello a su más insólito e insuperable cronista.

BELLO Y SU TIEMPO

Al examinar el pasado siglo no se puede obviar la figura de Andrés Bello, redactor del Código Civil, formador de generaciones, gramático ilustre, poeta, traductor de jerarquía de la mejor literatura europea de su época. Venezolano de origen, vivió en Chile más de 20 años, prodigando su sabiduría y su pensamiento voluntarioso. Domingo Faustino Sarmiento, que fue un infatigable polemista en la prensa chilena, criticó con cierta dureza el preceptivismo de Bello, señalando que en más de algún sentido el lenguaje era una creación popular en perpetua renovación.

Las graves convulsiones políticas que habían sacudido a Chile desde los albores de su independencia tendrían un desenlace dramático en 1891, cuando las fuerzas conservadoras, aliadas del capital monopolista inglés, se alzaron en armas contra el gobierno de José Manuel Balmaceda. El 91 representa también una quiebra en la cultura del país. El mismo José Toribio Medina —hombre prescindente en política, como lo ha demostrado Feliú Cruz— sufrió los embates de la fractura que se produce entre las fuerzas sociales en pugna. Tras la derrota de Balmaceda, que culmina con su suicidio en la Legación Argentina, Medina debe emigrar, pues se lo consideraba partidario del Presidente depuesto. Medina, uno de los más grandes polígrafos de América, no sólo había inventariado todas las depredaciones de los Tribunales de Inquisición en el continente, sino que había realizado un apreciable rastreo de la historia de la imprenta desde la llegada de los españoles hasta la gestación de las luchas emancipadoras hispanoamericanas.

EL 91

A propósito del 91, hay que señalar que una de las narraciones mas vivas que se hicieron de los acontecimientos fue obra de René Brikles, escritor totalmente olvidado, y de quien Domingo Melfi en *El viaje literario* (Nascimento, 1945) da estos antecedentes: "Había escrito *Los últimos proyectos de Eduardo Castro*, narración de la guerra civil de 1891, con páginas de positivo valor. Son especialmente dignas de ser recordadas las que consagró a las batallas de Concón y Placilla, en las cuales hizo pasar un soplo caliente de realidad a través de los episodios brutales de esas acciones decisivas".

LAS ARTES PLASTICAS

Dentro de lo que representó culturalmente el siglo XIX, años de exploración, de búsqueda, de definiciones, las artes plásticas aparecen en una situación desmedrada. Recién en 1849 el napolitano Alejandro Cicarelli funda la Academia de Pintura. Antes Rugendas y Monvoisin habían dejado en maduración el peso de su influencia, pero la notoria opacidad del medio hace quizás estériles los esfuerzos desplegados. El Mulato Gil, Ortiz de Zárate, Miguel Antonio Caro, entre otros, representan el surgimiento de formas pictóricas que pugnan por hacerse eficaces. Pero será a través de Valenzuela Llanos, Pedro Lira, Valenzuela Puelma, Juan Francisco González y Ezequiel Plaza, que la pintura chilena encontrará un cauce expresivo que la haga vigente, en especial entre el período finisecular y los comienzos del presente siglo.

Si bien en 1852 Santiago Arcos —en carta dirigida a Bilbao— había sostenido que la lucha de clases es poco menos que la clave para entender, profundizar y condicionar el devenir político-social, es claramente advertible que esa lucidez de exposición no fue compartida y/o publicada por sus coetáneos.

La sociedad chilena se mantenía lo bastante estratificada como para permitir esas audacias y, por el contrario, las luchas intestinas que se libraban sólo favorecían intereses de grupos de la oligarquía dominante. El *Manifiesto Comunista*, publicado por Marx y Engels en 1848, no sólo fue rechazado por Lastarria, sino que fue casi desconocido por quienes se atribuían calidades de mentores ideológicos de la patria. Difícil, en consecuencia, que el artista —es decir, el hombre que no producía bienes materiales— encontrara alguna justificación en ese páramo. El mismo Domingo Melfi señala que Rubén Darío sufría porque se burlaban de él por la indumentaria que usaba. "Era alto y desgarbado y su mirada brotaba de unos ojos tristes y ensimismados", anota el crítico. Esto que puede parecer una anécdota algo baladí refleja en cierto modo el ambiente que existía en el país casi al final del siglo XIX. Ambiente que, desde luego, no iba a cambiar por arte de magia con el advenimiento del nuevo siglo. Para la clase dominante, desligada de todo contacto con el pensamiento avanzado europeo, los artistas eran apenas ornamentales: justificaban, de alguna manera, sus pretensiones de falso refinamiento.

En 1895 el índice de analfabetos alcanzaba a un 72 por ciento del total de la población y ese mismo año un proyecto de educación obligatoria fue rechazado por el Parlamento a pretexto de que la instrucción era "un agente de la criminalidad".

LOS HISTORIADORES

La historiografía chilena en el siglo XIX alcanzó una notoria evolución gracias a la labor infatigable no sólo de José Toribio Medina y Barros Arana, sino también de los hermanos Amunátegui y, en especial, de Benjamín Vicuña Mackenna. Sus estudios y monografías, algunas de las cuales tienen carácter apologético, conforman una colección de textos de indudable valor documental. Vicuña Mackenna (1831-1886) también fue periodista destacado que dejó

en diarios y revistas de su época incontables testimonios de su pensamiento y de su acción. Fue un liberal progresista, continuador —en cierto sentido— de las teorizaciones de Bilbao y Lastarria, pero "los años fueron curando las intemperancias de Vicuña Mackenna en su carrera de diarista. De *El Liberal* y de *La Asamblea*, ambos periódicos de combate y agitación política, pasa a *El Ferrocarril* de Juan Pablo Urzúa, a *El Mercurio*, fundado por su padre, diarios estos donde su papel de redactor nos permite seguirlo para ahondar en el panorama de su obra", ha dicho Guillermo Feliú Cruz en su opúsculo *Vicuña Mackenna, un historiador del siglo XIX*.

Dentro de la frondosa bibliografía de Vicuña Mackenna destacan su biografía sobre O'Higgins y su *Historia de Valparaíso*, libro que contó con la entusiasta adhesión de Bartolomé Mitre.

CULTURA PROLETARIA

Junto con lo que puede llamarse una cultura oficial, hacia comienzos del siglo XX va surgiendo una destacable cultura proletaria, que primero se manifiesta en periódicos de agitación, en representaciones teatrales y en conjuntos de aficionados, los que realizan una incansable labor en el Norte salitrero. La aparición, por lo demás, de artistas y escritores que reflejan en sus obras las luchas y sufrimientos de los trabajadores permite dar una imagen más artística, enriquecida, de esa cultura.

Lo cierto es que las grandes correas de transmisión de las ideas progresistas y de los escritores y artistas que interpretan a obreros y campesinos son los periódicos y revistas de los trabajadores, que no sólo empiezan a organizarse en confederaciones y partidos políticos, sino que elevan considerablemente su nivel de conciencia social. Sin que se llegue a una proletarización de la cultura —imposible, por lo demás, en un medio burgués y dependiente del

capital extranjero—, al menos los trabajadores dan a conocer sus propias inquietudes, su manera de ver y enfocar el mundo, a la luz de las ideas que propagara Marx.

En noviembre de 1908, y ante la cercanía del Centenario, el Gobierno de Montt creyó conveniente crear la *Biblioteca de Escritores de Chile*, puesto que "esta producción no es suficientemente conocida y apreciada en el país, y aun menos en el extranjero, por cuanto se halla esparcida en ediciones o publicaciones de difícil adquisición". El tercer volúmen de dicha colección estuvo dedicado a *Recuerdos del pasado*, de Vicente Pérez Rosales, uno de los libros de mayor perduración del siglo XIX. Pérez Rosales fue un aventurero en el mejor sentido de la palabra y sus memoraciones, que tenían sus fronteras entre los años 1814 y 1860, estuvieron despojadas de todo aditamento retórico.

También en 1908 moría —cuando sólo tenía 29 años— Carlos Pezoa Véliz, uno de los poetas nacionales que más profundo arraigo tuvieron en el ánimo popular. Se le considera el creador de la poesía social, abanderado de la izquierda literaria, que encontró en una posición opuesta a figuras de la época, como Pedro Prado y Manuel Magallanes Moure. Sin embargo se puede afirmar que la importancia verdadera de la poesía chilena sólo se establece en las dos primeras décadas de este siglo. La auténtica dinámica poética se dimensiona en la intersección de los dos siglos, dinámica de la cual Diego Dublé Urrutia (1878-1967) sería uno de sus más dignos representantes.

LA ACTIVIDAD TEATRAL

La actividad teatral durante el siglo XIX había estado reducida en las últimas décadas a las representaciones que realizaban algunas compañías españolas. Se puede considerar a Daniel Barros Grez —el conocido autor de *Cuatro Remos*— como el "dramaturgo" más representativo de esa época. Su obra *Como en Santiago* —que en cierta forma fue redescubierta por lo que hoy se co-

noce como Departamento de Teatro de la Universidad de Chile— puede catalogarse como un trazo de observación atenta de las costumbres de su tiempo. Pero sería Armando Moock (1894-1942) quien de manera más profesional y constante encararía la creación teatral, alcanzando con *Del brazo y por la calle*, famosa en los escenarios bonaerenses, su éxito más prolongado, no obstante las pesadas connotaciones melodramáticas de la obra, que refleja la sensibilidad popular de los años 30. Por esa misma época (1928) se estrena *La viuda de Apablaza*, de Germán Luco Cruchaga, estimado el mejor exponente del naturalismo criollista que campeaba en la época.

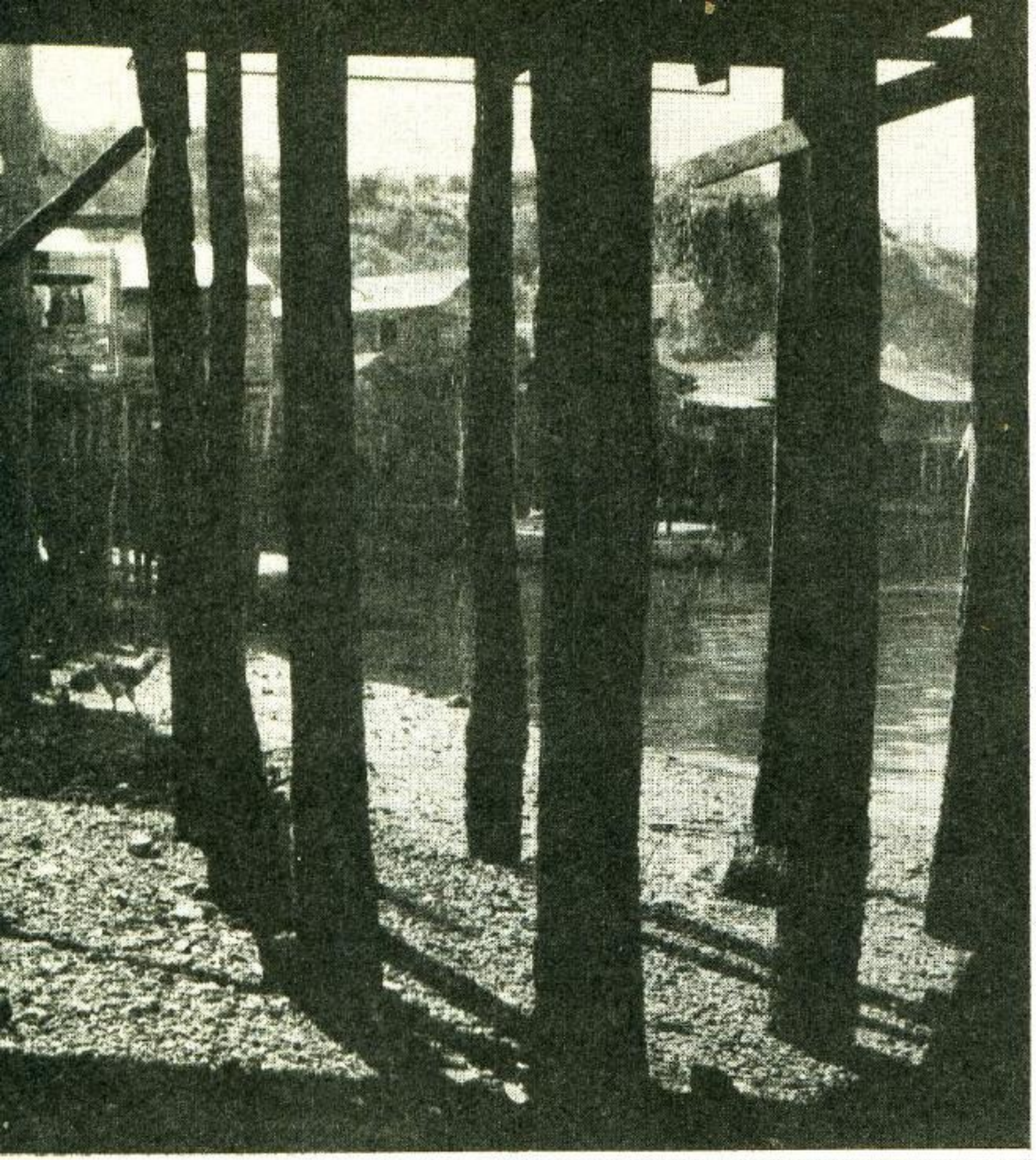
La figura de Antonio Acevedo Hernández, el autor de *Chañarcillo* y *Arbol viejo*, se yergue como el más sólido representante de un teatro de avanzada social, que si no tiene una gran repercusión en los ambientes oficiales al menos encuentra eco entre obreros, artesanos y grupos de vanguardia.

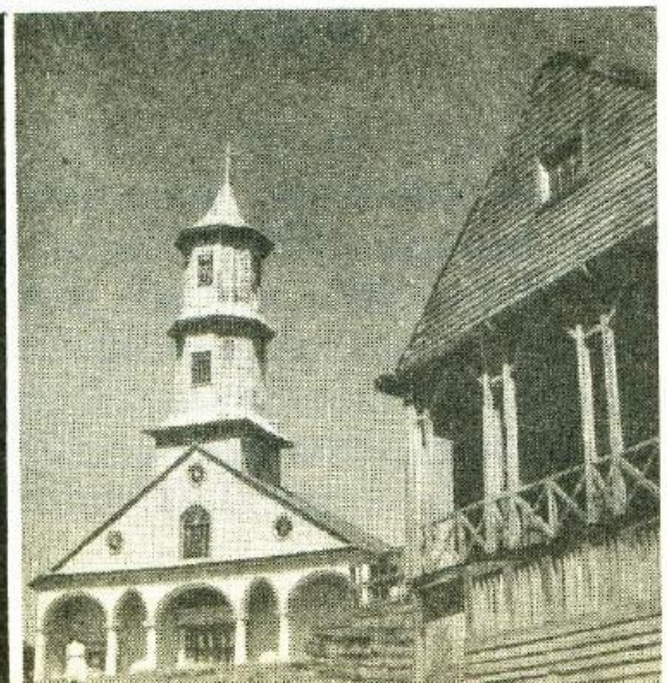
Es innegable, por otra parte, que en la cultura chilena se advierte la ausencia de grupos rectores: todo aparece librado a la impronta creadora de algunos arriesgados, de los que desafían la chatura del medio.

Para la clase dominante, el artista es un bohemio sin destino, un hombre que difícilmente es útil a la sociedad en general; sus condiciones de existencia, por lo mismo, son problemáticas, errátiles. En tales circunstancias, cada poema, cada cuadro, cada escultura, cada novela, es una hazaña de la individualidad, un desafío consciente. Puestos en esa perspectiva, los de más fuerte vocación eligen el camino del exilio voluntario, como Gabriela Mistral, Vicente Huidobro, como el mismo Pablo Neruda, que se aferra a inestables cargos consulares.

LA NOVELA NORTINA

A medida de que se avanzaba iban surgiendo artistas más fieles con su tiempo, con la realidad que los acuciaba desde muchos ángulos y con la cual,





a pesar de todo, tenían que comprometerse. Yerko Moretic, el crítico y ensayista fallecido en junio de 1971, señala en su libro *El relato de la pampa salitrera* que ya en 1907 se advierten los primeros brotes de una literatura del Norte del país. "El libro *Leyendas pampinas* —dice Moretic— contiene cuatro relatos escritos por T. D. Monio con el fin de despertar lástima e indignación por la existencia subhumana que arrastran los trabajadores de la salitrera." Los resultados de esas narraciones nortinas son muy desiguales y sólo en 1932 con la novela *Carnalavaca*, de Jorge Garafulic, se alcanza a llegar a un plano de real estimación artística y de denuncia clarificada.

Sin embargo, es Baldomero Lillo, notoriamente influido por Zola, quien de una manera más radical y definitiva sienta las bases de la literatura social en Chile a través de relatos muy bien estructurados que tienen como escenario la zona carbonífera. Lillo (1867-1923) "en los relatos de *Sub-terra* (1906) mostró con vigoroso realismo —escribe Enrique Anderson-Imbert— los sufrimientos del trabajador de las minas de carbón. Hay protesta en sus cuentos; pero la protesta no se queda en grito, sino se hace literatura. Del mismo lugar del alma de donde le subía la protesta le subía también su comprensión para el roto, el huaso, el indio; fue esta comprensión, más que la protesta, lo que hizo de Lillo uno de los más efectivos escritores de su tiempo".

EL ACONTECER POETICO

Parece una curiosa coincidencia, pero 192.. representa un increíble salto cualitativo en la poesía chilena. Ese año Gabriela Mistral publica *Tala;* Pablo de Rokha, *Los gemidos;* Angel Cruchaga Santa María, *Job,* y Juan Guzmán Cruchaga, *La fiesta del corazón;* los cuatro llegarían a ser, con posterioridad, premios nacionales de literatura y autores de notoria influencia en el devenir poético chileno. Tan sólo un año después Pablo Neruda da a conocer *Crepusculario,* obra de extrema juventud, en la cual se advierte la prodigalidad meta-

fórica del poeta, que llegaría a convertirle en uno de los máximos creadores de la poesía en idioma castellano.

Antes Vicente Huidobro (1893-1948) había desplegado con largueza toda su clarividencia poética, y sus doce libros, escritos entre 1911 y 1921, son un claro testimonio de una incontenible vocación, de una predisposición categórica para llevar adelante su notable calidad expresiva.

La potencialidad poética, que se expandía como círculos concéntricos, no encontraba la misma correspondencia o la misma aptitud en otros campos del arte. El teatro oscilaba entre el costumbrismo dulzón, y un agobiante melodramatismo; entre esos dos polos se colocaban Carlos Cariola y Daniel de la Vega, autores que se repartían las preferencias de actores y público. La cinematografía, que a partir de 1917 empieza a entregar films argumentales, tiene su máximo punto de referencia en *El húsar de la muerte* (1925), que es considerado como la obra más representativa y perdurable del cine mudo chileno. Esta película de Pedro Sienna, poeta y también autor de teatro, es el único film nacional que ha logrado figurar en algunas historias dedicadas al cine universal.

LA NOVELA

La novela de las tres primeras décadas, como casi en todo el resto de América Latina, es generalmente ampulosa, no acierta en los matices, ni se plantea en un estilo claro. Augusto d'Halmar, Víctor Domingo Silva, Eduardo Barrios, Mariano Latorre, Fernando Santiván, Marta Brunet, Joaquín Edwards Bello y Luis Durand aparecen como los autores más destacados, pero sus producciones oscilan entre el criollismo fotográfico, el exotismo (caso de d'Halmar) o el sicologismo de trazos gruesos. *La chica del Crillón*, de Edwards Bello, es uno de los mejores logros de la novelística de la época. A diferencia de la poesía,

la narrativa chilena del momento —con la excepción de algunos cuentistas de anticipación, como Federico Gana— dio escaso margen para al aplauso.

Vicente Huidobro había escrito en el Nº 5 de la revista *Musa Joven* que "el reinado de la literatura terminó. El siglo XX —decía el poeta en 1912— verá nacer el reinado de la poesía en el verdadero sentido de la palabra, es decir, en el de la creación, como la llamaron los griegos, aunque jamás lograron realizar su definición."

EL SURREALISMO

Así como Sarmiento fue un tenaz defensor del romanticismo durante su permanencia en Chile, así también como Darío trajo el modernismo y como Huidobro introdujo el vanguardismo poético, las corrientes nacidas en Europa al promediar el cuarto de siglo tuvieron su tardía réplica en Chile. El surrealismo contó con seguidores entusiastas que se sintieron tocados por los manes de Breton. Los poetas Braulio Arenas, Teófilo Cid y Enrique Gómez Correa fueron los principales animadores de los postulados del surrealismo que por esos años iniciaba en Francia su etapa de dispersión y decadencia, inclinando sus banderas en favor de posiciones más revolucionarias.

Es la poesía nerudiana, que empieza a dominar sin contrapeso en la década del 30, la que rompe el fiel de la balanza. Desde *El hondero entusiasta* hasta la primera y segunda *Residencia en la tierra* se advertirá el fulgor de un poemario que casi no admite equivalencia en la ya desarrollada poesía chilena. "Neruda es un gran escritor, casi el único poeta de hoy —dice el crítico inglés J. M. Cohen—, para quien todo el mundo material, del mineral al hombre y desde su patria nativa hasta la China comunista, constituye un tema y una inspiración."

EL FRENTE POPULAR

El triunfo del Frente Popular tiene implicancias decisivas en el campo de la cultura, no sólo por la movilización de grandes masas que trae aparejada, sino por los cambios que se operan en el campo de lo que podría llamarse la cultura oficial. En 1940 se funda el Teatro Experimental, más tarde asimilado por la Universidad de Chile. Este paso significa iniciar un nuevo camino en las posibilidades expresivas del arte escénico, que hasta ese momento reposaba en conjuntos profesionales de muy precaria preparación y cuyos repertorios no entrañaban cualidades que tuvieran alguna significación manifiestamente cultural. La creación del Teatro Experimental representaba una superación de las limitaciones que arrastraban las compañías profesionales, en las cuales era posible encontrar actores de muy buena calidad (Alejandro Flores, Rafael Frontaura, Enrique Barrenechea), pero que tenían que someterse a los dictados de los empresarios.

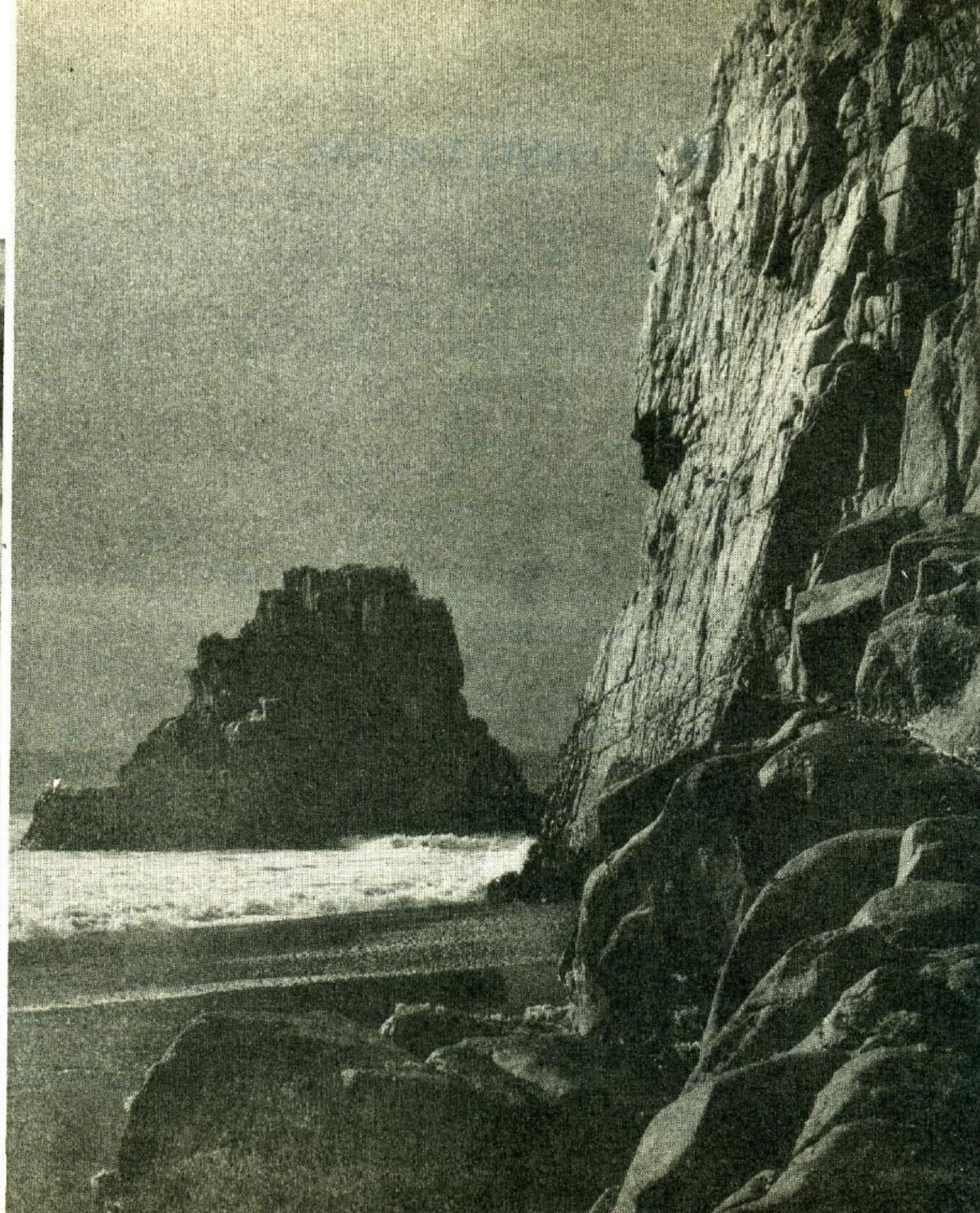
El reformismo que proyectó el Frente Popular también alcanzó a otras actividades de la cultura. En 1941 se creó el Premio Nacional de Literatura, obtenido la primera vez por Augusto d'Halmar. En la misma época se produjo la visita de David Alfaro Siqueiros, uno de los más grandes muralistas contemporáneos, que dejó sólidas expresiones de su arte en los murales que realizó en Chillán, ciudad que estaba siendo reconstruida después del devastador terremoto que la asoló en enero de 1939.

Otro de los sucesos que conmovieron a los chilenos en el terreno cultural fue la obtención del Premio Nobel de Literatura por Gabriela Mistral en 1945.

La novela de corte social, que había tenido en la década del 30 en Carlos Sepúlveda Leyton a un expresivo representante, se acrecienta con las aportaciones de Nicomedes Guzmán (*La sangre y la esperanza*), Alberto Romero (*La viuda del conventillo)*, Reinaldo Lomboy *(Ranquil)*, Volodia Teitelboin *(Hijo del salitre*). A los citados se les puede asimilar a la generación llamada del 38, aunque sus obras; cronológicamente, no respondan de manera específica a esa fecha de arranque.

Pablo Neruda, poeta chileno y universal, actual embajador de nuestro país en Francia, saltó a la fama mundial con "Veinte poemas de amor y una canción desesperada".

Pablo de Rokha, trágicamente fallecido en 1968, cantó en vibrantes poemas la grandeza del pueblo chileno y de su sufrida existencia.



Jorge Edwards, cuentista y novelista, es una de las figuras más solventes de la nueva narrativa chilena.

Nicomedes Gumán.

La poetisa chilena Gabriela Mistral fue la primera latinoamericana en recibir, el año 1945, el Premio Nobel de Literatura.

RENOVACION LITERARIA

La tarea renovadora dentro de la narrativa chilena se iniciará con la aparición de *Hijo de Ladrón*, de Manuel Rojas, novela que ensaya con éxito nuevas técnicas de relato, que introduce modelos actualizados de lo que se ha llamado "la corriente de la conciencia" en la narración. Esa renovación se ve reforzada con el surgimiento de la generación del 50, que si bien sus integrantes no se definen a partir de objetivos comunes, al menos tienen el propósito de arremeter contra las formas caducas que se siguen manifestando en la narrativa nacional. Desde 1953 Carlos Droguett va acrecentando su presencia en las letras chilenas y con *Eloy* alcanza ya su verdadera dimensión creadora, la que se verá confirmada con *Patas de perro*. José Donoso (*El obsceno pájaro de la noche*), Jorge Edwards (*El peso de la noche*), Hernán Valdés (*Cuerpo creciente*), han categorizado la novela chilena. Más próximo a la prosa poética, José Santos González Vera (*Alhué*) representa una isla de creación de esta misma época.

El fluir poético ha seguido derramando sus constancias en un país que tiene su más clara cadencia expresiva en ese campo de la creación. Tras el advenimiento de los cuatro grandes (Neruda, Mistral, Huidobro, De Rokha) se desgranan otros nombres relevantes: Rosamel del Valle, Eduardo Anguita, Humberto Díaz Casanueva, Juvencio Valle, Oscar Castro, Gonzalo Rojas.

A partir de 1954, fecha de aparición de *Poemas y antipoemas*, ha sido Nicanor Parra quien ha concentrado la atención de críticos y gustadores de poesía, aunque la nueva promoción tiene otros valores de parecida importancia, como Enrique Lihn (*La pieza oscura, Poesía de paso*), Alfonso Alcalde (*El panorama ante nosotros*, un torrentoso poemario de más de 350 páginas), Efraín Barquero (*La compañera*), Jorge Teillier (*El árbol de la memoria*), Waldo Rojas (*Príncipe de naipes*).

EL CINE Y EL TEATRO

Si bien el cine chileno padeció de una anemia que lo mantuvo siempre al borde del colapso, en los últimos cuatro años ha experimentado algunos signos de recuperación, en especial a través de la realización de algunos films que proyectan una imagen de autenticidad de la realidad chilena. Dentro de esa tarea renovadora hay que destacar a Raúl Ruiz *(Tres tristes tigres)*, Miguel Littin *(El chacal de Nahueltoro)* y Helvio Soto (*Caliche sangriento*, *Voto más fusil*), además de Nelsón Villagra, entre los autores.

Lo mismo puede decirse del movimiento teatral, sobre todo en lo que se refiere a la parte autoral. Egon Wolff (*Los invasores*), Alejandro Sieveking (*Animas de día claro*), Sergio Vodanovic (*Nos tomamos la universidad*), Jorge Díaz (*El cepillo de dientes*), Isidora Aguirre (*La pérgola de las flores*), son algunos de los más representativos escritores teatrales que han vitalizado la escena nacional, junto con la labor incesante que han desplegado los elencos universitarios y vocacionales por dignificar la labor teatral.

LAS OTRAS ARTES

El desigual desarrollo económico y social de Chile se vio reflejado en variados aspectos de su cultura. Se advierte, en primer lugar, una falta de homogeneidad que tipifique procesos armónicos; esto es, que permitiera impulsar la cultura en su conjunto y no parcialmente. Esto se evidencia de manera muy palpable en la arquitectura, ya es fácil percibir desde la época de Toesca una repetición fatigosa de modelos europeos, de preferencia españoles y franceses, en Santiago, y algunos atisbos de arquitectura victoriana en Valparaíso. Por otro lado, el llamado *art nouveau* casi no deja huellas, al paso que el barroco español se puede apreciar en varias construcciones que se yerguen hacia fines

del siglo XIX. Pero el carácter abiertamente provinciano de la oligarquía la hace desechar todo refinamiento arquitectónico.

En lo que se refiere a la música, la actividad en Chile sólo comienza a manifestarse de manera continuada y con valores propios en la primera parte de este siglo. El desarrollo musical alcanzaría alguna preponderancia con la creación de la Orquesta Sinfónica y el Instituto de Extensión Musical. La universalidad de algunos intérpretes (entre ellos, Claudio Arrau, Rosita Renard, además de Sergio Montecino, Mario Miranda, y otros) fue el primer signo de los cambios que se habían producido en la actividad musical, después acrecentado con la aparición de compositores que buscaron formas expresivas que de alguna manera interpretaran no sólo las nuevas corrientes musicales, sino el espíritu nacional. René Amengual, Alfonso Leng, Humberto Allende, Acario Cotapos, Enrique Soro y Domingo Santa Cruz constituyeron desde los años 30 los más tenaces difusores musicales. La mejor etapa musical chilena es la que se ha vivido en los últimos diez años, con el surgimiento o madurez de algunos compositores de real jerarquía, entre ellos Roberto Falabella, Gustavo Becerra, Juan Pablo Izquierdo y Fernando García. La creación del Mozarteum de Santiago también ha significado un notorio avance en la difusión musical, así como la formación de la Orquesta Filarmónica.

Lo mismo ha ocurrido con el folklore en los últimos cinco años, en los que se ha apreciado una notable proliferación de cantantes y conjuntos que han perfeccionado las más avanzadas formas de interpretación a la vez que han recuperado las piezas más perdurables del pasado. Creadores como Violeta Parra, recopiladores e intérpretes como Margot Loyola difundieron composiciones de las más diversas zonas del país.

HACIA UNA NUEVA CULTURA

El triunfo alcanzado por el pueblo chileno en septiembre de 1970 está

abriendo inmensas perspectivas para que en el país se opere una profunda revolución cultural, que permita el surgimiento de una auténtica transformación en todos los órdenes de lo que ha sido hasta hoy la cultura oficial, es decir, una cultura de élite, opuesta a una alienante cultura de masas (que vendría a ser algo así como una cultura de segunda). De lo que se trata ahora es de derrotar el analfabetismo, de darles las mismas posibilidades a obreros y campesinos para que no sólo tengan acceso a la cultura, sino para que ellos mismos se transformen en creadores.

Esa es la tarea que se ha planteado con más urgencia y es la línea cultural que deberá, en adelante, proyectar el Gobierno. Será la manera más tajante y definitiva de ir hacia una nueva cultura, más plena, más libre, despojada de toda frustrante caracterización clasista.

La divulgación de la pintura y la escultura no ha alcanzado las mismas dimensiones. A pesar de que en los últimos 20 años han surgido pintores de cualidades muy valiosas, no han tenido más alternativa que presentar sus obras en exposiciones individuales o colectivas, en salones oficiales o en ferias plásticas.

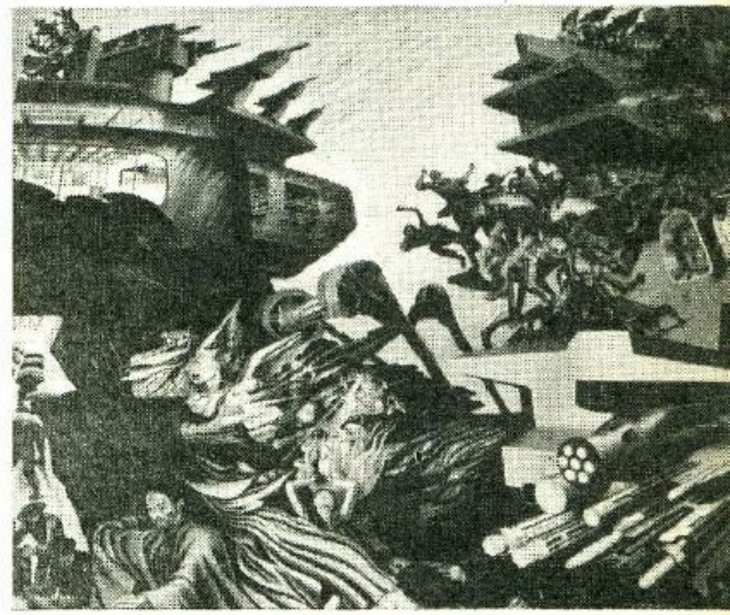
Aunque no vive en Chile desde hace ya varios años, se puede decir que Roberto Matta es uno de los plásticos más representativos entre los que se iniciaron a comienzos de la década del 40, pese a que toda su fama la consiguió en Europa, en donde es apreciado como uno de los grandes valores contemporáneos. Nemesio Antúnez, Mario Toral, Julio Escámez, Guillermo Núñez, José Balmes, Gracia Barrios aparecen como los más destacados plásticos chilenos, los que expresan evidentemente diversas tendencias y concepciones pictóricas modernas.

"Los que van quedando en el camino", de Isidora Aguirre; "El Evangelio según San Jaime", de Jaime Silva; "La viuda de Apablaza", de Germán Luco Cruchaga, y "Fulgor y muerte de Joaquín Murieta", de Pablo Neruda, algunas de cuyas escenas exhiben estas fotos, son obras claves del teatro nacional a lo largo de su historia hoy en pleno desarrollo que interpretan acontecimientos significativos de la gesta del pueblo chileno.

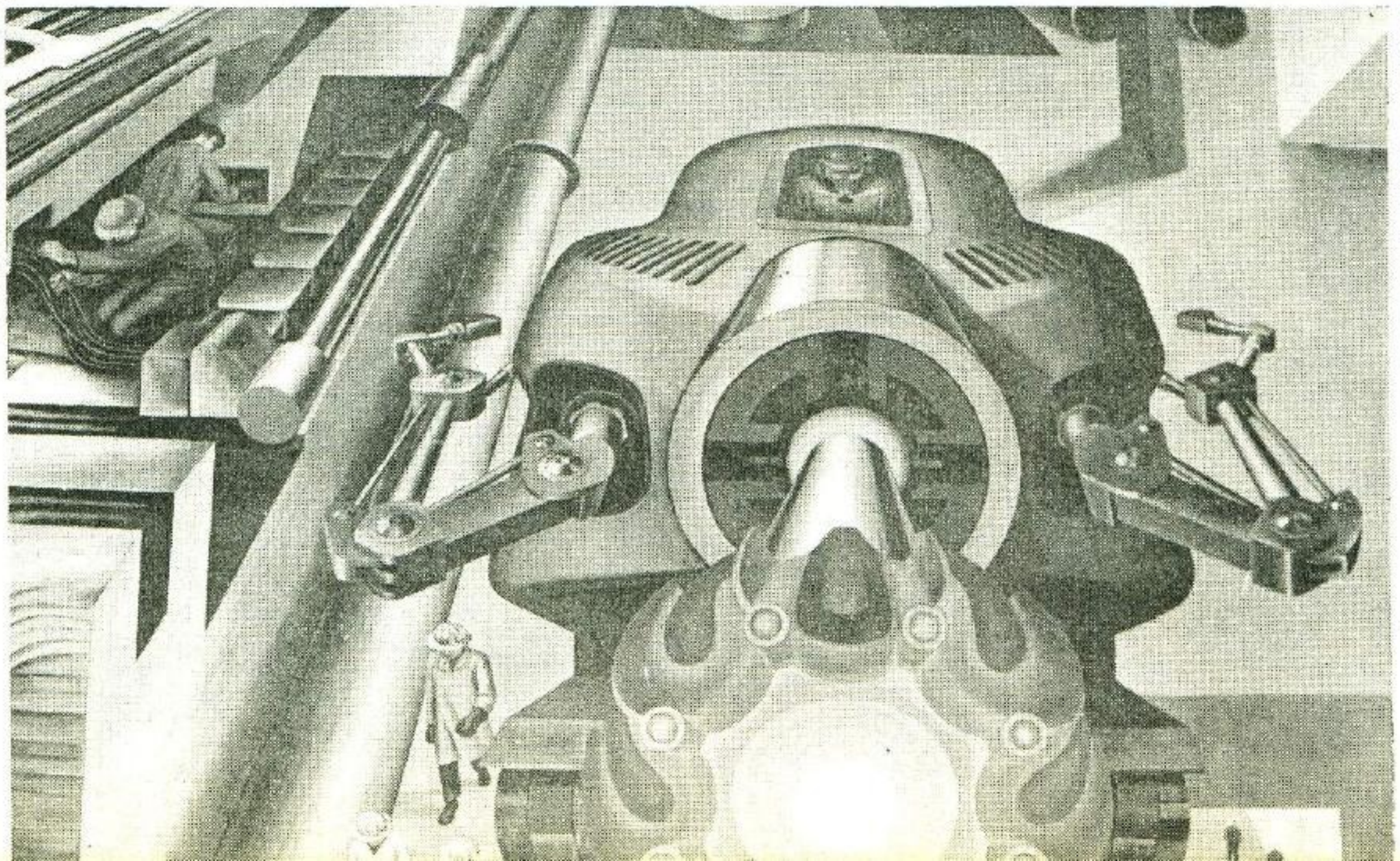
LA PINTURA

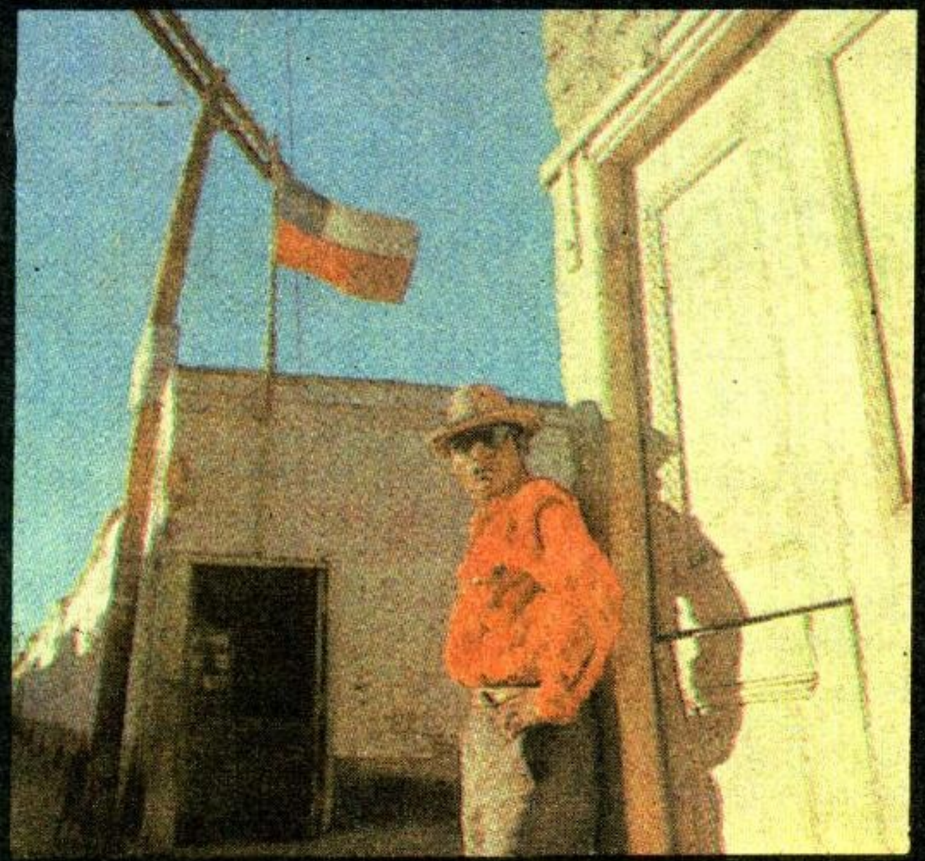
La pintura de fuerte acento social se ha visto enriquecida en Chile por la labor constante y matizada de un grupo de plásticos que han entregado lo mejor de sí en esa tarea; entre ellos José Venturelli, Pedro Lobos, Julio Escámez, Carmen Cereceda y el grabador Carlos Hermosilla Alvarez, lo que ha permitido el surgimiento de una escuela revolucionaria pictórica que ha dado excelentes obras de arte.

A la izquierda. Fragmento de "Presencia de América Latina", mural del artista mexicano Jorge González Camarena, pintado en la Casa del Arte de Concepción. Representa los contornos épicos de la lucha por su liberación de los pueblos de nuestro continente.



Mural de Julio Escámez en la sala de sesiones de la Municipalidad de Chillán. Una serie de símbolos representan la brutalidad de la guerra chocando con las nuevas fuerzas renovadoras de la paz y la justicia social.





La fiesta de Cuasimodo es una mezcla de celebración religiosa y de tradición histórica originaria de la Colonia. Todos los años Cuasimodo es ocasión de un vistoso ritual popular. Esta criolla romería a la Virgen está íntimamente vinculada a la formación del pueblo chileno y de sus representantes más característicos, como el huaso y la familia campesina: en Cuasimodo, las cuecas y los vistosos atuendos son manifestaciones de su cultura.

NUESTRA ECONOMIA

Un economista definió a Chile como "un caso de desarrollo frustrado" y ésta fue sin duda una de las características de la situación chilena desde sus inicios como república independiente en 1810. El país, con sus enormes riquezas naturales, quedó inserto en un esquema de capitalismo dependiente, característico de América Latina, lo que fatalmente terminó por agudizar un subdesarrollo general en su proceso productivo.

El país creció al compás de la demanda externa y al influjo de decisiones que se adoptaron en el exterior y que muchas veces conspiraron contra sus posibilidades reales.

La gran demanda de trigo en California y Australia provocó, al comenzar el año 1840, un crecimiento vigoroso de la agricultura chilena, gracias al auge de las ventas de trigo y sebo. Pero la misma competencia extranjera y las normas de liberalismo económico que campeaban como filosofía en el mundo, precipitaron más tarde el derrumbe de esa actividad.

A partir de 1879 la posesión del nitrato natural (salitre) le significó a Chile contar con una riqueza extraordinaria que pudo asegurar su desarrollo económico. Pero nuevamente su situación de dependencia y el dominio extranjero sobre esa riqueza, que pasó a ser controlada por el capital británico, frustraron esa posibilidad.

El auge del desarrollo "hacia afuera", es decir, basado en la demanda externa, se quebró el año 1929. El descubrimiento y divulgación del nitrato artificial —producto que surgió en Alemania durante la Primera Guerra Mundial— y la gran crisis económica presentada en Wall Street a fines del mismo año 29 abrieron un difícil período para Chile, el que perdió en un año el 60 por ciento de su capacidad de exportación, reduciéndose en forma brusca los bienes disponibles de toda la comunidad.

La aparición de la riqueza cuprera en el primer plano de la economía chilena al comenzar 1900, y la llegada de los primeros consorcios norteamericanos interesados en explotar esa actividad no lograron llenar el hueco dejado por el colapso del salitre, al menos en la tensa década del 30, convulsionada por fuertes terremotos sociales.

Ello radicalizó el proceso político del país, culminando esa evolución con el triunfo, el año 1938, del Frente Popular, experiencia política también inédita en América Latina. Esta coalición, en la que participaron los partidos comunista y socialista, de inspiración marxista, y el radical de centro-izquierda, echó las bases, con la fundación de la Corfo, del primer esfuerzo industrializador de Chile.

DEMANDA INTERNA

El motor del desarrollo se volvió hacia la demanda interna, creándose los grandes complejos productivos, como el del acero, el energético y, posteriormente, el de los combustibles. El Estado pasó a ser el agente decisivo del desarrollo chileno, creándose organismos de planificación y análisis y volcándose en el sector fiscal las inversiones más importantes. El inversionista privado, que continuaba mostrando una gran debilidad para responder a los nuevos desafíos que surgían en la sociedad chilena, quedó desplazado del primer plano y comenzó a perder terreno paulatinamente.

La quiebra del comercio mundial provocada por la Segunda Guerra Mundial obligó al país a volcar su esfuerzo en la producción de bienes de consumo, que hasta ese momento se introducían desde el exterior. La industrialización tuvo un notable efecto en la economía y en la sociedad chilenas. Advinieron los grandes conglomerados industriales y la izquierda contó con una base de sustentación proletaria de innegable consistencia. El país comenzó a encontrar un modelo de desarrollo que le permitía tasas de crecimiento de importancia.

Pero tal como ocurrió en otras naciones latinoamericanas, el impulso de la industrialización perdió fuerzas en la misma medida que el proceso de sustitución se hizo más complejo y se quedaron sin resolver problemas estructurales

de gran significado, tales como el atraso agrícola, la desigual distribución del ingreso y el control extranjero de las principales áreas productivas.

Al iniciarse la década de los años 60, Chile de nuevo se encontraba sumido en serias dificultades, ya que ninguna de las fórmulas que se estaban aplicando permitía asegurar un desarrollo sostenido y justo del nivel de vida. El panorama podía resumirse en los siguientes puntos:

1. Un proceso económico que marchaba con una tendencia caótica y que no aseguraba una tasa de desarrollo adecuada para las aspiraciones chilenas.

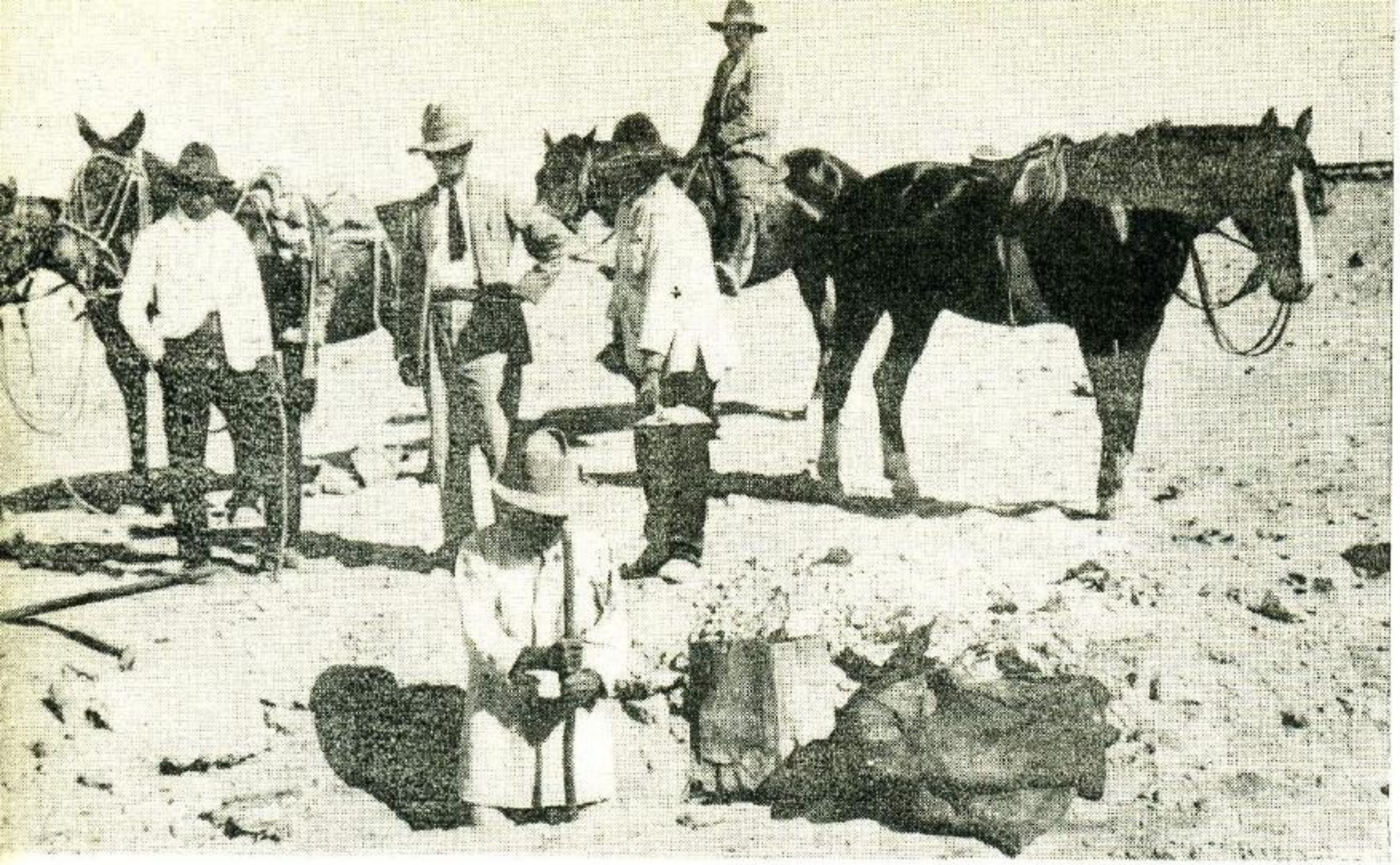
2. Una inflación que en promedio superaba la tasa del 25 por ciento anual, lo que hacía más crítica la situación de los sectores débiles de la sociedad.

3. Un endeudamiento creciente, como resultado de la falta de capitalización del sector privado y de la incapacidad del sector público para aumentar sus ingresos internos.

4. Una acentuada desnacionalización de todos los sectores productivos debido a la falta de recursos internos, lo que obligaba a aceptar la entrada de capitales foráneos, que, en lugar de instalarse en sectores nuevos, se destinaban a comprar industrias o empresas ya constituidas.

5. Una dependencia cada vez mayor de las exportaciones de cobre, producto que aportaba (y sigue aportando) el 75 por ciento de las divisas del país y cuya producción y comercialización se encontraban en manos del capital extranjero.

6. Un estancamiento agrícola que obliga, en estos momentos, a gastar 200 millones de dólares al año en productos agropecuarios; es decir, la quinta parte de todas las divisas que el país obtiene a través de sus exportaciones. El atraso agrícola, como resultado de la existencia de enormes latifundios improductivos y otros factores, fue uno de los fenómenos que más entrabaron el normal desenvolvimiento de la economía chilena.



ENSAYO REFORMISTA

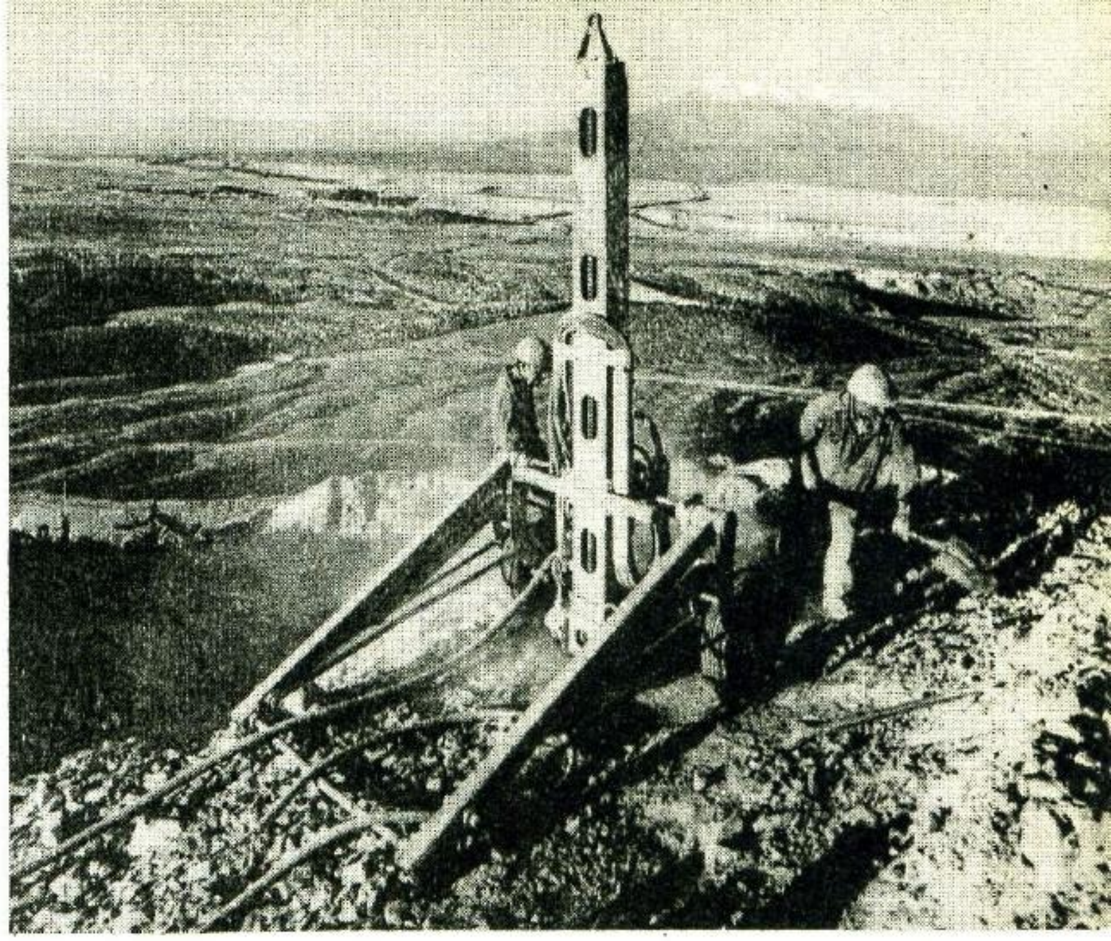
Desde 1880 hasta 1929, aproximadamente, el salitre constituyó el pilar económico de Chile, creando enormes riquezas y un período de prosperidad nacional.

Al comenzar la década del 60, y luego del triunfo de la Revolución Cubana, empezaron a soplar en América Latina los vientos reformistas. La Alianza para el Progreso, iniciada durante la administración Kennedy, puso el acento en las reformas estructurales con el objeto de salvar al enfermo —es decir, el capitalismo dependiente de América Latina— de su colapso fatal.

El sexenio 1964-1970 fue copado en Chile por la experiencia democratacristiana. Un ensayo reformista destinado a resolver las contradicciones económicas del país, que recibió la denominación de "Revolución en Libertad".

Ese programa tuvo el mérito de despertar las grandes aspiraciones populares, pero no tuvo éxito para resolver el problema del bajo nivel de crecimiento.

Un primer intento de redistribución de la renta —palanca indispensable en la coyuntura chilena, que mostraba un porcentaje apreciable de capacidad ociosa en el sector manufacturero— permitió una expansión prometedora en los años 1965 y 66, cuando el crecimiento global de la economía fue de 5 y 7 por ciento



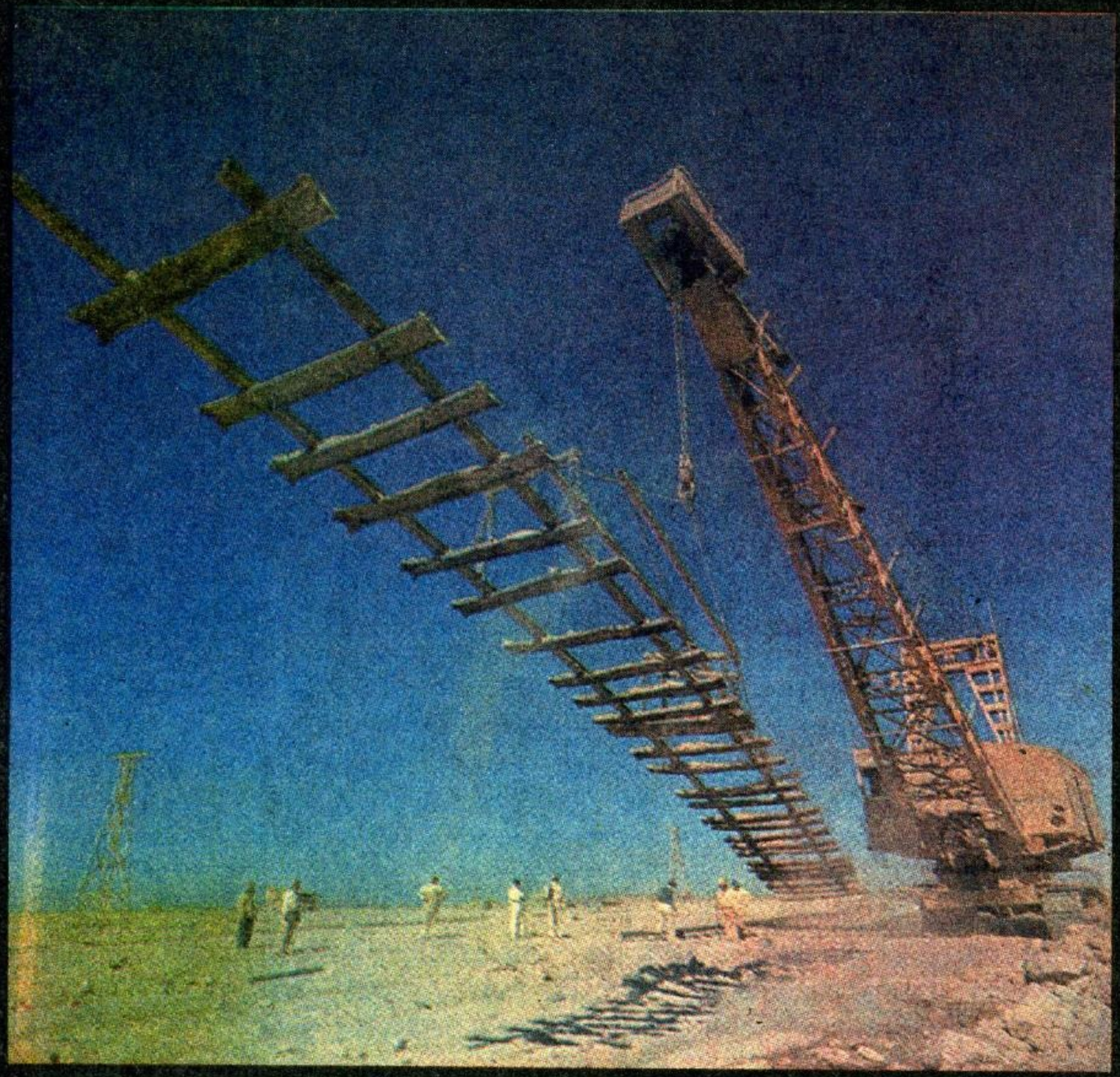
En la desértica zona de Chonchi, Antofagasta, la construcción de un embalse exigió remover grandes cantidades de material pétreo.

anual, respectivamente. Pero la derechización del Gobierno del ex Presidente Frei permitió en los años siguientes a los empresarios recuperar el terreno perdido en materia de ingresos. Como resultado de ello la tasa de crecimiento se derrumbó. Durante los años 1967 a 1970, el incremento de producción cubrió apenas el aumento de población, lo que significó un receso doloroso de la economía chilena. Este fenómeno explica la brevedad de la experiencia democratacristiana en Chile.

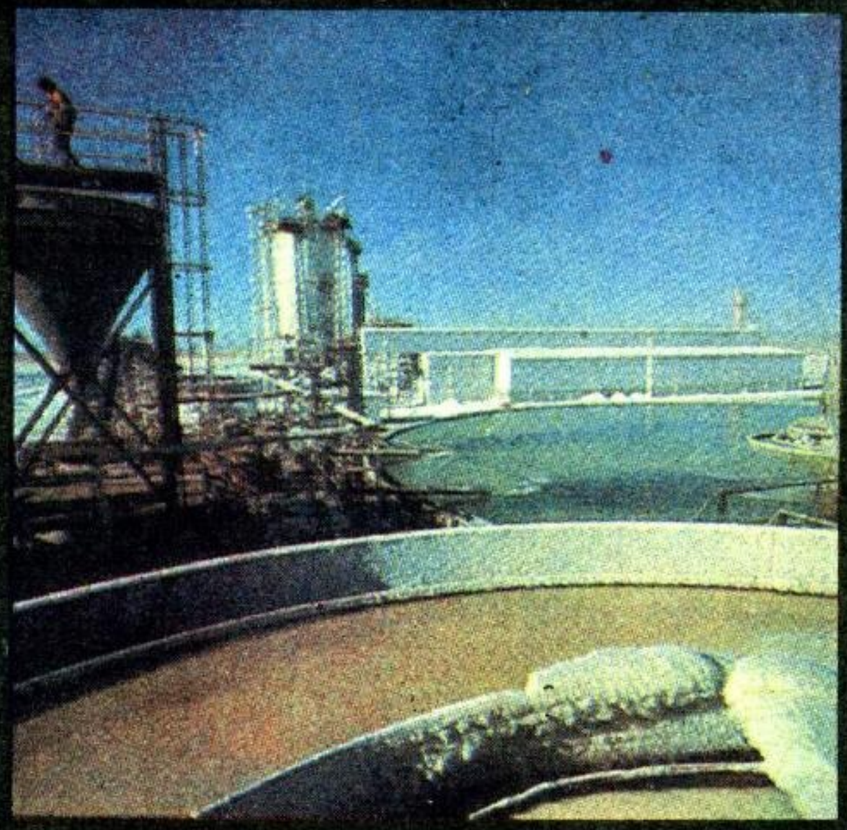
El año 1970 fue especialmente crítico. En el primer semestre los índices de producción mostraron una cierta recuperación, en relación con los tres años anteriores. Sin embargo, la histérica reacción de la derecha ante la victoria de la Unidad Popular el 4 de septiembre de ese año, provocó un deterioro en todo el aparato económico del país.

Este es un capítulo de gran importancia para comprender la estrategia económica seguida por el Gobierno Popular en su primer año.

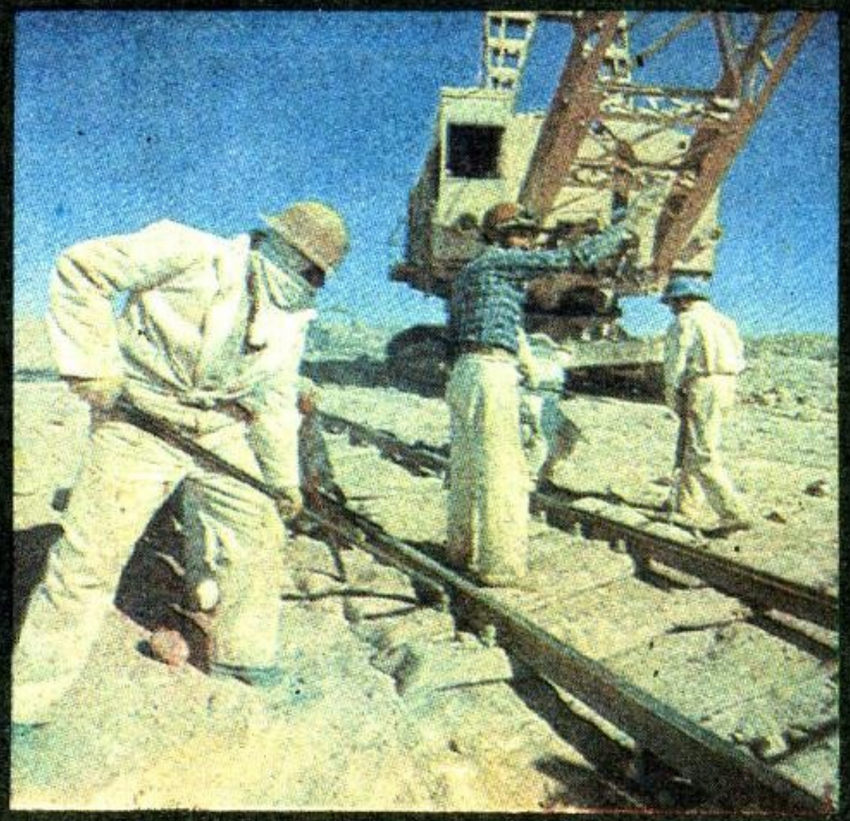
El triunfo del doctor Salvador Allende desató dos reacciones paralelas por



La economía chilena,
como la de otros países
latinoamericanos, descansó
en viejas estructuras
a lo largo de 150 años de
historia.



Primero el salitre y luego el cobre, las riquezas básicas de Chile estuvieron bajo dominio extranjero hasta iniciar su independencia económica.



Las masas trabajadoras
chilenas eligieron un gobierno
cuyo programa tiene por
finalidad construir las bases para
una economía socialista,
en paz y libertad.

Un hecho que caracteriza la economía chilena es que el 75 por ciento de sus ingresos externos provienen del cobre: "El cobre es el sueldo de Chile", ha dicho el Presidente Salvador Allende.

parte de la derecha: 1) una reacción política de corte sedicioso que culminó con el asesinato del general constitucionalista René Schneider, Jefe del Ejército chileno, y que tuvo por objetivo bloquear la subida al poder de la izquierda, y 2) una reacción económica, desatada inmediatamente después de la elección, destinada a provocar un caos en el país.

De acuerdo con las normas constitucionales, el doctor Allende debía esperar la ratificación del Congreso Nacional, luego de su triunfo y, una vez conseguida esa ratificación, esperar el 4 de noviembre para tomar el mando de la nación.

Fueron, por lo tanto, ocho semanas de espera que conmovieron profundamente al país. En el plano económico se produjeron acciones de boicot de enorme envergadura. Se registraron "corridas" de depósitos bancarios con el evidente propósito de secar financieramente el proceso económico interno. La construcción privada paralizó sus obras y numerosas industrias redujeron su personal. Como resultado de esas acciones, la producción descendió a niveles muy bajos y la cesantía alcanzó tasas altísimas, duplicando las cifras ya bastante contundentes que existían tradicionalmente en Chile. (Aunque no hay cálculos oficiales, se estima que en el período de la "Campaña del Terror Económico" la desocupación alcanzó en la capital —centro productivo del país— a más del 12 por ciento de la fuerza de trabajo.)

LA ESTRATEGIA DE ALLENDE

Dos eran los grandes objetivos económicos de la Unidad Popular cuando el Presidente Allende asumió la Primera Magistratura. El primero, solucionar los problemas más urgentes, reactivando el proceso económico y restituyendo la confianza a un país que había quedado hondamente conmovido por los tensos

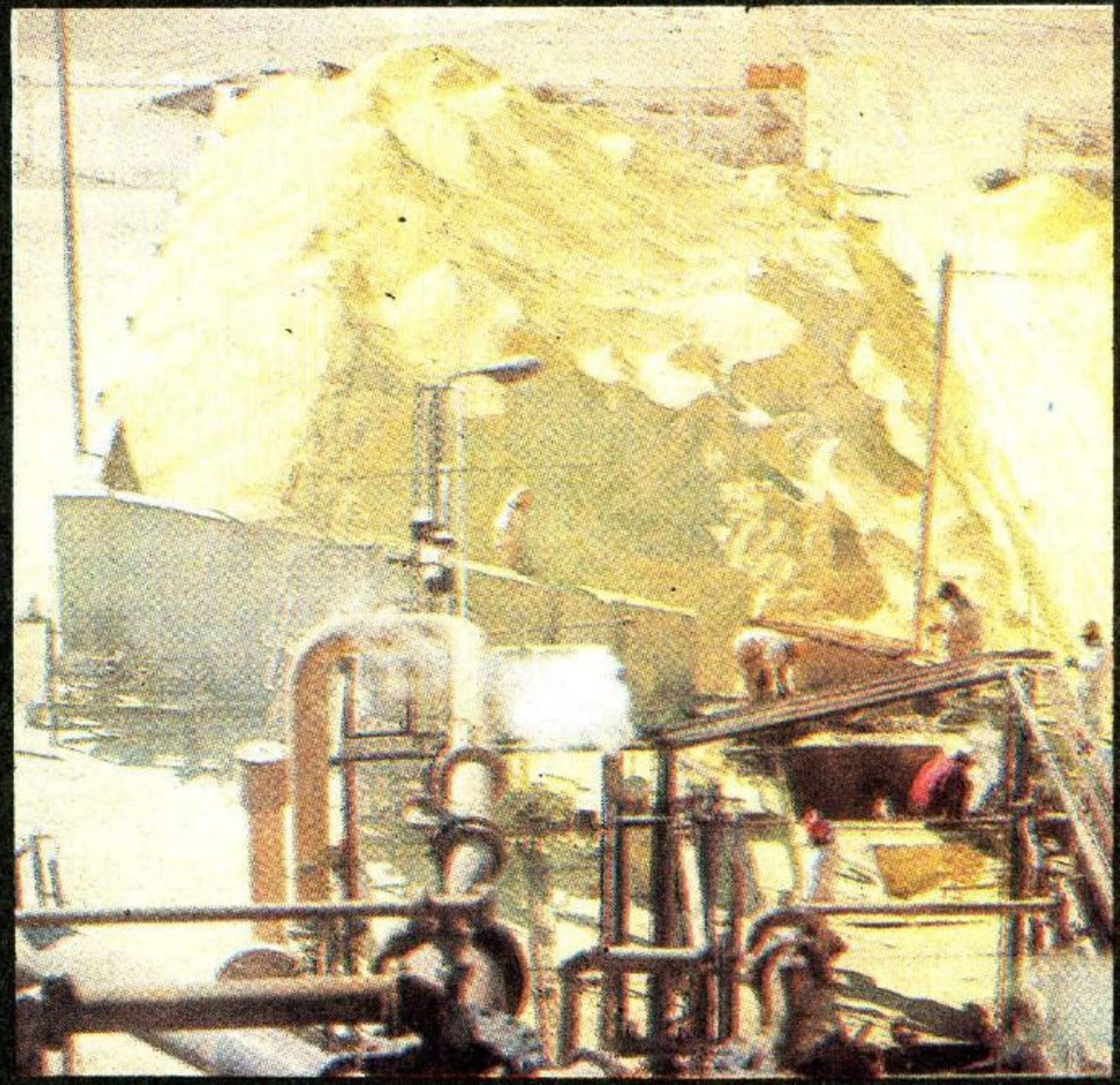
días de la "Campaña del Terror". El segundo, pasar a la ofensiva, mediante el cumplimiento del Programa de Gobierno, el que implicaba profundas transformaciones de estructura. Ambos objetivos comenzaron a cumplirse en forma simultánea. Con gran agilidad y en menos de cinco meses la situación había experimentado un vuelco de 180 grados. En efecto, a partir de marzo de 1971 el impacto de algunas disposiciones oficiales, en especial la de redistribución del ingreso nacional, provocó un auge productivo que aseguró el desarrollo posterior del Programa.

La estrategia de fondo de la Unidad Popular en materia económica estaba destinada a robustecer el aparato estatal, que en Chile se hallaba muy desarrollado, y crear las bases de una sociedad socialista. Para ello, el objetivo principal consiste en pasar a control del Estado el excedente económico de Chile, que en el pasado estaba en manos de los monopolios y de empresas extranjeras, para invertirlo de una manera más eficiente, quebrando el poder de los grupos financistas que controlaban virtualmente el desenvolvimiento de la nación.

El plan de acción contempla la existencia de tres áreas productivas en la economía chilena. Un área estatal, un área mixta y una privada. La estructuración de esos tres sectores es una de las palancas básicas del Programa de Gobierno.

*AREA ESTATAL: El Estado pasa a controlar todas las empresas monopólicas o aquellas que tengan una influencia decisiva en el desarrollo de la producción. En esta área quedan incluidas las grandes empresas mineras; la producción de acero; los textiles; los bancos; la industria del cemento; el comercio exterior; algunas empresas claves, como la industria del papel, que paulatinamente serán integradas al sector fiscal. Esta área de producción será decisiva en el desenvolvimiento interno. El control estatal sobre esas empresas asegura al país el cumplimiento de las metas fijadas por los organismos de Planificación y per-

Las riquezas que producen las minas nacionalizadas van a fortalecer la economía nacional: antes, se quedaban en los bolsillos de los cipayos y de sus amos, los inversionistas extranjeros.



mite al Estado tomar el control de las utilidades que ese sector genera para invertirlas en obras de beneficio colectivo.

*AREA MIXTA: En ella participarán el sector público y los empresarios privados tanto nacionales como extranjeros. En este sector se incluirán aquellas industrias que el Estado tiene especial interés en desarrollar, pero que, por sus características y dimensiones, no necesariamente deben quedar incluidas en el área estatal. Se combinarán aquí aportes del Estado y de los particulares. Un

ejemplo característico es la industria automotriz, donde el país requiere de la tecnología extranjera para su desarrollo. El Gobierno abrió una propuesta internacional para instalar una o varias industrias armadoras de vehículos motorizados. En esa propuesta podían participar las firmas ya instaladas en Chile, o bien cualquier empresa automotriz internacional que aceptara ceñirse a las condiciones de la licitación. La propuesta plantea la formación de empresas mixtas, bajo control del Estado, las que producirán automóviles, camionetas, maquinaria agrícola industrial.

*AREA PRIVADA: El Programa contempla la mantención de un área privada, que contará con el apoyo crediticio y la asistencia técnica del Estado.

Ninguna de estas áreas funcionará en forma absolutamente rígida, y en la práctica ello ha quedado demostrado. Empresas que por sus dimensiones e influencia debían permanecer en el área privada, han sido estatizadas, luego que sus propietarios iniciaron el boicot a la producción o cerraron arbitrariamente. En esos casos, el Gobierno intervino con energía tomando el control de las empresas, actuando a través de disposiciones legales dictadas durante gobiernos anteriores, pero que hasta ahora no habían sido aplicadas. El caso más espectacular, que incluso provocó reacciones internacionales, surgió a raíz de la paralización de la Planta Armadora de vehículos de la Ford Motors. Esta empresa internacional paralizó sus actividades, sin consulta previa a las autoridades del Gobierno chileno. El Ministerio de Economía requisó las modernas instalaciones que Ford tenía en la localidad de Casablanca y las puso a funcionar bajo el control de la Corporación de Fomento. En la actualidad, la Planta de Casablanca está trabajando a todo vapor, armando tres mil camiones Fiat, con la asistencia técnica y la cooperación del consorcio italiano.

El Gobierno ha reiterado que no es contrario a las inversiones extranjeras, pero insiste en que esos aportes deben venir acompañados de un aporte tecnológico que realmente interese al país. En tal sentido, ello implica un brusco

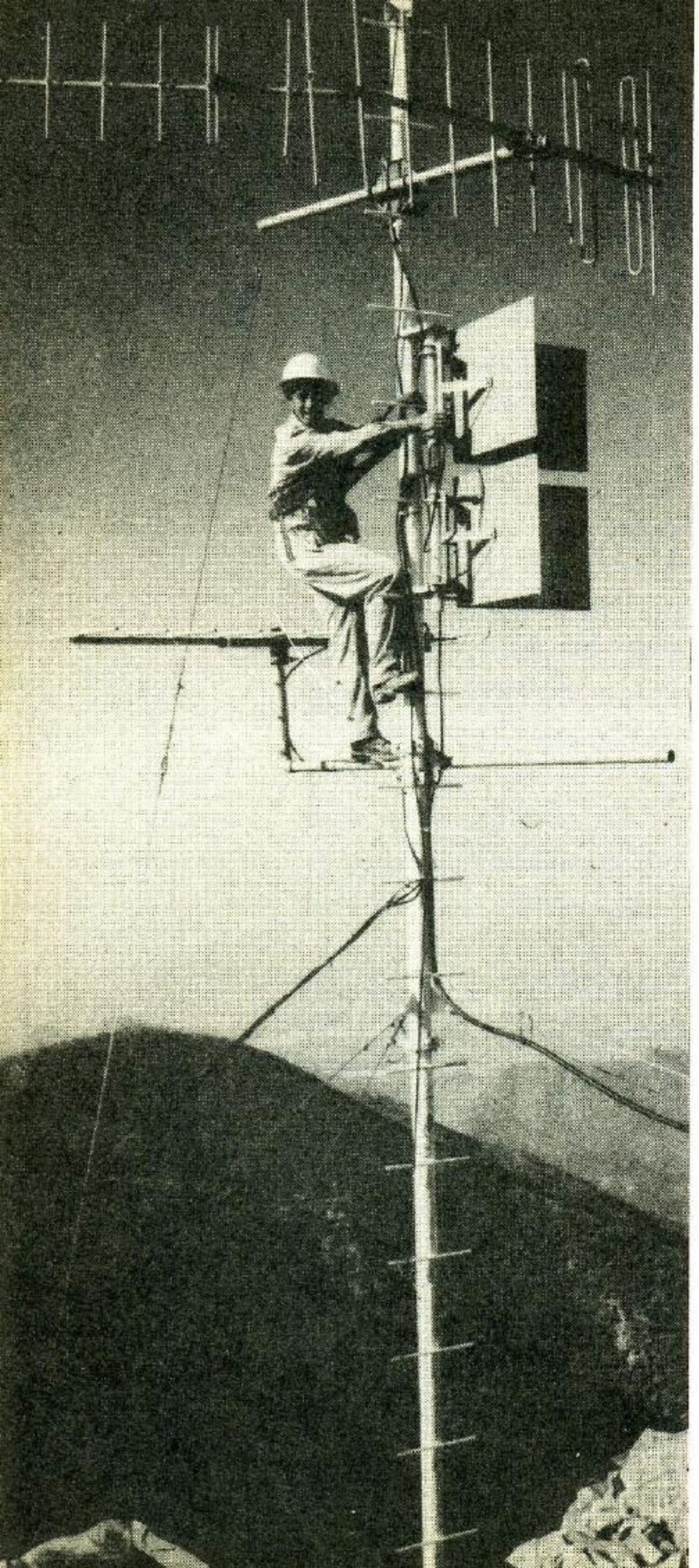
viraje a la política de desnacionalización creciente, que estaba afectando a la economía chilena.

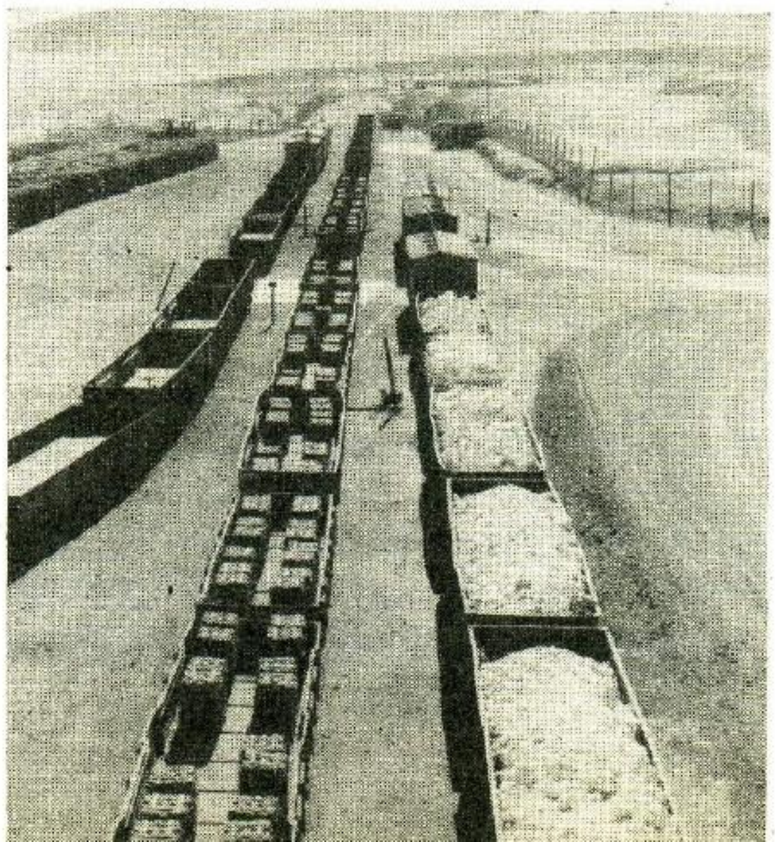
En materia de créditos externos, tampoco el Gobierno es contrario a su utilización, y así lo ha señalado en todas las reuniones internacionales en que ha estado presente. Pero no acepta que esos préstamos se concedan bajo condiciones que lesionan la soberanía nacional. Por tal razón, aunque Chile sigue perteneciendo al Fondo Monetario Internacional, se han desahuciado las "cartas intenciones" y otros documentos característicos de ese organismo en los cuales se dictaban las normas de funcionamiento del sistema financiero de nuestro país. Asimismo, al comenzar la actual administración, se impugnó con vigor un crédito norteamericano que condicionaba su otorgamiento a un alza en las tarifas eléctricas internas de Chile. Esa imposición fue rechazada y se advirtió de inmediato, a todos los organismos crediticios internacionales, que la política económica que Chile está aplicando es de responsabilidad estricta del país.

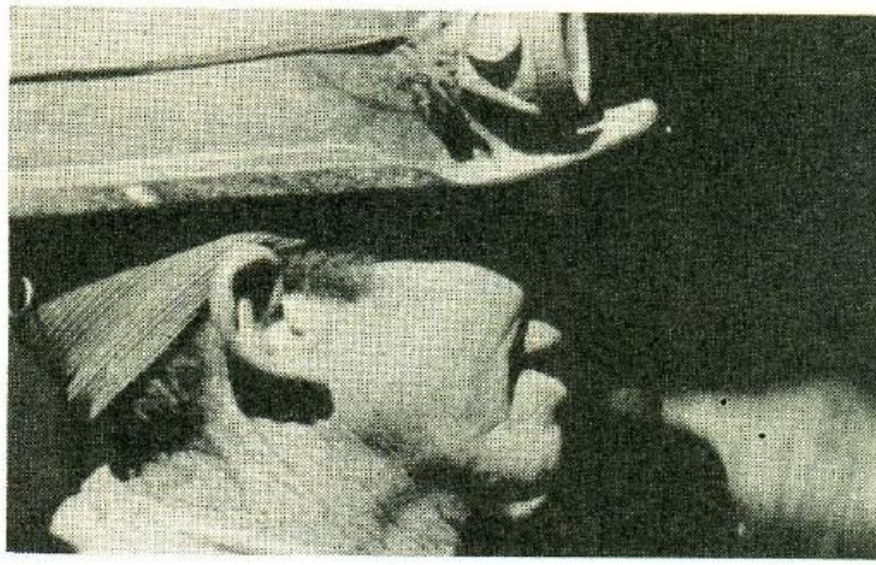
LAS NACIONALIZACIONES

Para fortalecer el aparato estatal se planteó desde un comienzo un programa de estatizaciones realizado con gran celeridad. En pocos meses se estatizó la Compañía de Acero del Pacífico, que produce la casi totalidad del acero que consume Chile. También pasaron a poder del Estado los principales bancos particulares del país, a través de un proceso de compra de acciones que fue duramente criticado por los sectores de oposición.

En forma paralela se nacionalizaron el salitre, hierro y cobre, las tres grandes riquezas mineras del país. De singular importancia fue la nacionalización del cobre, proceso que culminó el domingo 11 de julio de 1971, llamado el día de la Segunda Independencia de Chile. El cobre era explotado por empresas mixtas constituidas durante el Gobierno de Frei, en las que el dominio norteameri-







Un tren sale de la mina de cobre "Mantos Blancos", en Antofagasta, con un cargamento de lingotes de cobre refinado, mientras otro acarrea azufre.

no era evidente. Dos grandes consorcios tenían el control del cobre chileno: la Anaconda y la Kennecott, y en los últimos años había comenzado a operar en el país la Cerro Corporation. Es decir, los tres más grandes agentes cupreros de Estados Unidos.

La nacionalización del cobre se logró mediante una reforma constitucional, que entregó al Estado los grandes yacimientos cupríferos del país. Esta reforma fue, finalmente, aprobada en el Parlamento por todos los sectores políticos, incluso los que sustentan una posición de extrema derecha.

En torno a la nacionalización surgieron las dificultades más importantes con el Gobierno de Estados Unidos, luego que el Presidente Nixon rompió el *status* existente entre los dos países, cortando unilateralmente cualquier operación crediticia con Chile. La decisión norteamericana —de acuerdo al anuncio— se mantendrá hasta que Chile "no compense adecuadamente los intereses norteamericanos que fueron nacionalizados".

En Valdivia provincia situada al sur de Chile y enmarcada por un paisaje exuberante, hay bosques que alimentan la importante producción maderera del país.

De acuerdo con la Reforma Constitucional aprobada por el Parlamento chileno, no es el Gobierno del Presidente Allende el que fija el monto de la indemnización, sino la Contraloría, un organismo legal autónomo, frente al cual las empresas norteamericanas podrán designar sus abogados y representantes. La Reforma Constitucional sobre el cobre estableció algunas normas básicas que no pueden vulnerarse. Por esa razón, la decisión del Gobierno norteamericano de presionar económicamente por una "indemnización adecuada" fue repudiada en Chile, incluso por los sectores más pronorteamericanos.

En materia agrícola, el Gobierno aceleró en forma extraordinaria la Reforma Agraria, completando en menos de diez meses la expropiación de 1.200.000 hectáreas de tierra y propinando un golpe mortal al latifundio.

Pero la situación económica heredada, luego del duro estancamiento de Frei y los daños causados por la "Campaña del Terror", obligaron a realizar un programa llamado de "reactivación económica".

Para ello, la política económica del año 1971 se caracterizó por algunos rasgos muy particulares:

1. Se reajustaron los sueldos y salarios en porcentajes superiores al 25 por ciento, que había sido el monto de inflación registrado en el último año del gobierno de Frei.

2. Se congelaron los precios de los principales artículos de consumo y los que fue necesario subir se aumentaron en un porcentaje muy inferior al aumento general de los costos.

3. Ello obligó a los empresarios a reducir en parte sus utilidades y mejoró la posición del sector laboral, el que contó con mayores recursos para hacer frente a sus gastos habituales.

4. La redistribución del ingreso generó, como es lógico, una demanda extra que inevitablemente activó la industria nacional, provocando a partir de marzo de 1971 un auge productivo de importancia.

En marzo de 1971 la producción fabril aumentó un 42 por ciento y de ahí en adelante las cifras se han mantenido en un alto nivel. Ello asegura un incremento de producción industrial del orden del 10 por ciento para 1971, cifra muy alta para los niveles tradicionales de la economía chilena.

5. El plan económico también postuló la congelación en el valor del dólar, en contraste con las alzas quincenales que se producían con anterioridad. La congelación obligó al aparato fiscal a realizar un severo esfuerzo financiero, pero tuvo el mérito de reducir considerablemente las tensiones inflacionarias, en un momento en que la opinión pública tenía una espiral inflacionaria, debido a los problemas heredados de la "Campaña del Terror" y al desfinanciamiento fiscal. Ello no ocurrió y el índice de precios registró en los diez primeros meses del Gobierno de Allende un crecimiento que fue un 50 por ciento inferior a la tendencia alcista en el último año del ex Presidente Frei.

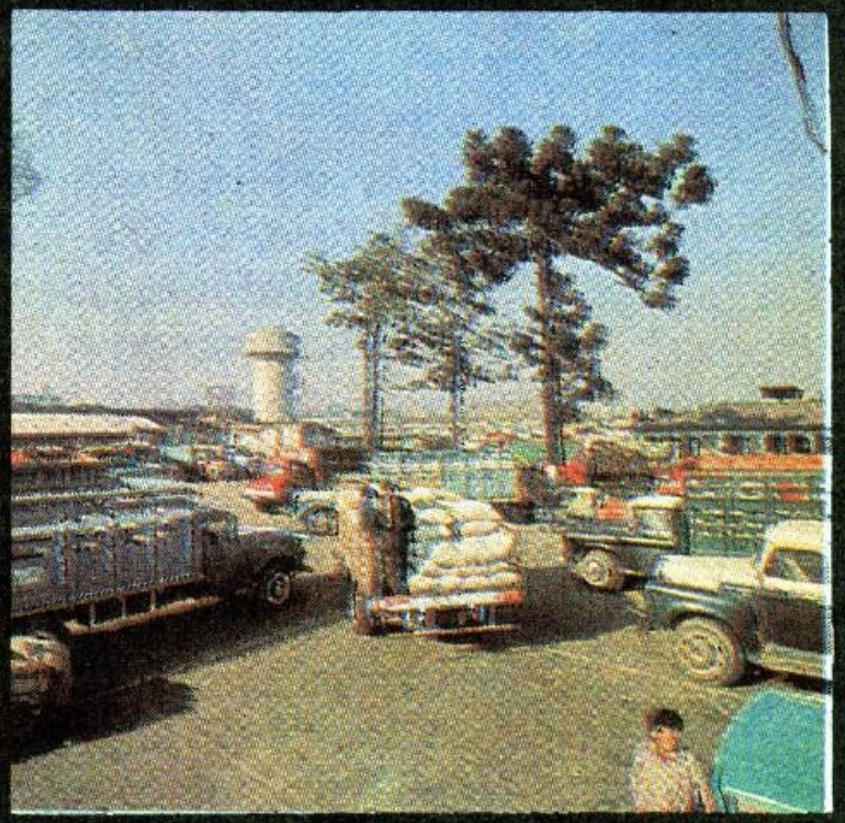
Poco a poco, el aparato económico comenzó a desenvolverse a un ritmo de crecimiento apreciablemente más dinámico que en el pasado. El auge de la de-

manda interna provocó problemas de abastecimiento, en especial en el sector alimenticio, donde la producción experimentó dificultades propias de un proceso de transformaciones. En todo caso se trata de problemas superables que se irán solucionando a medida que las cuantiosas inversiones públicas vayan resolviendo los cuellos de botella que siguen dificultando la expansión generalizada del aparato productivo.

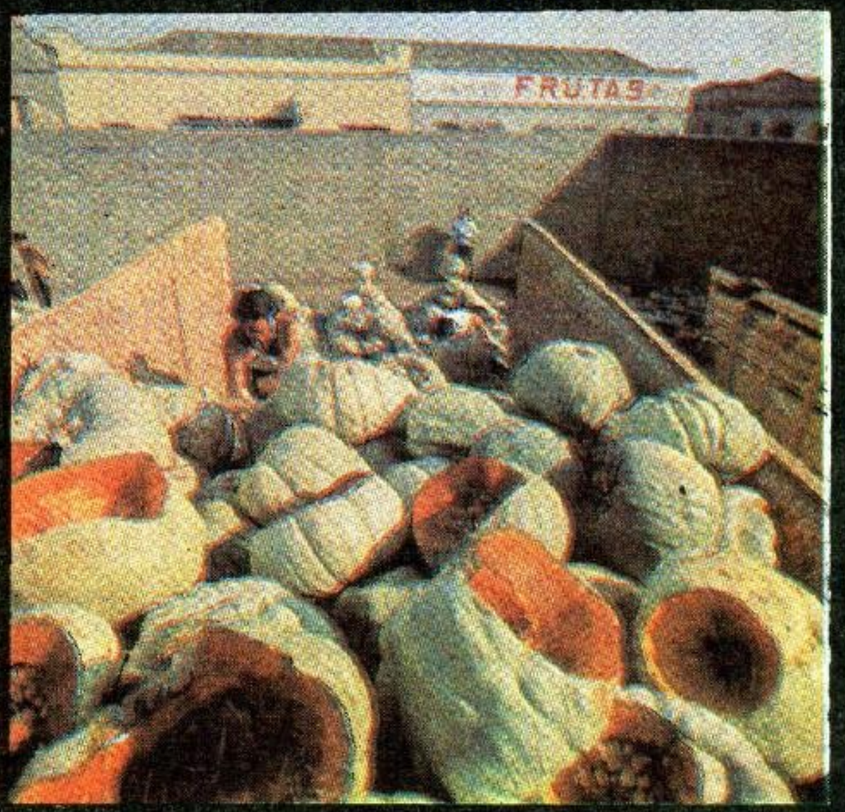
El plan contempla una inversión pública superior a los 1.500 millones de dólares, lo que representa una expansión importante en relación con los niveles anteriores. Esa cifra se financiará a través de los excedentes que se están logrando en las empresas estatizadas mediante un aumento tributario, producto principalmente de una mejor fiscalización de las grandes fortunas, y gracias a la ayuda externa, tanto de los organismos financieros tradicionales como del mundo socialista. El país tiene ahora una fórmula de desarrollo que le asegura una tasa de crecimiento sostenida y que le permite edificar una sociedad socialista, base del Programa de Gobierno de la Unidad Popular.

La armoniosa belleza
del campo chileno es admirada
en todo el mundo.
Otro tanto ocurre con sus
productos, sobre todo,
el vino y las frutas.

Los trabajadores fueron los
primeros beneficiados con la
redistribución de los ingresos durante
1971. Respondieron
generosamente a la fuerte
demanda, librando la "batalla de
la producción".

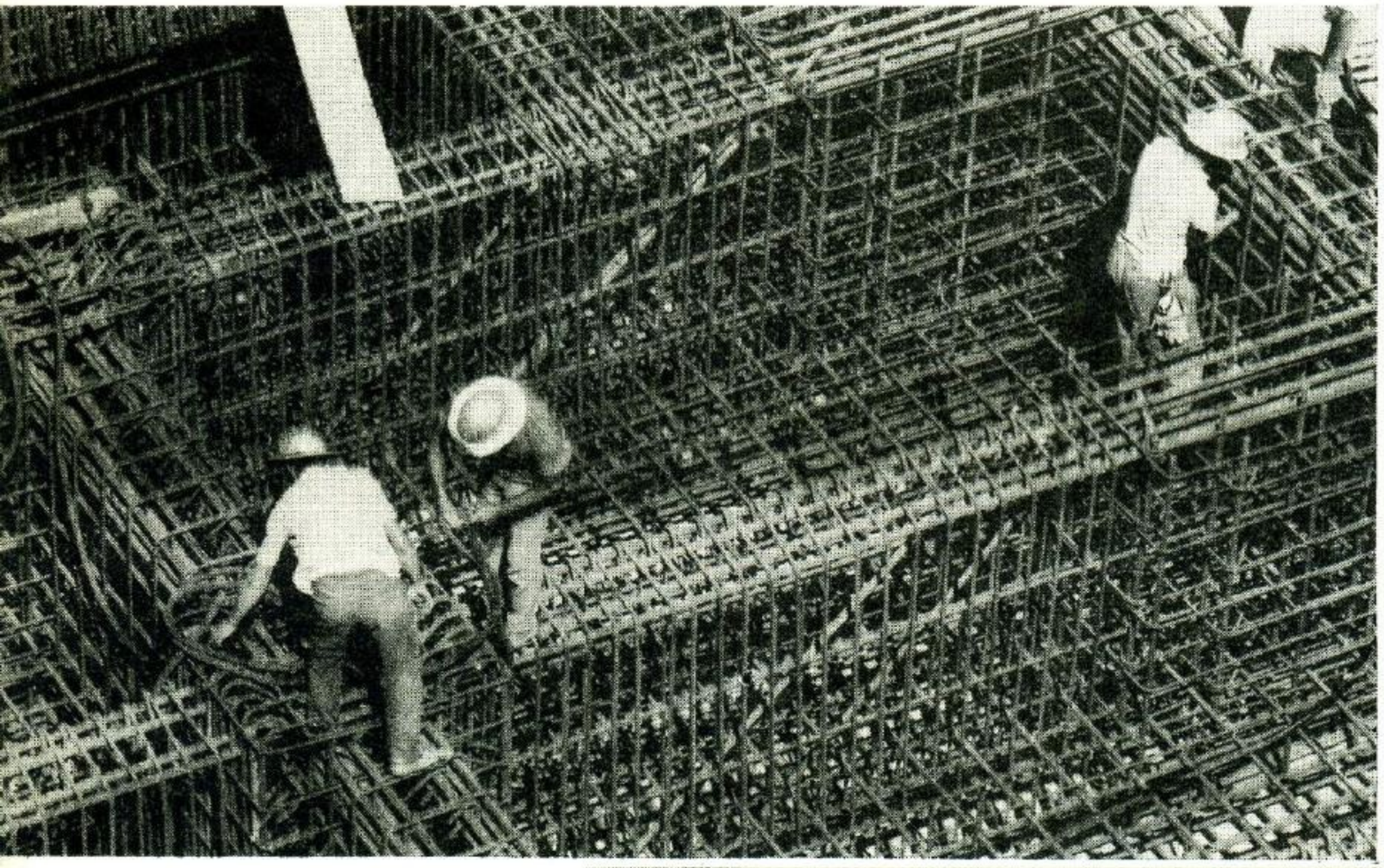


Los países dependientes sufren el flagelo de la inflación, que se traduce en el alza de los alimentos y artículos de primera necesidad. Este año Chile redujo espectacularmente su tasa inflacionaria.

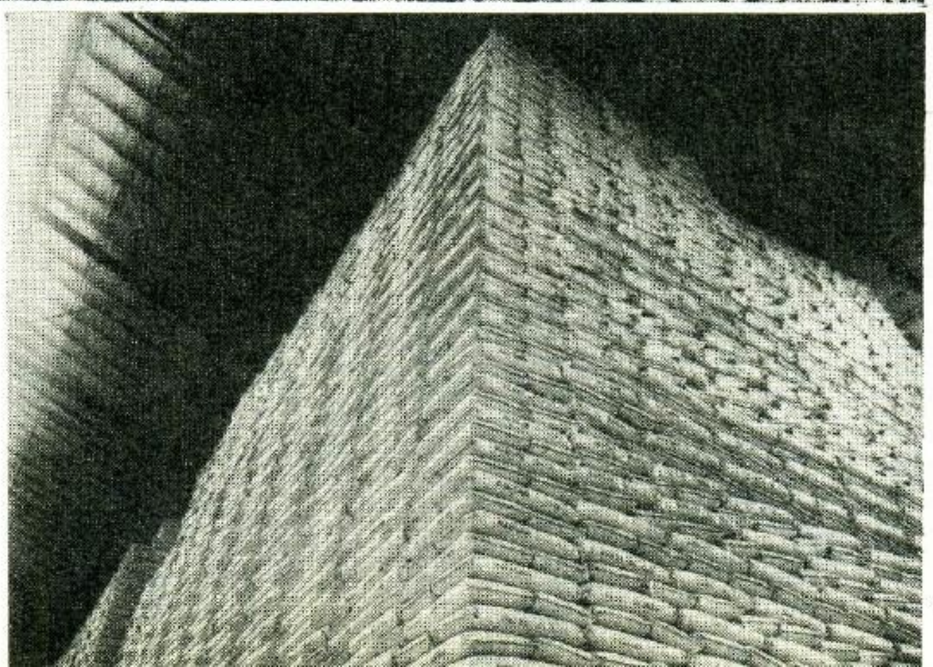


Esta tierra de sequías y terremotos ha sido compensada por la madre naturaleza con ricos productos naturales, y un pueblo que trabaja en 1971 para que en el año 2000, 20 millones de chilenos tengan bienestar en una patria socialista.

El déficit de viviendas populares es encarado con un vasto programa de construcción en todo el país.



El intento derechista de provocar un caos financiero que impidiera llegar al gobierno al Presidente Allende, si bien causó trastornos pasajeros, fue neutralizado por la responsabilidad de los trabajadores. El incremento industrial para 1971 se calcula en un 10 por ciento.



En la parte sur del país abundan lagos navegables que deparan al turista y al propio habitante de Chile placeres de todo orden: bellezas naturales incomparables, hospitalidad, deleites culinarios y excelente pesca.

El extenso litoral chileno y sus aguas, ricas en productos marinos, significan una fuente de recursos económicos de incalculables posibilidades para el desarrollo del país. Un Ministerio del Mar, próximo a crearse, impulsará esta industria. "El futuro de Chile está en el mar", se dice, y la realidad ha demostrado que no se trata de un lugar común.

COMO SOMOS

* Calar hondo en *nuestra manera de ser* es también uno de los deportes favoritos de psicólogos, sociólogos, escritores y otros especialistas. Jamás nos hemos puesto de acuerdo y todo nos permite asegurar que aún está muy distante el día en que llegaremos a algunas conclusiones definitivas. Estas crónicas confirman la regla. Son tres variaciones sobre un mismo tema: los chilenos, admirados, atacados, glorificados y universalizados desde distintos ángulos, todos opuestos, pero unidos por el afán de saber cómo diablos somos realmente.

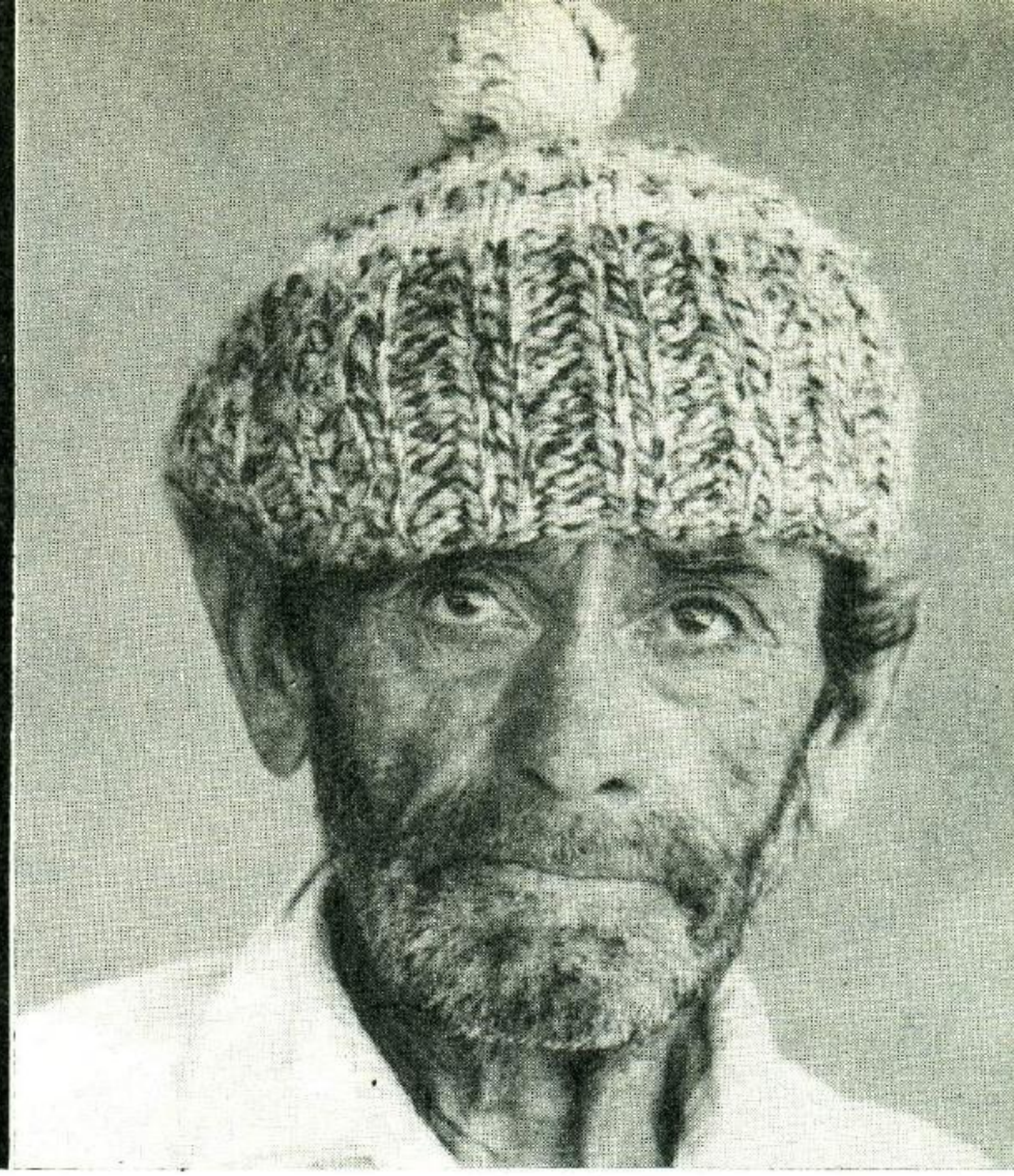
ALGUNAS DEFINICIONES

por José Miguel Varas

Hablando con un grupo de periodistas, Fidel Castro dijo: "Cada chileno es un Personaje". Así, con mayúscula. El Primer Ministro cubano tiene la impresión, a través de los muchos chilenos que ha conocido, de que éstos son diferentes entre sí, diferentes en un grado mucho mayor que los habitantes de cualquier otro país que él haya conocido..

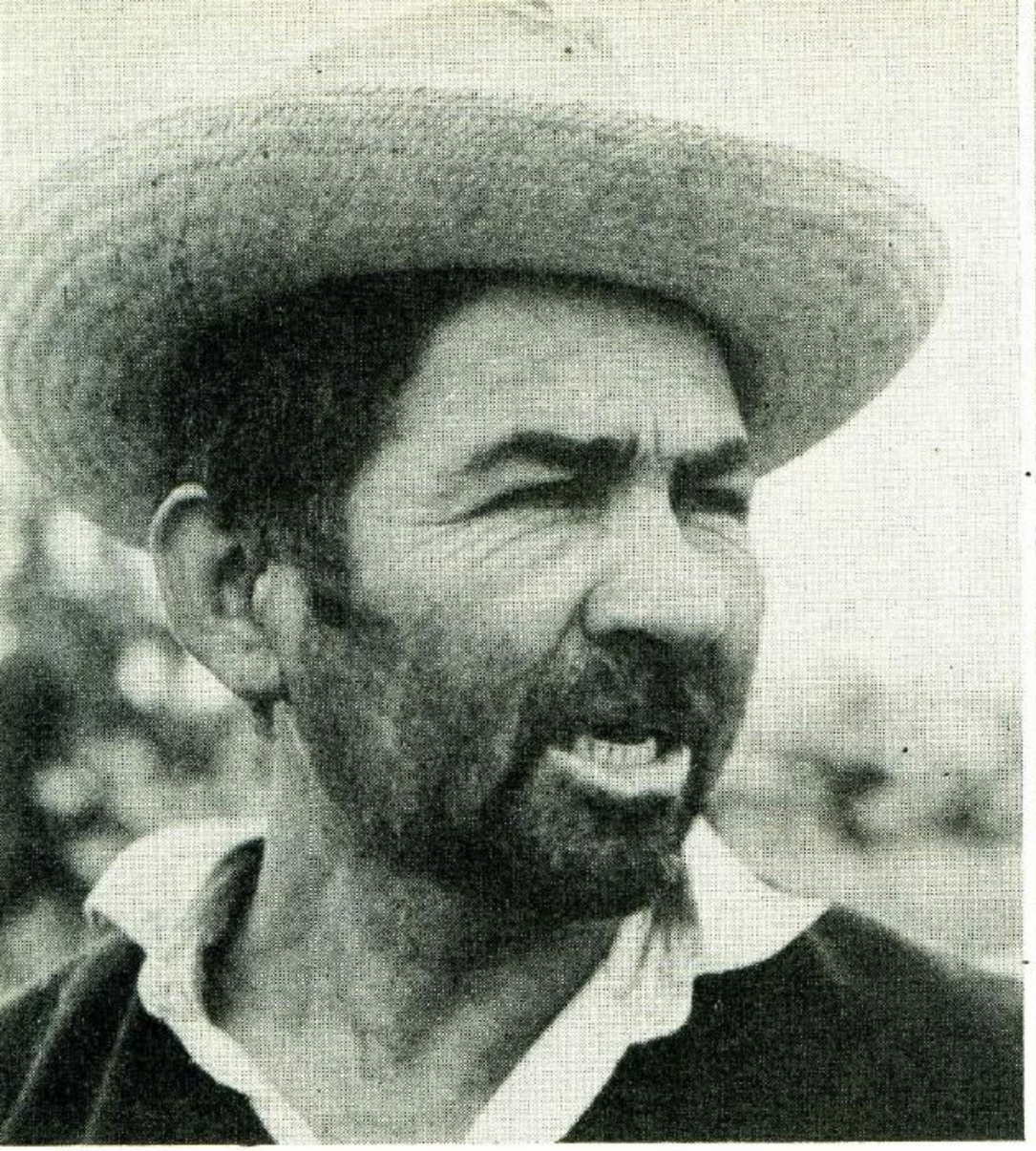
Si aceptamos esta opinión, concluiremos que el individualismo sería característica esencial de los chilenos. Pero otros observadores extranjeros discrepan. Les llama la atención, y lo consideran signo de una fuerte tendencia a lo colectivo, la proliferación increíble de asociaciones políticas, sindicales, gremiales, mutualistas, deportivas, vecinales, esotéricas, juveniles, femeninas, culturales, etc. Estadísticamente cada chileno pertenece a unas tres agrupaciones diferentes, por lo menos, lo que determina que ninguno queda en el desamparo... cuando muere. Porque todas estas colectividades aseguran, como mínimo, una cuota mortuoria y una ración adecuada de discursos fúnebres en el cementerio para cada ciudadano del país.

Tal vez las dos apreciaciones son exactas. Los chilenos tendemos a considerarnos demasiado diferentes y únicos, pero colectivamente, cuando la conversa-



ción se encamina hacia la comparación con otros pueblos —y es uno de los temas de conversación preferidos, después de las comidas, la política y los terremotos—, transferimos esta excelsa singularidad a la nación entera, que, según la expresión generalmente aceptada, es "homogénea".

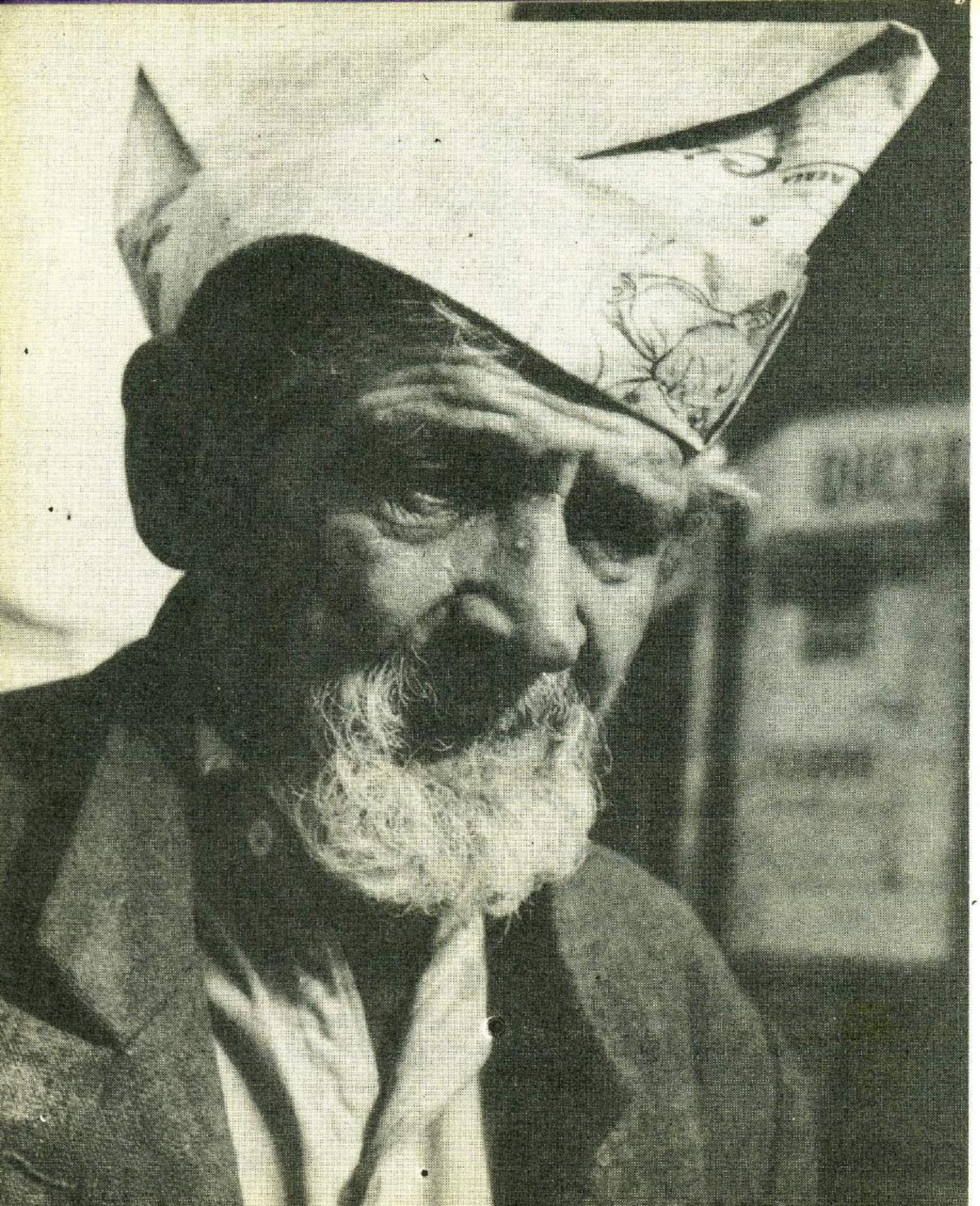
Busquemos en ésa supuesta homogeneidad los rasgos que podrían contribuir a definir la "chilenidad". Advertimos de antemano que ésta será en todo caso una abstracción; porque entre dos chilenos de los extremos del espectro social —digamos, un rico empresario "momio" y un cesante "marginal"— hay un abismo insondable, mientras que abundan los caracteres semejantes o idénticos entre ese mismo empresario chileno y sus congéneres de Brasil, Italia o Pakistán.



Los chilenos somos modestos. A modestos no nos gana nadie en el mundo. ¡Y qué fue! Esta modestia nos ha llevado a la conclusión de que Dios es chileno. Un poeta nacional, de los principales, nos informa que en el camino del Gólgota *sudaba Cristo, sudaba con un sudor violento y* CHILENO.

Modestamente exhibimos ante los extranjeros ciertos títulos que nos han otorgado la naturaleza y la historia. Por ejemplo:

—Tenemos el mejor clima del mundo, gracias a la corriente fría de Humboldt, la que además determina el hecho de que



—tenemos el mejor marisco y el mejor pescado del mundo, los que sólo es posible degustar a la perfección en Chile, gracias a que

—tenemos el mejor vino del mundo, factor que ha contribuido decisivamente a la circunstancia de que

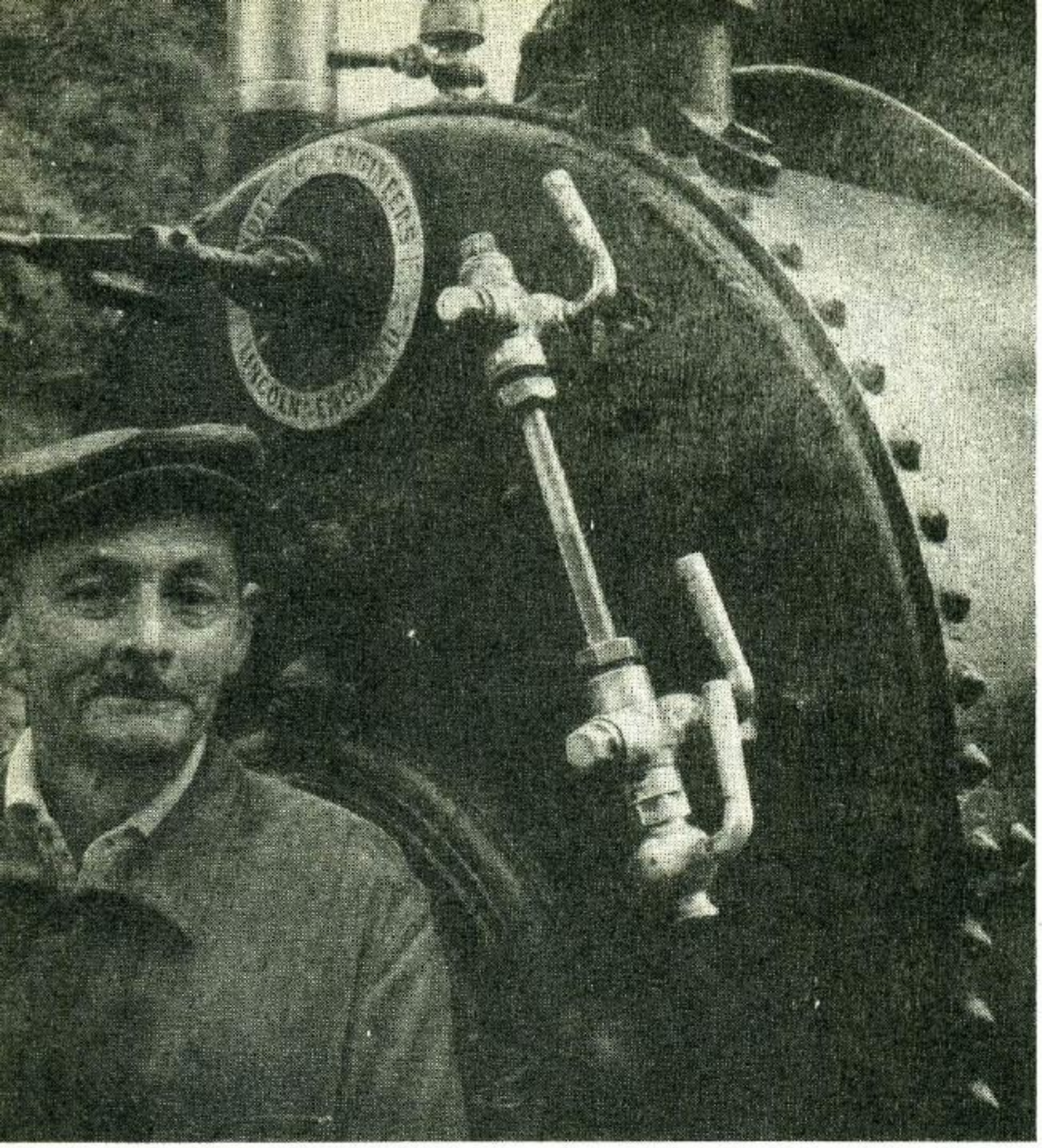
—tenemos los mejores poetas del mundo, aparte de que

—tenemos el mejor pianista del mundo,

—la legislación social más avanzada del mundo,

—los terremotos más grandes del mundo,

—la bandera más hermosa del mundo (vencedora en el concurso interna-



cional de banderas efectuado en Europa en fecha ignota, el mismo concurso en que nuestra Canción Nacional remató segunda, después de *La Marsellesa*) y, en fin,

—tenemos la MUJER CHILENA.

Los chilenos somos tímidos. Esto se manifiesta en nuestra tendencia a comer y tomar en lugares recoletos y sombríos. ¿No es significativo que, con el clima de que gozamos (el mejor del mundo, ya está dicho), nunca hayan tenido éxito los escasos intentos de introducir entre nosotros los cafés con mesas en la calle,

tan populares en París o Buenos Aires? (Otros avanzan la teoría de que esta tendencia se debe al lugar supremo que damos en nuestra escala de valores a la comida y a la bebida. No es que seamos golosos y bebedores: somos "fáusticos". Si en la caleta El Membrillo, por ejemplo, el mejor restaurante es aquel que carece por completo de "vista al mar", incluso vuelve la espalda al mar y que está desprovisto hasta de ventanas, la explicación residiría en el concepto subyacente y altamente filosófico de que nada exterior debe distraernos de lo esencial.)

Los extranjeros confirman que los chilenos son tímidos. Una catalana llega-

da a Chile después del término de la Guerra Civil de España relata así sus primeras experiencias como vendedora en una librería de útiles escolares: "Al comienzo aquello era una calamidad. No bien entreabría la puerta algún rapaz, yo, deseosa de hacer ventas, le espetaba con voz entera: DIGA, ¿QUÉ DESEA USTED, EN QUÉ PUEDO SERVIRLE? Escapaba corriendo en seguida". Más tarde, cuando la dama citada se habituó a hablar en susurros —los suyos siempre tuvieron una intensidad diez veces superior a los de los nacionales— y acostumbró la oreja a las tenues vocecillas de sus clientes, tampoco les entendía. ¿Acaso el habla chilena es poco clara? Dicen algunos que sí y lo atribuyen a la timidez, combinada con una articulación deficiente. La mayoría de los chilenos rechazará semejante calumnia. Lo que pasa es que somos tan inteligentes, modestamente, que no necesitamos hablar mucho para entendernos, venimos de vuelta cuando los otros van de ida y ¿para qué desgastarse en precisiones retóricas cuando algunos sonidos difusos, un movimiento de la ceja derecha, un leve parpadeo y un contoneo de un octavo de circunferencia de la parte superior del tronco (bueno, hombre, una encachada), bastan para comunicar hasta los conceptos más complejos del materialismo dialéctico e histórico?

Materia para un tratado daría el tema del "humor chileno", que ha sido definido como elíptico

enigmático
sincopado
desabrido
melancólico
apequenado
oblicuo.

Un día en Isla Negra, en una pausa de un trabajo que realizaba en conjunto con Pablo Neruda (él dictando, yo escribiendo a máquina), me puse a hojear el que era entonces su último libro: "*Plenos poderes*. Caí entonces en un poema sobrecogedor y deslumbrante que se titula: "El difunto pobre". Lo leí casi sin respirar, mientras el poeta me miraba de soslayo y masticaba un trozo

de pan coronado por una sardina. Al terminar, conmovido, le dije tontamente: "Pero... este poema... es... ¡muy bueno!" Neruda respondió con gran seriedad facial, rectificada apenas por una sutil exageración del timbre nasal de su voz: "Sí, a veces tengo mis reventones".

¿Se va entendiendo en qué consiste el humor chileno?

Todo lo dicho puede ser discutido y, sin lugar a dudas, lo será. Los chilenos somos polémicos y discrepantes y sumamente democráticos. Somos alegres y dicharacheros, pero serios y lacónicos. Somos sensuales pero sobrios. Somos temerarios pero prudentes. Somos puntuales pero llegamos un poco atrasados. En fin...

● SOBRE LA COQUETERIA Y OTRAS VIRTUDES

por Isabel Allende

Para el extranjero que pisa nuestro país por primera vez, las mujeres pueden resultar una desilusión. Venía preparado para algo espectacular y se encuentra con que son prácticamente iguales a las del resto del mundo. Sin embargo, cuando se va, ese mismo extranjero será otro de los que irán pregonando la "belleza de la mujer chilena". ¿Dónde está el secreto de esa hermosura que no se ve al primer golpe de vista, pero que cautiva al segundo? No hay investigación científica que dé la respuesta, pero tal vez ésta se encuentra en algunas de las virtudes y varios de los defectos que diferencian a las chilenas de las otras mujeres.

* *Es sobre todo buena madre.*

Dicen (los que saben) que la chilena es buena amante. Otros opinan que

es mejor esposa y algunos consideran que es insuperable como amiga. Sin embargo, lo que nadie pone en duda es que es buena madre. Desde pequeña sirve de madre-suplente para los hermanos menores, después hace de madre-adoptiva para el marido y finalmente es madre-modelo de sus propios hijos. Es tan buena madre que no le da al hombre oportunidad de ser buen padre. Ella le roba el papel. La costumbre y la ley aceptan este complejo maternal de las chilenas como un hecho irremediable, y tanto es así que cuando se produce una separación matrimonial nadie se molesta en preguntar "quién se quedará con los niños". La respuesta es obvia.

*Y por lo tanto matriarcal.

Por su ubicación geográfica, Chile debería ser un país machista. En apariencia puede parecerlo para el observador poco profundo, pero para quien escarbe la superficie, no tendrá dudas de que se encuentra en un régimen matriarcal... La madre es el eje de la sociedad y del hogar y así lo han entendido las autoridades, los hijos... y los maridos. (Es tal vez el único país del mundo donde el sueldo de un hombre suele entregarse directamente a la mujer.) Lo más pintoresco de este matriarcado a la chilena es que no ha necesitado de escándalo alguno para imponerse. Las mujeres usan y abusan de sus ventajas, pero tienen la habilidad de hacerles creer a los hombres que ellos son los amos: así todo el mundo queda contento.

*Y es trabajadora.

Dicen que los chilenos son flojos. Las mujeres, en cambio, pueden competir con las hormigas. La chilena tiene la obsesión de "no tener las manos desocu-

padas", y con este pretexto no se sienta nunca a descansar sin un tejido entre los dedos o un plato de arvejas para desgranar. Ella es la primera en levantarse y la última en acostarse: duerme con un ojo vigilante y pasa la vida en movimiento, como la marca. Aunque trabaje fuera del hogar, en su casa realiza todas las tareas domésticas, porque su marido ni siquiera se lustra los propios zapatos. El ocio es un lujo que la chilena no conoce ni ambiciona.

* *Además es perseverante.*

La misma firme determinación que pone para atrapar al hombre que le gusta, usa la chilena para todo lo que emprende en la vida. Es tenaz, paciente, voluntariosa, constante y ambiciosa. Cuando en este país un hombre llega a ocupar un puesto importante, en general es porque tiene detrás una mujer empujándolo. Cuando una mujer sobresale en algún campo, normalmente es porque no tiene detrás un hombre frenándola...

* *Es astuta.*

No es una novedad que las mujeres sean astutas, pero la chilena ha hecho de la astucia una tradición cultural. De madre a hija se traspasa esta sabiduría, así es que no hay esperanzas —para los hombres— de que ese conjunto de conocimientos y técnicas que forman la astucia femenina se pierda en la noche de los tiempos. Gracias a esta condición la chilena es más libre e independiente que sus hermanas de otros pueblos. Debe de ser por eso que en este país no han prosperado los movimientos de liberación femenina.

* *La mujer es hospitalaria*

La chilena tiene siempre las puertas de su hogar y su corazón abiertos para recibir al prójimo. Huérfanos, amigos pobres, animales enfermos, turistas perdidos, parientes en desgracia, todos encuentran buena acogida. Está acostumbrada a dar y compartir, tal vez porque la naturaleza de este país, pródiga en catástrofes, la obliga a ser así. Ella está siempre ofreciendo lo poco que tiene y rechaza, ofendida, cualquier intento de retribución. Como en este país hay un poco más mujeres que hombres, por simple deducción matemática se puede saber de dónde Chile ha sacado su fama de hospitalario.

* *Y su mejor cualidad: la coquetería.*

Desde que empieza a mudar los dientes hasta mucho después que no le queda ninguno, la chilena usa la coquetería como un arma en la vida. No es la coquetería superficial de batir las pestañas o mover las caderas. Es algo mucho más profundo y sutil. Es el deseo permanente de agradar a los hombres y la sensación de sentirse hermosa, y si no los tiene usa su ingenio para arreglarse con una cinta en el pelo o una flor en la blusa. A esta inagotable coquetería, que ella enarbola como una bandera de triunfo, el hombre responde con agradecimiento, haciendo del "piropo" un arte folklórico. Así es como en la calle hasta la menos agraciada recibe el homenaje de una insinuación provocativa que le lanza algún varón al pasar.

De la mezcla de estas cualidades y estos defectos se obtiene un producto único que se parece mucho a la belleza. La belleza, después de todo, es algo

subjetivo que no puede pesarse, medirse, analizarse ni clasificarse. Es algo que atrae, que desarma y que cautiva. Y eso es, justamente, lo que consigue con su presencia la mujer chilena.

CONFESIONES NECESARIAS

por Elisabeth Reiman

Si hay algo que tiene en común la mujer chilena de todas las clases sociales, es una cualidad buena y otra mala. La buena: no echarse nunca a morir. La mala: creer a pies juntillas en remedios exóticos y secretos de la naturaleza.

Del mismo modo, viva en Vitacura o en la Población Caro, en la capital o en Pelotillehue, tiene una fe ciega en los remedios caseros. Ya se trate de rodajitas de papas o papel de cigarrillos pegados a la piel, "aceite humano" para combatir las arrugas (generalmente se lo compra a un joven .que dice trabajar en la morgue o en el cementerio, cuando en realidad se limita a adquirir aceite de almendras en la botica y cambiarlo de frasco) o infusiones de yerbas surtidas para los más variados males, desde el empacho hasta el cáncer.

La obsesión de la chilena media es su casa. Mejor dicho, el piso. Lo encerará con energía y frecuencia, ya sea parquet importado o tablas astilladas; le sacará lustre hasta convertirlo en un espejo, y luego lo tapará con hojas de diario para que no se vean las pisadas (ni tampoco el fruto de su labor). En su casa, preferirá los colores "poco sucios", esos colores a los cuales no se les nota la mugre porque *son* color mugre. Como resultado, rara vez su casa es alegre: eso sí que no puede ser más ordenada.

En sus gustos, suele ser conservadora. Cuando adopta una moda, es porque ya se ha llevado hace un par de años en el resto del mundo (y está a punto de dejar de usarse). Tiene un tremendo sentido del ridículo, que por una parte la inhibe. . ., pero, por otra, la salva de actitudes grotescas.

La sobriedad innata de la chilena la vuelve tímida frente a las modas audaces y los colores vivos. Por otra parte, le da una distinción innata que nada tiene que ver con su *status* económico o social. A esto contribuye también cierta herencia del ancestro español, traducida especialmente en sus manos finas y sus pies delicados. Sin embargo, la sangre autóctona —y a menudo la desnutrición en la primera infancia— acortan las piernas y tuercen los huesos de la muchacha proletaria: la "belleza de la mujer chilena" es, con raras excepciones, cuestión de clase.

Su tendencia a mostrarse conservadora se refleja en su admiración por todo lo "chapado a la antigua": imitaciones de muebles, fraileros, y papás severos

(siempre que no sea el propio). Esta tendencia un poco siútica está desapareciendo, es justo decirlo, en las grandes ciudades, pero aún se mantiene en provincias, al igual que el interés en la vida ajena y el temor al qué dirán.

Pese a estas trabas, la chilena de hoy ha dado un paso gigantesco en los últimos diez años. Se ve cada vez menos el tipo de niñita que se sale del colegio en tercer año para "estar en la casa". El estudio, el trabajo, la vida social, la política, han entrado a enriquecer su vida, sin desplazar su interés por el hogar, los niños y el marido.

Claro que la chilena tiene una gran ventaja frente a sus hermanas de otros países más desarrollados: la supervivencia de esa reliquia de tiempos idos que es la empleada doméstica.

Y aunque escaseen cada vez más esas "nanas" sacrificadas y santas que entregaban su vida entera al cuidado de casas y niños ajenos, sobrevive aún en abundancia la asesora del hogar, que, con todos sus inconvenientes, le soluciona la vida a la mujer que trabaja.

Regresar de la oficina para barrer, hacer camas y cocinar es una perspectiva que pocas chilenas afrontarían con ecuanimidad. Fuera de lavar pañales, acostar a los niños, darle de comer al perro, tapar al canario y estar simpática cuando aparece Su Majestad.

Porque, en este punto, la chilena aún no se moderniza: el marido tiene una prerrogativa sagrada, consistente en que se le atiende y no se le pide que mueva una mano. Ello no quiere decir que sea un soberano absoluto y ella una víctima. Todo lo contrario: eso de llamar "la patrona" a la cara mitad, lejos de ser una ironía, refleja un estado de cosas bastante frecuente.

La chilena, claro está, nunca lo admitiría. ¿Mandar ella en la casa? ¡Jamás! Considera poco femenino confesar una situación que salta a la vista. Y, al igual que una mamá indulgente, deja que su macho se canse de hacer tonterías, a sabiendas de que siempre volverá.

Si le toca un marido trasnochador, bueno para el trago o mujeriego, la chilena pretende tomarlo con humor... hasta un determinado límite. Su amor propio no le permite quejarse ni dar a entender que lo pasa mal. Y cuando las cosas pasan de castaño obscuro, es perfectamente capaz de tomar las riendas de la casa y prescindir del esposo.

Para compensar este tipo de problemas, suele identificarse con heroínas de melodramas que lo pasan peor aún. Escuchará con conmovedora fidelidad *El derecho de nacer*, no se perderá *Simplemente María* y acumulará inmensas colecciones de Corín Tellado. Si su nivel intelectual es excepcionalmente alto, buscará este tipo de satisfacciones en Somerset Maugham o Vicki Baum.

Si es inteligente, lo disimulará cada vez que esté en compañía masculina, convencida de que a los hombres "les cargan las intelectuales". Aunque tenga un cuociente de inteligencia de 160, dará una perfecta imitación de una débil mental, incapaz de sostener una discusión, hacer un trámite bancario o sumar una cuenta. Por la misma razón, ella misma se ha encargado de mantener vivo el mito de que "una mujer al volante es un peligro público".

El sistema sirve, en todo caso, para que los varones se encarguen de algunas obligaciones latosas, como llenar formularios de Impuestos Internos. Otras también latosas se consideran típicamente femeninas: entre ellas, lavar platos (sólo para volver a ensuciarlos), hacer camas (sólo para volver a deshacerlas) y, en general, todo ese conjunto de actividades frustrantes e improductivas conocidas como "labores del hogar".

Para compensar el desequilibrio, a la mujer le queda la tarea más creativa y fascinante de todas: tener hijos.

Pero eso, desde luego, no se limita a la chilena.

Otras tareas creativas que las mujeres se reservan para sí son las de tejer, coser y escribir artículos sobre belleza en revistas femeninas. O escribir sobre la mujer chilena, cosa que podría realizar mucho mejor un hombre.

PANORAMA POLITICO

LA FORMACION ECONOMICO-SOCIAL

Es posible encontrar en los textos de los cronistas de la colonización española hechos y circunstancias que ratifican el carácter puramente económico de la conquista de Chile. Desde la primera expedición de Diego de Almagro, en 1536, hasta la llegada de Pedro de Valdivia en 1540, el objetivo final, casi sin variantes, fue la búsqueda de oro y otros metales preciosos. También es sintomático que con posterioridad las ciudades hayan sido fundadas, en algunos casos, en los aledaños de los lavaderos auríferos y en sitios en los que se reunía abundante mano de obra indígena, lo que permitió la formación de encomiendas y de centros de explotación agropecuarios.

La resistencia indígena a la forma de apropiación de los españoles alcanzó etapas de increíble temeridad y se puede decir que los levantamientos araucanos fueron el signo más categórico de las rebeldías que alimentaron durante más de dos siglos al pueblo indio. Desde las gestas que iniciaron Tucapel, Lautaro, Caupolicán, Colo Colo y el mismo Michimalongo —en quien muchos han visto a un colaborador de los conquistadores, pero que en realidad era un táctico de la resistencia— hasta las postreras acciones bélicas del siglo XVIII existe el mismo ánimo de rechazo a los colonizadores, la misma mística libertaria de una masa de nativos que se niega a todo sometimiento.

Por otro lado, es evidente que las relaciones de producción que establecen los conquistadores es señorial. El 18 de octubre de 1650, el capitán Diego de Vibanco comunicaba al rey de España que "conviene mucho quitar los abusos que tiene establecidos aquella guerra (se refiere a la de Arauco) en la esclavitud de los indios, en que mayormente ha consistido su duración".

Entre los modernos historiadores han surgido arduas polémicas sobre la organización económica que establece en Chile la conquista española. Mientras que en forma tradicional se ha aceptado que el proceso productivo es originariamente feudal, ha surgido una corriente que demuestra que el modo de producción primigenio fue precapitalista. "España conservó internamente, al menos durante los siglos XVI y XVII, un régimen de producción esencialmente feudal; por tanto, con un Estado y una clase dominante feudales", ha escrito **Kalki Glaucer**, agregando: "Se trataba, claro, de un feudalismo que atravesaba ya sus últimas fases y cuya mantención dependía de la satelización de España por las metrópolis capitalistas emergentes; pero no por ello era menos feudalismo. Si aceptásemos esta conclusión, ello no significaría sin embargo que los conquistadores hubiesen trasladado, sin más, a nuestros lares, el modo de producción feudal".

LA INDEPENDENCIA POLITICA

No fue la resistencia nativa la que determinó las guerras de independencia en el cono sur de América. En Chile, los indios fueron definitivamente derrotados a mediados del siglo XVIII, declinando toda amenaza al régimen colonial. Es la propia burguesía criolla la que se levanta en armas contra la monarquía española, desmembrada por la invasión napoleónica de España en 1808. Era esa burguesía criolla la que tenía el poder económico, pero estaba dominada políticamente por los representantes de la corona, lo que impedía que pudiera comerciar con libertad, arrastrando paralelamente pesadas cargas de tributos e impuestos. Algunos autores han señalado que en 1810 no se opera, por lo tanto, una revolución social, sino una revolución política, lo que en cierta forma explica la continuidad del sistema económico.

Los primeros escritores liberales —Lastarria y Bilbao, entre ellos— se dieron cuenta de esta situación y señalaron que los cambios producidos en 1810 no habían terminado con las estructuras que se advertían en la época colonial. La institución de la República no significó, como algunos han creído, una transformación cualitativa más o menos estimable en las relaciones sociales que existían antes de las guerras emancipadoras.

Es inocultable el hecho de que la reestructuración republicana recién se establece bajo el mandato de Diego Portales, que manejó al país con verdadera mano de hierro. Es en ese período, en la década del 30, que la burguesía agrícola y comercial acierta a darse un cuerpo legal, a establecer su propia juridicidad, ya despojada de todo el remanente colonial español. Se trata, lógicamente, de una juridicidad conservadora que tiende a perpetuar los privilegios de una clase, amparada en lo que el mismo Portales llamaba "el peso de la noche", es decir, la dominación de unos pocos sobre una masa ignorante y sin conciencia de sus propios derechos.

Está claro que 1810 no significó el comienzo de un "movimiento con aristas de avanzada social", era "sólo el derrocamiento de la administración peninsular para ser reemplazada por elementos criollos", como ha escrito Alejandro Chelén. Los historiadores que han examinado con más prolijidad los acontecimientos, al margen de los textos oficiales —los que la mayoría de las veces han deformado hechos y circunstancias—, están de acuerdo en que ha prevalecido un criterio más o menos blando para juzgar el Gobierno de O'Higgins y que la llamada época de la anarquía —entre 1823 y 1829— no fue otra cosa que una plataforma de refuerzo para las instituciones democráticas, para ampliar la libertad y para conducir al pueblo a una tarea más dirigente. La oligarquía —dueña de los medios de producción— toma conciencia de que usufructuando el poder podrá no sólo dominar la situación, sino que le será más fácil conducir su amplia gama de negocios: podrá seguir enriqueciéndose al amparo de las mismas leyes que dicta. No existe una fractura social determinante entre las épocas monárquica y republicana. Es cierto que se avanza en aspectos formales,

pero las relaciones de producción continúan vigentes. Y ya se sabe: sin cambios sustanciales en esas relaciones no hay revolución, por mucho que se insista en lo contrario. Todas las ideas preconizadas por Camilo Henríquez desde *La Aurora de Chile* se diluyen en la porfiada realidad económica del país. Y en esas ideas está el embrión de las doctrinas más radicalizadas que circularon en los años de lucha contra el colonialismo español.

LA OLIGARQUIA CRIOLLA

La insuficiencia creadora de la oligarquía, que asentó su poderío en la posesión de la tierra, que sojuzgó sin miramiento al campesinado, retrasó el surgimiento industrial y permitió que la explotación de las principales materias primas fueran adiudicadas al capital foráneo. Las luchas políticas del siglo XIX se caracterizan —hasta la contrarrevolución de 1891— sólo por el predominio del poder político. Después de los tumultuosos años 20, nace la república conservadora. Fue Diego Portales el que puso las bases del nuevo orden. "Este hombre de modesto origen —como escribió Tulio Halperin Donghi—, efímeramente enriquecido en el comercio de Valparaíso, se lanzó a la política en representación de un grupo —el de los agiotistas— al que la penuria pública había hecho surgir en Chile como en otras partes, y en cuyo nombre exigía una atención mayor a las necesidades de un orden más estable; en su apoyo Portales convocaba el descontento plebeyo, a la vez que el de los terratenientes, que añoraban tiempos más serenos".

Después de 1831, época de la expansión minera del Norte Chico, es advertible el surgimiento de nuevos grupos que pugnan por hacerse representar en el Gobierno, dominado casi sin contrapeso por la clase terrateniente del Valle Central. Eso determina que el orden conservador —y luego del asesinato de Portales en 1837— se despersonalice y a la vez se haga más liberal, a despecho de

sus férreas estructuras, sustentadas en un catolicismo militante, en el autoritarismo y en el rechazo de toda insurgencia. A pesar de lo anterior, los emigrados argentinos (entre ellos, Sarmiento, Alberdi, López) no tuvieron problemas para divulgar sus ideas vagamente progresistas. Es que la oligarquía chilena, con astucia, permitía algunas intemperancias, sabiendo que el control político y económico lo tenia firmemente tomado.

LOS LIBERALES

A diferencia de los países vecinos, Chile aparecía como una república de bases sólidas, en la que el orden, la regularidad, es decir, toda la superestructura del Estado, reposaba en una clase social que combatía todo "despropósito". Ni siquiera la guerra contra la Confederación Perú-boliviana perturbó mayormente ese clima de tranquilidad, de cálido provincianismo.

La liberalización del sistema, que alcanza su plenitud bajo la presidencia de Manuel Montt (1841-1851), se revitaliza con el surgimiento de los pensadores liberales, entre los cuales José Victorino Lastarria es figura preponderante. Esos intelectuales serán el tábano sobre el caballo, los líderes del reformismo, los propiciadores de una mayor democratización, de ideas libertarias aprendidas de los filósofos de la Ilustración. Pero otros peligros acechaban al país: la entronización cada vez más punzante del capital británico, que primero se adueña del gran comercio de exportación e importación que circula a través de Valparaíso. Ya en 1848 el predominio inglés se hace incontrarrestable en ese rubro.

Los pioneros de la minería encuentran escasa respuesta en el Gobierno central, formado por representantes de los sectores agrícolas, que piensan que todo el proceso económico está vinculado a la cultura de la tierra. Esa indolencia facilitó la penetración del imperialismo británico, que ya en la mitad del siglo empieza a preparar su gran asalto de las principales riquezas mineras, lo

que culminaría con la guerra de 1879, en que Chile, triunfante sobre peruanos y bolivianos, cede a los capitalistas británicos los principales yacimientos salitreros.

Si bien el Acta de la Independencia señalaba que Chile se constituía en "un Estado libre, independiente y soberano, separado para siempre de la monarquía de España y de otra cualquiera dominación", lo cierto es que esos enunciados perderían todo sentido con el advenimiento de los grandes capitales monopólicos británicos.

LA MINERIA

A la oligarquía terrateniente la tenía sin cuidado lo que sucedía en el Norte; por el contrario, sus intereses estaban a buen recaudo y nada parecia perturbar la solidez de sus haciendas. Claro que a partir de 1874 se evidencia una profunda crisis económica, que tiene resultados nefastos sobre todas las fuentes productivas del país.

La Guerra del Pacífico, sin embargo, iba a trastrocar ese sombrío panorama. La incorporación del salitre como fuente de ingresos determinó una notoria expansión de las exportaciones e importaciones, lográndose un casi perfecto equilibrio en 1890. "El salitre supeditó en importancia a todas las demás fuentes de la producción; toda la actividad nacional comenzó a reposar en una fuente de riqueza gigantesca que hacía —por su magnitud— un contraste muy agudo con las demás existentes en el país; entre las más importantes de éstas se observaba incluso un proceso de disminución; el cobre, por ejemplo, entró en un período de decaimiento justamente a partir de 1880", ha escrito Hernán Ramírez Necochea.

EL SALITRE

Todo el período aparece dominado por la lucha en torno al salitre, que se transforma en verdadero "oro blanco". Los ingleses, especialmente a través de John Thomas North, se apoderarían de las principales oficinas salitreras, aprovechándose de la confusión y del aturdimiento que causó la Guerra del Pacífico entre los capitalistas peruanos y aun chilenos. El mismo North relató la forma en que adquirió muchos de los yacimientos, en una entrevista que le fue hecha por el diario *Le Figaro* el 23 de abril de 1895: "Entre tanto, sobrevino la guerra entre Chile y Perú, produciéndose una enorme depreciación que sufrieron todos los valores peruanos, entre otros los certificados salitreros emitidos por el Gobierno para obtener apresuradamente algún dinero", confesaba North, para luego agregar: "Conocía mejor que los demás extranjeros el valor exacto de aquellos certificados, ya que sabía, por mis trabajos precedentes, y también por mis viajes, que muchos de aquellos terrenos contenían muy importantes depósitos de salitre. En consecuencia, compré, a pesar de su descrédito, cantidades considerables de ellos, persuadido de que el Gobierno chileno triunfaría en la guerra y, vencedor, respetaría plenamente el derecho de propiedad que constituían estos títulos emitidos por el vencido".

Luego del informe de la comisión de Alvaro Covarrubias —evacuó su seudoperitaje en junio de 1880—, que aconsejaba al Ejecutivo de Chile condenar "toda intervención gubernativa en los dominios especiales de la industria del salitre", las cosas se facilitaron grandemente para los capitalistas ingleses, en especial para North, quienes con una muy escasa inversión recibirían utilidades que sobrepasaban, con mucho, lo que ellos mismos imaginaron.

El terreno, en consecuencia, estaba abonado para que el imperialismo británico se hiciera fuerte en la explotación del nitrato, que hasta 1919 otorgaría a los dueños de las oficinas ganancias desusadas para la época. Pero el salitre fijaría las coordenadas más salientes de la política chilena durante casi 40 años.

Durante esos 40 años se asiste a los hechos que definirían al país, que le darían una proyección, y a la vez lo sumirían en una ola de violencia casi salvaje desplegada por quienes manejaban el poder.

Aunque 1871 marca una fecha más o menos especial en la política chilena —el fin del reinado conservador— con la elección del Presidente Zañartu, los cambios que se producen en la estructura básica del país son apenas notorios. Hay más expansión de los planes educativos, una mayor gravitación del laicismo sobre el tenaz control por los católicos de las instituciones esenciales. Pero es sólo otro sector de la oligarquía el que toma el mando político, sin que ello signifique una disparidad de intereses, una apertura hacia nuevas formas de democratización. Que todo cambie para que todo siga igual, proclama Zañartu, anticipándose a la prédica de Lampedusa.

La República seguía descansando sobre las mismas bases sociales que la habían estructurado; el pueblo seguía siendo un espectador frustrado, marginado, de los hechos más relevantes. El pueblo no tenía partidos ni organismos que lo representaran y todos los esfuerzos que habían hecho Bilbao y Arcos se diluyeron en proclamas que no encontraron asidero en la realidad. Además, el escaso tiempo que ambos vivieron en Chile imposibilitó cualquier intento de formación de una nueva conciencia.

EL RADICALISMO

El surgimiento del Partido Radical —fundado en 1875— daba expresión a un sector de la pequeña burguesía, hasta ese momento ajena a los cauces de los partidos tradicionales; una pequeña burguesía, por lo demás, que sufría, rencorosamente, el desprecio de los grupos oligárquicos y que, por mucho empeño arribista que pusiera, no era admitida en esos cenáculos. Pero también el Partido Radical es la expresión de las ideas democráticas que habían desgranado

Valentín Letelier y Enrique Mac-Iver, entre otros, para darle una mayor organicidad al país, para permitir a las clases emergentes el acceso a la gestión del poder.

BALMACEDA

Durante la presidencia de Santa María, y de la cual José Manuel Balmaceda fue Ministro del Interior, y al ritmo de la prosperidad salitrera, se realizaron algunas reformas que apuntaban a un perfeccionamiento de las instituciones, pero que no significaron —a pesar de lo que se quiera decir— un avance en las estructuras sociales del país. Balmaceda, que había sido elegido tras una intervención electoral, lo que era habitual y común en esa época, acentuó las reformas de Santa María, pero pronto se encontró con una creciente oposición parlamentaria, la que culminaría con el anuncio del Presidente de lo que sería su política salitrera. "A partir del año 89, la base política del Gobierno se empieza a quebrantar gravemente. Balmaceda estaba consciente de las causas que motivaban la crisis en desarrollo —ha dicho también Ramírez Necochea— y comprendió los serios peligros que ella entrañaba. De ahí que redoblara sus afanes por entenderse con todos y cada uno de los grupos liberales, a los que intentó atraer mediante concesiones que no perturbaran el espíritu ni los proyectos de su administración."

Se ha dicho, y con razón, que Balmaceda trató de acentuar el desarrollo del capitalismo industrial, creando a la vez un notorio incremento de las obras públicas. Sin embargo, la oposición que Balmaçeda encontró en el Congreso se fue radicalizando hasta adoptar la forma de una lucha armada, que estalló el 7 de enero de 1891. "Los historiadores están de acuerdo en que la guerra civil de 1891 es el más grave trastorno institucional sufrido por Chile en toda su historia. Representó la pérdida de unas 10 mil vidas más o menos; los daños

materiales fueron cuantiosos; se lesionaron las finanzas y se perjudicó el comercio y la vida económica en general. La organización política del país experimentó un vuelco importante con la instauración del régimen parlamentario que imperó hasta 1925". Esta síntesis de los acontecimientos de Ramírez Necocrea ahorra cualquier comentario sobre la magnitud de la lucha fratricida y revela hasta qué punto el odio oligárquico se abatió sobre el país, no perdonando a Balmaceda su liberalismo progresista, su posición nacionalista frente al avasallamiento extranjero del salitre. El 19 de septiembre de 1891, y en la Legación Argentina, Balmaceda borraría con un tiro todos los pesares y frustraciones que había vivido en los últimos meses.

LOS ARTESANOS

Si bien desde antes de la Guerra del Pacífico el débil proletariado que trabajaba en los talleres de artesanos había manifestado un primario sentido de organicidad, propulsando huelgas y movimientos reivindicativos, particularmente en el Norte Grande, en donde se produjeron en las dos últimas décadas numerosos conflictos laborales, se puede concluir que no es hasta 1887, cuando se funda el Partido Democrático —producto de la escisión de un aburguesado Partido Radical—, que el artesanado industrial, notoriamente crecido después de la guerra de 1879, alcanza su primera organización. El Partido Democrático es dirigido por elementos avanzados de la pequeña burguesía, entre ellos Malaquías Concha, los que no tienen una ideología claramente obrera.

Entre 1884 y 1889 se registraron 59 movimientos de trabajadores, de los cuales 24 tuvieron origen en las provincias de Antofagasta y Tarapacá. Esto revela el fermento de un incipiente proletariado, que busca un nuevo orden social que reivindica para sí el nacionalismo y su oposición a todo imperialismo económico. Refiriéndose al Partido Democrático, Alejandro Chelén ha señalado

que "esa agrupación integrada por sectores pequeñoburgueses, artesanado y obreros con vagas inclinaciones revolucionarias a una década de su fundación comienza a estancarse en las anquilosadas redes del parlamentarismo; se mimetiza con los partidos reaccionarios, liquidando las inquietudes liberadoras proyectadas por el proletariado".

LA BARBARIE

Tras la derrota de Balmaceda, el Partido Conservador logra cohesionarse y sus elementos más ultramontanos vuelven a ocupar cargos claves en el Gobierno. Esta situación —en su proceso evolutivo— tendría nefastas consecuencias para el movimiento obrero, consecuencias que rematarían en la más gigantesca y aviesa masacre de trabajadores que conozca América Latina y tal vez el mundo. Nos referimos desde luego, a la matanza de la Escuela Santa María, en Iquique, en donde 3.400 personas cayeron víctimas de la metralla del Ejército, que comandaba el general Silva Renard. Todo lo que se pueda decir en descargo del Gobierno de esa época —diciembre de 1907— está invalidado por la magnitud de la tragedia, que puso de manifiesto cuáles eran los móviles que perseguían los grupos oligárquicos, cuyos métodos anticipan los que pondría en práctica el nazismo tres décadas más tarde.

Si bien el bárbaro crimen de Iquique deprimió ostensiblemente al emergente movimiento obrero, las inquietudes que había despertado Luis Emilio Recabarren entre los trabajadores que comenzaban a organizarse dio certeros frutos en 1912 con la formación del Partido Obrero Socialista. Recabarren desplegó una intensa labor divulgativa a través de los diarios que había fundado, la que alcanzaría extraordinaria dimensión en el periódico *El Despertar de los Trabajadores*. El influjo social trajo consigo un reforzamiento del aparato represivo del Estado burgués. La represión tiene sus momentos ápices en la pampa salitrera, en donde miles de trabajadores son sometidos a condiciones

de vida inaceptables. Todas las rebeliones son, en su inmensa mayoría, acalladas por la metralla o la prisión. Las condiciones exasperantemente duras de la existencia determinan que muchos obreros que habían sido reclutados en el sur quieran volver a sus lugares de origen.

FIN DEL SALITRE

El estallido de la Primera Guerra Mundial tiene sus efectos inmediatos en Chile y, fundamentalmente, en el salitre, pues se cierran los mercados centroeuropeos; esa situación iba a tener consecuencias aún más profundas con el descubrimiento del nitrato sintético, que terminaba con el reinado salitrero de Chile como único exportador del producto. Las dos primeras décadas del siglo XX tienen como factor dominante la explotación salitrera, con su nefasta carga antiobrera. La oligarquía conservadora, que le había arrebatado el poder a Balmaceda, evidenció cada vez más su impotencia para introducir los cambios que el instante histórico reclamaba como inevitables.

De ahí que el surgimiento de Arturo Alessandri, con un programa cargado de reformas, encontrara una favorable acogida entre las masas trabajadoras. El año 1920 marca, a pesar de todas las contradicciones y convulsiones políticas que se vivieron, un hito importante en el desarrollo de las luchas sociales chilenas. Alessandri —que arremetía con vigor contra lo que él calificaba "la canalla dorada"— encontró rápida y vigorosa oposición en los sectores ultrarreaccionarios que encabezaba el Partido Conservador, y *El Diario Ilustrado*, vocero de los sectores más plutocráticos de la nación, lo califica de agente de Moscú, dispuesto a repetir en Chile las experiencias que se habían vivido en Rusia en 1917. "Dos coaliciones inseguras dominaban la fútil política chilena: la Alianza Liberal y la Unión liberal-conservadora. En 1920, con motivo de la renovación presidencial, en un clima social más agitado, la oposición entre ambas se cargó de un contenido más preciso. A la unión conservadora se oponía la candida-

tura del liberal Arturo Alessandri. Defensor de dirigentes obreros del Norte salitrero, Alessandri supo presentarse como el candidato de la renovación y de las clases populares", ha dicho Tulio Halperin Donghi en su *Historia contemporánea de América Latina*.

El fermento revolucionario que transita entre los obreros chilenos —repercusión de los profundos cambios que se establecen en la Rusia zarista— tiene su culminación en enero de 1922, cuando en Rancagua se funda el Partido Comunista, obra del incansable Luis Emilio Recabarren, que, de esa manera ve coronar sus esfuerzos de formar en el país una organización política no sólo de indudable contenido revolucionario, sino de evidente raigambre proletaria.

ALESSANDRI

Alessandri, elegido Presidente, demuestra en los hechos que su progresismo aparente no era sino la fachada de una consumada demagogia; su Gobierno —a pesar de la promulgación de algunas leyes consideradas avanzadas para su tiempo— está lejos de diferir sustancialmente de las administraciones oligárquicas anteriores. En 1924, un golpe militar lo obliga a renunciar a su cargo, pero meses después otro grupo castrense lo repone en el poder. Es cuando se dicta la reforma a la Constitución y se da nacimiento a lo que podría llamarse el moderno estado burgués chileno. La crisis del salitre ya ha llegado a su punto más crudo y Santiago empieza a recibir a centenares de obreros que emigran desde la pampa, creándose los albergues, en donde son hacinados como reses.

EL COBRE

Pero a medida que el salitre empieza a perder importancia, los norteamericanos descubren que el cobre chileno no sólo es de alta ley, sino de casi inago-

La nacionalización de nuestras riquezas básicas era una meta del programa popular que en un año de gobierno se transformó en realidad con el apoyo de todos los chilenos.

El triunfo de septiembre que colocó en la presidencia a Salvador Allende es la culminación histórica de cuatro siglos de dominación extranjera y explotación popular basadas en estructuras socio-económicas que hay que cambiar.-

tables reservas. Las compañías estadounidenses se lanzan a la conquista del metal rojo y, ya entrada la segunda década, dominan o controlan la mayor parte de las minas. No se puede olvidar que Chile había sido el mayor productor de cobre en el mundo hacia mediados del siglo XIX.

Si bien la crisis de 1929 afectó de manera decisiva al salitre —se cerraron oficinas y la cesantía alcanzó su más notoria manifestación—, la extracción cuprera no fue tan afectada por el crac económico capitalista. Lo que sí se resintió de manera alarmante fue la economía chilena, que no sólo vio afectadas sus importaciones, sino que deprimió sus exportaciones al nivel más bajo de su historia. Esa situación de amplia crisis trajo como consecuencia que se acentuara la represión y la FOCH (Federación Obrera de Chile) sufrió los más duros embates de su existencia.

LA DICTADURA DE IBAÑEZ

Junto con el acceso del general Carlos Ibáñez al poder, tras una mascarada electoral en que él fue candidato único, se afianza la invasión del capital norteamericano, que ya en la década del 20 había iniciado su penetración a través de los minerales del cobre. Ibánez gobernó a Chile durante casi cuatro años (1927-1931) con plenos poderes. En ese lapso hipotecó al capital extranjero muchos bienes nacionales, además que otorgó concesiones de explotación —contratos leoninos para el país— de la electricidad y los teléfonos a consorcios norteamericanos. El Partido Comunista fue puesto fuera de la ley y se alzó como el principal opositor a la dictadura militar, cuya caída es consecuencia de la crisis general del capitalismo, por un lado, y de las luchas populares, por el otro.

La fundación del Partido Socialista en abril de 1933 vigoriza no solo al movimiento obrero; abre también una extraordinaria perspectiva para todas las fuerzas democráticas que se oponen a la dictadura legal encabezada por Arturo Alessandri, vuelto al poder tras un exilio en Europa. Alessandri regresa en bra-

zos de "la canalla dorada", la misma que había combatido con encono oratorio en 1920. Pero el nuevo período alessandrista genera el advenimiento, luego de victorias electorales parlamentarias, del Frente Popular, una coalición formada por socialistas, comunistas y radicales, pero cuyo papel hegemónico pertenece al sector democrático-burgués del P.R.

EL 38

Las facciones antifascistas se integran en torno de la candidatura de Pedro Aguirre Cerda, luego de que las postulaciones de Marmaduke Grove —líder indiscutido del socialismo— y Elías Lafertte —discípulo de Luis Emilio Recabarren— son retiradas por sus respectivos partidos. La amenaza del nazifascismo constituía en 1938 un hecho más que cierto; ya en España el alzamiento de Franco contra la República había precipitado la guerra civil; por otra parte, la agresividad hitleriana adquiría sus primeras manifestaciones con la invasión de Checoslovaquia. La vibrante victoria de Pedro Aguirre sobre su oponente, el oligarca Gustavo Ross, revigorizó el movimiento antifascista y representó para Chile el surgimiento de la era industrial. El 38 fue para algunos un momento culminante en la política chilena; para otros no significó más que un acatamiento de los imperativos de Stalin de formar coaliciones populares para frenar el avance del fascismo, lo que se tradujo en una especie de frustración de lo que se han llamado los ideales socialistas del pueblo chileno. Mirado a distancia, y dada la estrecha victoria que obtuvo el Frente Popular, el movimiento obrero chileno no parecía tener otra opción que agruparse en torno de los demócrata-burgueses del Partido Radical. De otra manera habría dado paso a un nuevo gobierno oligárquico.

Las transformaciones que se operaron en los cortos años que duró la coalición —Pedro Aguirre falleció en diciembre de 1941— fueron determinantes

para la formación de una burguesía industrial, la que encontró un amplio respaldo en la Corporación de Fomento de la Producción (CORFO). La elección del radical Juan Antonio Ríos —que también falleció antes de cumplir su mandato— permitió continuar, en cierto sentido, la obra de expansión capitalista iniciada por su predecesor. Sin embargo, el país se vio afectado económicamente por el precio político en la venta del cobre a Estados Unidos, que hizo valer los acuerdos de tiempos de guerra.

El apogeo radical, que se había iniciado el 38, duraría hasta 1952. Luego del interregno que posibilita la vicepresidencia a Alfredo Duhalde, en septiembre de 1946 es elegido Gabriel González Videla, que obtiene el apoyo de comunistas, mientras que los socialistas, que postulaban a Duhalde, y tras el retiro de éste, proclaman a Bernardo Ibáñez Aguila, obteniendo una ínfima votación que no pasa de los 12 mil votos. Eso se explica: más del 80 por ciento de los militantes del P.S. deciden en su fuero interno sufragar por González Videla.

LA ILEGALIDAD

La negra trayectoria de González Videla queda evidenciada a través de la dictación de la Ley de Defensa de la Democracia, un instrumento legal que coloca en el ostracismo político al Partido Comunista, y a todos los sectores progresistas. Las medidas punitivas no sólo van encaminadas contra dirigentes y representantes del P.C., también alcanzan al movimiento obrero organizado, a los dirigentes estudiantiles, a los intelectuales de avanzada. La vieja oligarquía colabora con entusiasmo en la represión y González Videla aparece como uno de sus más sólidos representantes. Es la época de la frivolidad y el desenfreno administrativo, de la persecución indiscriminada y de plena institucionalización de lo que el periodista Juan de Luigi bautizó como "el tiempo de la infamia".

Después de casi seis años de ilegalidad, el PC acuerda apoyar la candidatura presidencial del socialista Salvador Allende, representante de una de las

dos fracciones en que se ha dividido el Partido Socialista. Sin embargo, Carlos Ibáñez —que tiene una ilimitada confianza en el espontaneísmo de las masas— recibe el apoyo de la otra fracción socialista, que encabeza Raúl Ampuero. La rancia oligarquía se alinea en torno a Arturo Matte, mientras que el oficialismo nomina a Pedro Enrique Alfonso como su representante. El triunfo de Ibáñez es abrumador: obtiene 446 mil votos, lo que le da una cómoda mayoría absoluta.

EL FRENTE DEL PUEBLO

La frágil combinación socialista-comunista que había levantado la candidatura del senador Allende, y que se denominaba Frente del Pueblo, sería la piedra angular para la gestación de un poderoso movimiento de izquierda, que se vería revitalizado con la fusión de las dos corrientes socialistas, luego de que el ampuerismo abandonara el Gobierno de Ibáñez ante el incumplimiento del programa que lo había llevado a la presidencia.

La formación del Frente de Acción Popular (FRAP), en 1957, sería de indudable gravitación en la política chilena y marcaría el ascenso político de las grandes masas, que encontraban en la agrupación auténtica representatividad. Superadas las disidencias y enconos de la izquierda —y visto el fracaso de una burguesía reformista que no osaba decir su nombre—, las elecciones presidenciales de 1958 se enfrentaron con grandes posibilidades de triunfo. La derogación de la Ley de Defensa de la Democracia permitió a miles de comunistas —que habían sido borrados de los registros electorales— hacer uso del sufragio universal.

Salvador Allende, abanderado nacional de la izquierda, perdió la elección por un estrecho margen —apenas 30 mil votos de diferencia con Jorge Alessandri—, pero la situación dejó una clara enseñanza: la lucha de masas era la herramienta más adecuada, la única factible dentro del proceso chileno, para alcanzar el poder, aunque en ese momento un gran abatimiento se dejara sentir en muchos sectores del allendismo.

EL AÑO 64

La Falange Nacional, que fue un desprendimiento del Partido Conservador, se alza como un clásico partido mesocrático, de ideología cristiana, acorde con los postulados que en 1922 había propuesto el sacerdote italiano Luigi Sturzo. A pesar de que su acción es mínima durante sus primeros diez años de existencia, comienza a cobrar importancia durante la segunda presidencia de Ibáñez, lo que permite que uno de sus líderes —el senador Eduardo Frei— sea candidato a la primera magistratura en 1958. Transformado en Partido Demócrata Cristiano logra la fusión con otras colectividades de centro y su crecimiento es tan acelerado, que le dio una clara opción en la elección de 1964, en la cual Eduardo Frei volvió a ser candidato.

Pero también la derecha asimiló la lección, y luego del ruidoso fracaso que significó el Gobierno de Alessandri, durante el cual los ricos se hicieron más ricos y los pobres velaron su pobreza, tomó conciencia de que no era posible dar una nueva batalla en condiciones ventajosas contra la izquierda unida. Buscó entonces una forma mimética a través de la candidatura del democratacristiano Eduardo Frei en las elecciones de 1964 y sólo de esa manera pudo obtener una pírrica victoria, aunque inficionó a la DC con muchas de sus premisas ideológicas. La oligarquía, que aún se agrupaba en los partidos Liberal y Conservador, ve disminuir sus fuerzas a tal punto, que decide una fusión de urgencia, naciendo de esa manera lo que hoy se conoce como Partido Nacional.

La izquierda, tras estas sucesivas derrotas, sufre algunos embates de importancia y ciertos sectores juveniles proclaman la inutilidad de los esfuerzos electoralistas; sin embargo, sus líderes creen con firmeza que la lucha de las masas organizadas es una estrategia de largo alcance y que debe dar finalmente sus frutos.

El vigoroso movimiento democristiano retrocede ante sus propios impulsos

programáticos. Eduardo Frei empieza a crear las condiciones para la emergencia de un neocapitalismo, fundado más en el consumo que en las formas tradicionales de explotación. La reforma agraria que propicia su gobierno es el signo más evidente de que los tiempos han cambiado y que es preciso poner al día las estructuras decimonónicas del país. Pero el avance —parcial, lento, vacilante— que se advierte en el campo no encuentra correspondencia en otros rubros de la economía. El fracaso de su gestión parece irremediable y en los dos últimos años de su gobierno se acentúa la derechización del Partido Demócrata Cristiano, lo que determina una profunda escisión, dando paso a la formación del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), que posteriormente se integra a la izquierda, por considerar que los partidos que se agrupan en la Unidad Popular mantenían vigentes los postulados revolucionarios que habían fermentado dentro de la DC, pero que no se concretaban bajo la administración de Frei.

La oligarquía se había replegado, pero no estaba muerta. Y hacia fines de 1969 creyó que había llegado el momento de actuar. La proclamación de Jorge Alessandri a pesar de su senectud y su verdadera convalecencia política, significó algo más que una simple obstinación: fue un cuidadoso cálculo de realismo político, lo que se vería confirmado con la votación que obtendría el anciano financista. Claro que dentro de esos cálculos no figuraba la tremenda vitalidad de la izquierda y de su líder, el Dr. Salvador Allende, que darían la batalla electoral sobreponiéndose a la más desmesurada contrapropaganda política de que se tenga memoria en el país.

Desde 1969 se habían vivido días de graves riesgos. El 21 de octubre de ese año, un grupo de militares —encabezados por el ex general Roberto Viaux— plantea la clara posibilidad de dar un golpe de Estado, a pesar de que algunos analistas sostuvieron que no se trataba más que de "la primera huelga militar de Chile". No obstante, un año después, el 22 de octubre de 1970, se demostraría que los propósitos de Viaux no eran sólo gremiales y reivindicativos, sino que evidenciaban otros móviles, entre ellos impedir que las fuerzas de izquierda llegaran al poder. No otra cosa significó el asesinato en la persona

del Comandante en Jefe del Ejército, el general René Schneider, sólo dos días antes de que el Congreso Pleno proclamara a Salvador Allende Presidente de Chile, luego de su incuestionable victoria popular obtenida el 4 de septiembre.

EL GOBIERNO POPULAR

La más reciente historia —una historia que el pueblo chileno ha empezado a escribir con ejemplar sacrificio y responsabilidad— ha demostrado que, a pesar de todos los tropiezos, de todas las conjuras reaccionarias —que no sólo apelaban al crimen político, sino además al pánico financiero, a anuncios agoreros, casi apocalípticos, a los cuales se sumaban algunos ministros de Frei—, el Gobierno Popular está dispuesto a realizar las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales que prometió. Y un examen somero, al margen de todo optimismo desmedido, de cualquier partidismo desenfrenado, del primer año de la gestión de la Unidad Popular demuestra que se han sentado las bases para abrir la vía hacia el socialismo, transformando las caducas estructuras del país, combatiendo la obsolescencia de un sistema que, después de 150 años, estaba en plena descomposición, en la más caracterizada decadencia.

Se puede decir que Chile, tras cuatro siglos y medio, ha entrado en plenitud al futuro. Son los casi 450 años que separan a Diego de Almagro del Gobierno de Salvador Allende.

Los primeros 12 meses del Gobierno Popular demuestran que hay un impostergable anhelo de cumplir en todas sus partes el programa elaborado por la Unidad Popular, lo que ya se ha traducido en medidas de extraordinaria resonancia: nacionalización del cobre, nacionalización de bancos, profundización de la reforma agraria (se expropiaron alrededor de 1.200.000 hectáreas, es decir, lo mismo que hizo la DC en seis años) y participación obrera en el proceso productivo, todo lo cual conforma sólo algunas de las realizaciones de importancia emprendidas por el Gobierno del Dr. Allende.

UN NUEVO MUNDO LLAMADO CHILE

El territorio nacional representa una variedad de climas y de regiones que hicieron decir a un escritor que Chile era una "loca geografía".

4.200 kilómetros constituyen un largo y estrecho desafío para el que recorre Chile de norte a sur. Pero también puede iniciar un viaje más breve, de tan sólo 200 kilómetros, y cruzar el país en sentido transversal, donde siempre tendrá como testigos el océano Pacífico, las planicies, las serranías, los valles y el macizo andino.

● *En el Norte*, surgen el desierto multicolor y las serranías de la estepa calida: las zonas costeras con sus aguas tibias. abundante vida marina y extensas playas; las amplias planicies desérticas sin vegetación alguna, pero ricas en sales minerales; los oasis alargados de corta extensión en el desierto, y extendiéndose de mar a cordillera en la estepa cálida; los oasis circulares en la precordillera en torno a vertientes; los oasis en las pampas, en donde crecen tamarugos que aprovechan la escasa humedad de las napas subterráneas y de la atmósfera. En los oasis "niebla" se desarrollan árboles como el olivillo y el canelo y helechos cuyas hojas alcanzan a más de dos metros de longitud, que se desparraman a lo largo de los bosques de Fray Jorge y Talinay, ubicados al sur de La Serena.

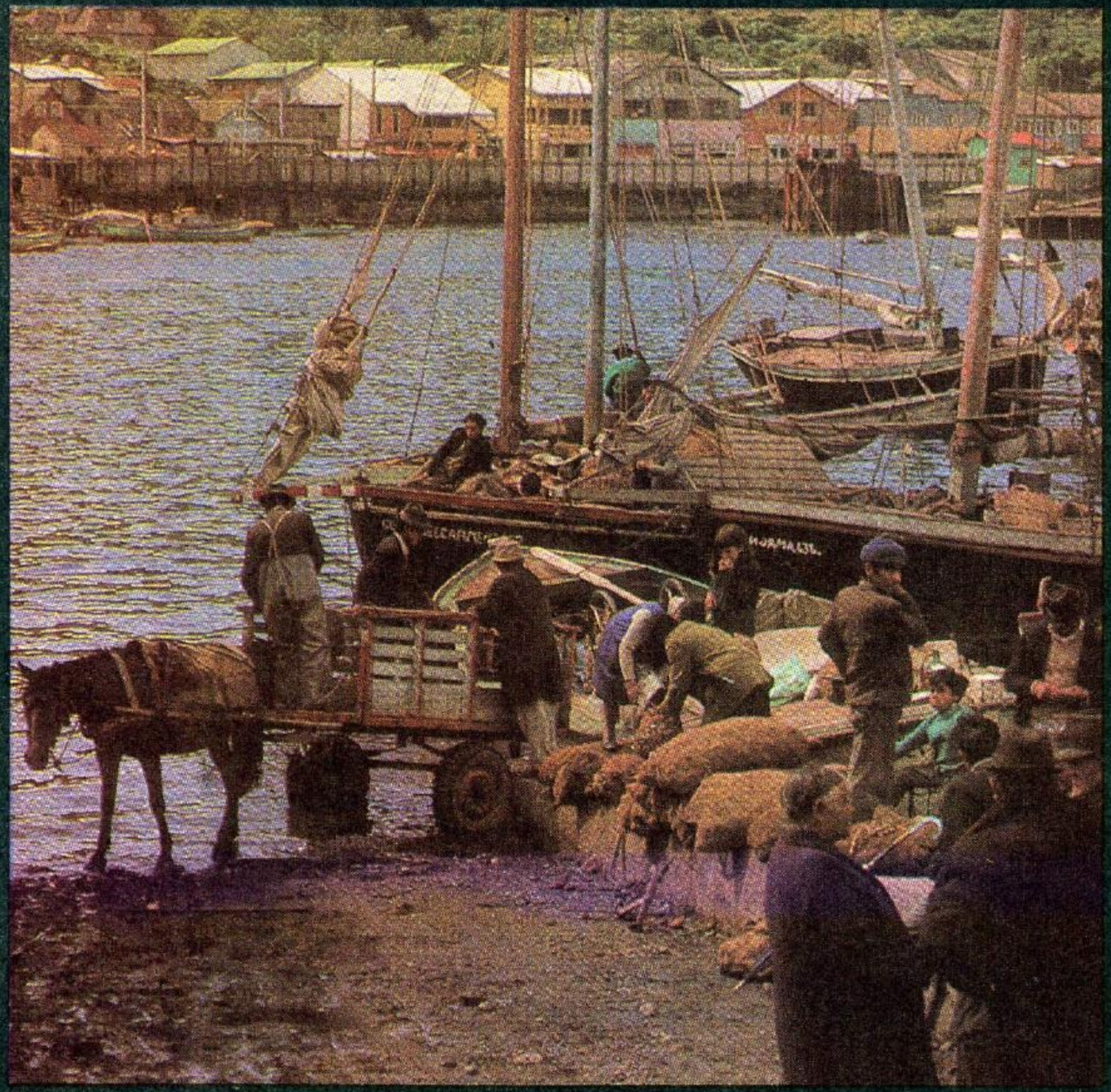
● *El altiplano* sobresale con sus múltiples atractivos: los yaretales, verdaderos fósiles vegetales vivientes, que forman colonias circulares que a la distancia dan la impresión de rocas de un verde intensísimo; las planicies con sus lagunas y ricas en pastizales, en donde se destacan las manadas de llamas y alpacas, dando la sensación de haber sido modeladas por la mano de un artesano; los imponentes lagos y lagunas, resaltando aún más la blancura de las nieves eternas de los conos volcánicos que se reflejan en ellos. Entre las lagunas y lagos, sobresalen las de Lejías y Chungará; la primera, con sus flamencos rosados de patas y cuellos flexibles, y la segunda, circundada por los volcanes. Parinacota, Pomerape, y los Payachatas, no sólo soberbios por su belleza, sino que también rodeados de leyendas que se mantienen desde la época precolombina.

● *En los oasis* alargados de Lluta, Azapa, Camarones, Loa, o en los de precordillera, como Putre, Belén, y, en general, en los que se ubican en las pequeñas quebradas o diseminados en la pampa del Tamarugal o en el desierto

El rodeo es la fiesta por excelencia del campo chileno. En una medialuna, el huaso, personaje popular característico del folklore criollo, hace gala de su destreza y maña para acorralar a los animales.

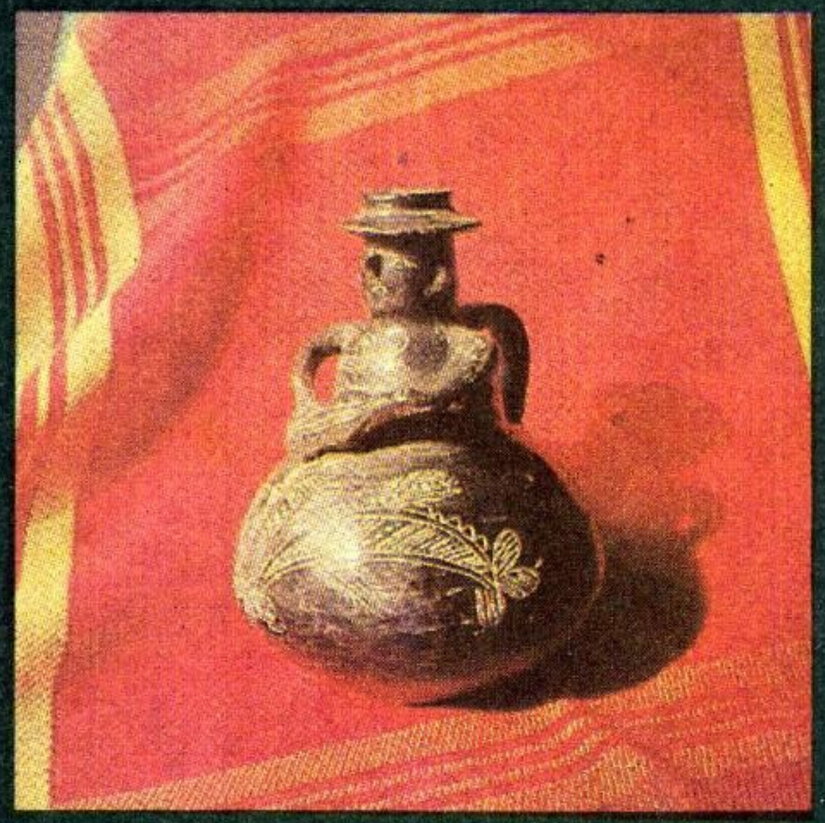
de Atacama y, en fin, en donde el agua hace posible la existencia, allí vive desde hace siglos una tranquila y serena población indígena. Tanto sus pueblos como sus costumbres son el producto de la mezcla de lo precolombino, de lo colonial y de lo actual; son la síntesis de lo que es América, pero, por estar todo ello aún presente, tiene una originalidad única; de entre esos pueblos destacan Putre, Parinacota, Belén, Camiña, Macaya, Ayquina, San Pedro de Atacama, Toconao.

● *El clima* no constituye obstáculo para practicar el turismo en Chile durante todo el año, pues si bien las lluvias se concentran en invierno en la parte sur y se hacen más continuas en la parte más austral, no son constantes ni per-

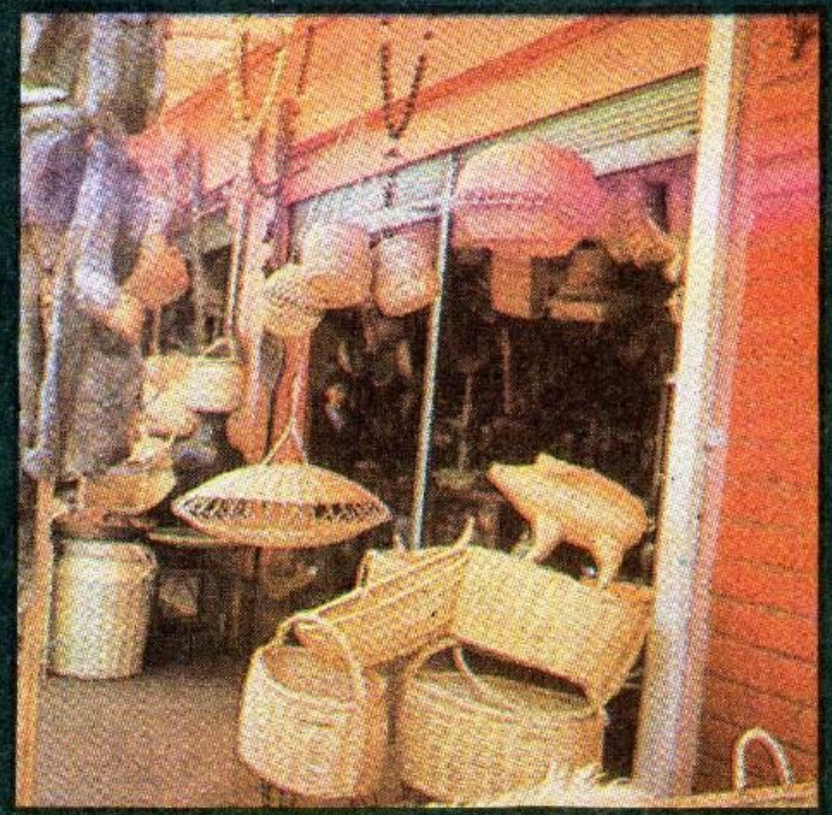


La caleta de pescadores de Angelmó es uno de los centros más pintorescos del sur del país. En el resto de Chile y el extranjero, su nombre está asociado a los ricos mariscos que sólo en Angelmó se pueden comer.

La artesanía popular pasó, en pocos años, del ámbito artesanal y anónimo en que la mantenían sus cultores a ocupar el primer plano del interés popular.



Los cacharros artesanales de Quinchamalí, en la provincia de Chillán, se caracterizan por el dibujo blanco de la figura que los distingue de otros centros artesanales famosos, como Pomaire.

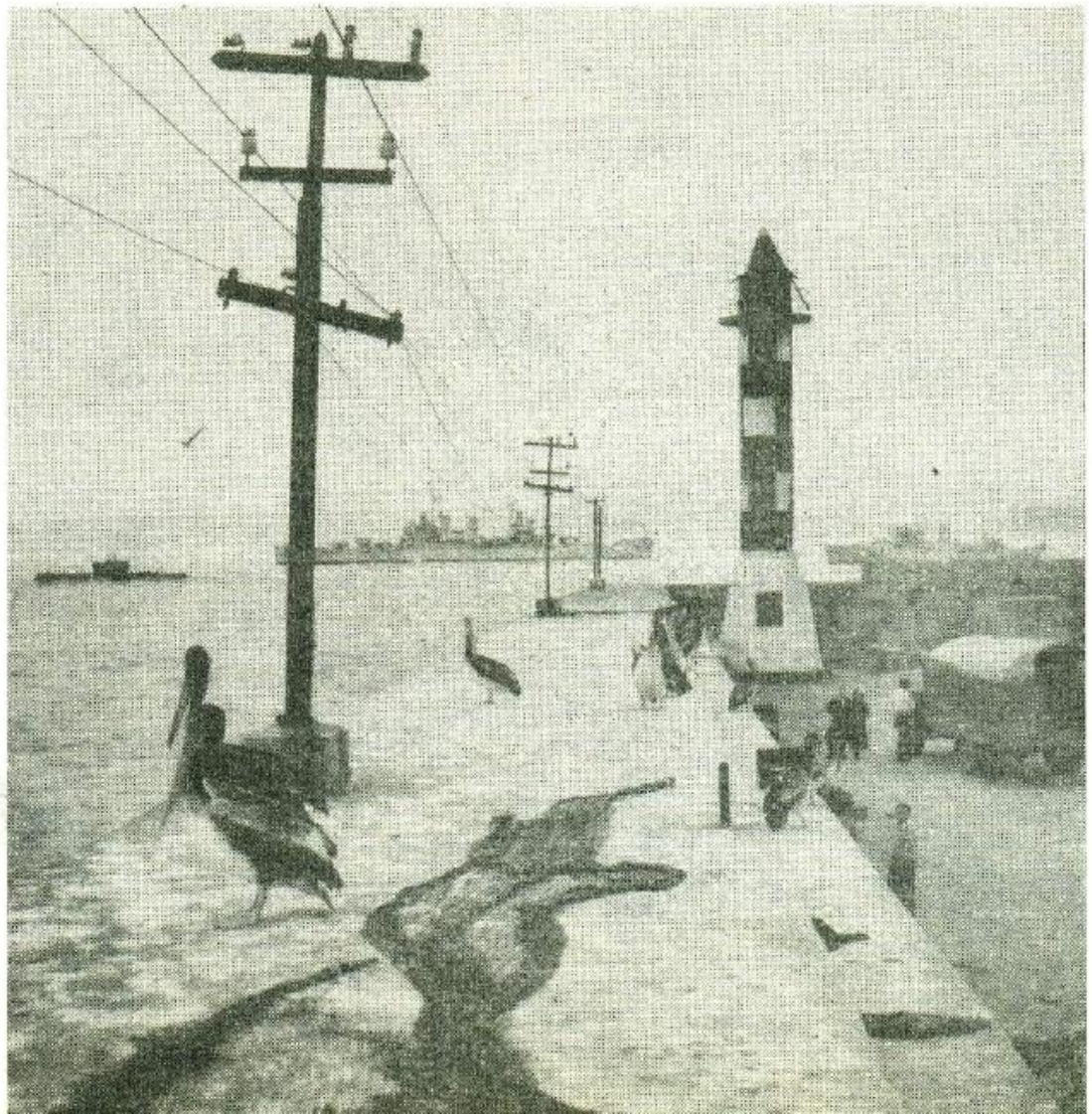


Pucón es un balneario turístico a nivel internacional; las aguas tornasoladas y la imponente belleza del lago Villarrica ahorran cualquier comentario.

Los tolomiros de la Isla de Pascua son una incógnita aún no despejada por los científicos para precisar el origen del pueblo que la habitó.

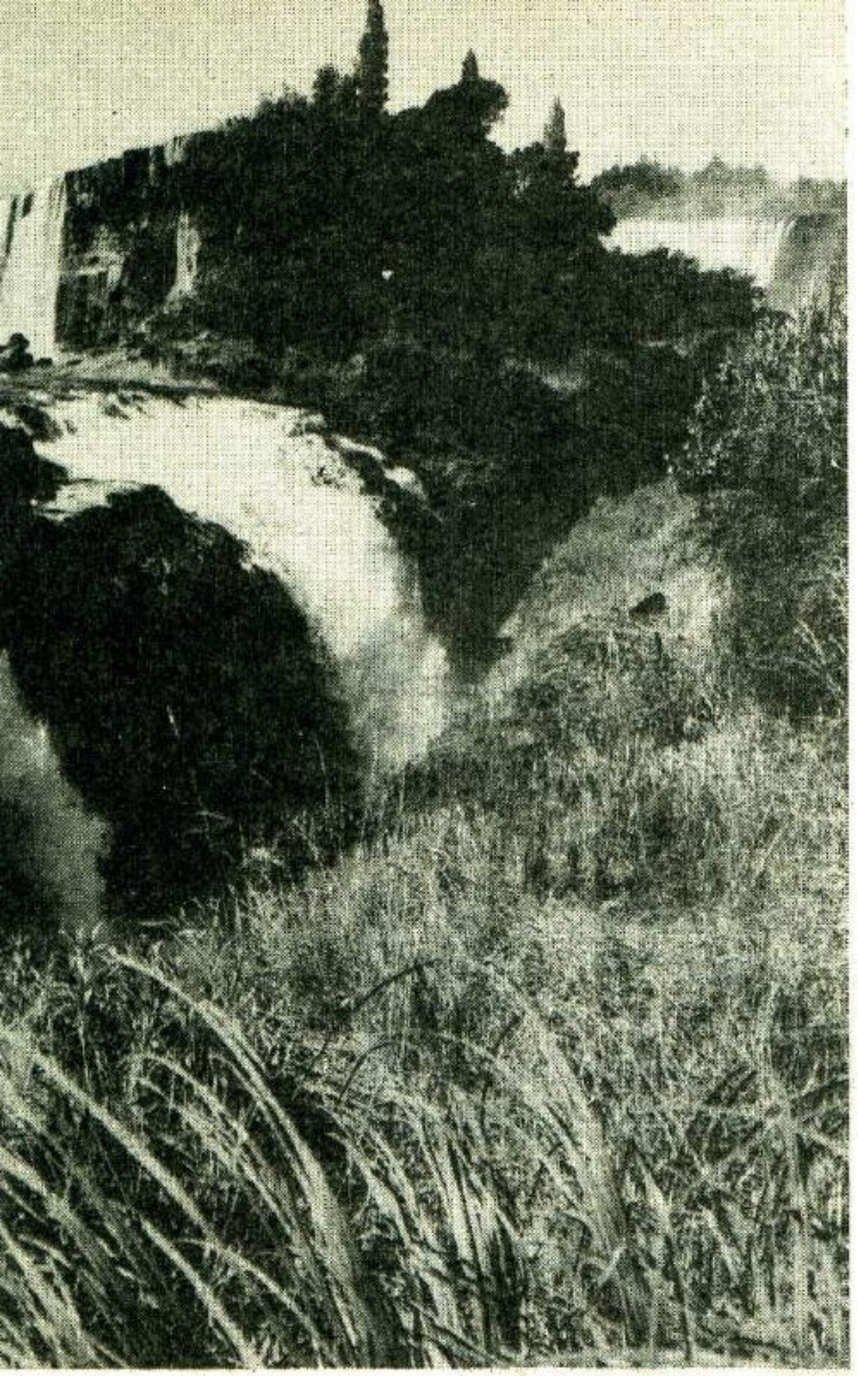
La parte austral de Chile es rica en variadas fuentes de recursos naturales y hermosos paisajes, por lo que se puede decir que es una región privilegiada. Sus ricos pastizales permiten mantener un ganado ovino de excelente calidad.

La Isla de Pascua es un centro turístico de atracción mundial por los restos de antiguos pueblos polinésicos ya desaparecidos que dejaron toromiros y jeroglíficos como prueba de su cultura. Isla de Pascua es, también, un puente que comunica a Chile con el Oriente y Oceanía.

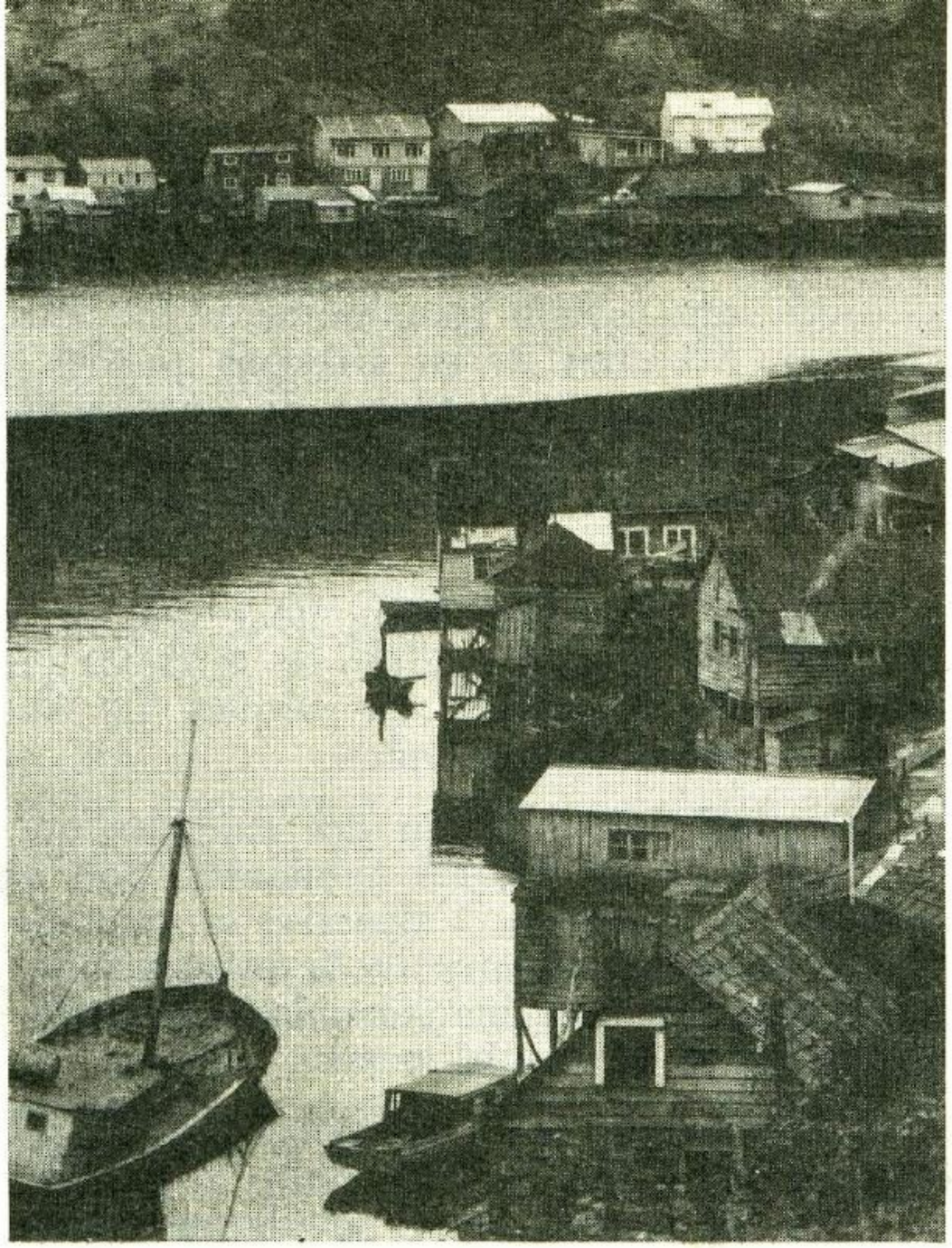


Valparaíso es el principal puerto de Chile y una ciudad llena de encanto y misterio.
A mediados del siglo XIX, Valparaíso superaba en importancia a la capital por el volumen de su actividad comercial y cultural.

Chile es un país de contrastes naturales muy acentuados a lo largo de su extensa y angosta geografía. Chiloé, en el extremo sur de Chile, ofrece con su región de los canales un ejemplo característico de esa zona.



La cascada natural el Salto del Laja, cerca de Los Angeles, en el sur de Chile, es visitada anualmente por miles de chilenos y extranjeros que acuden con curiosidad a conocer uno de los pocos fenómenos naturales de este tipo con que cuenta el país.



Los glaciares y nieves eternas del continente antártico impresionan como uno de los paisajes más desolados del mundo.

sistentes en el día. Además, la oscilación térmica anual tiene un margen que hace la temperatura siempre agradable.

● * *Arqueológicamente*, existen testimonios de las culturas precolombinas (picunches, mapuches). Muestras de su artesanía pueden verse en el Museo de Historia Natural de Santiago, en el Museo de Angol y en el Museo de Temuco.

Llaman la atención las comunidades indígenas de Arauco, Cautín, Valdivia y Osorno, descollando los trabajos que realizan en madera, tejidos, platería y cestería.

● *Santiago*, la capital de la República, tiene más de 3.000.000 de habitantes. Se ubica en un escenario natural rodeado de serranías, unas suaves, otras abruptas; unas agrestes y otras convertidas en parques. La ciudad trepa hacia el este al majestuoso marco nevado de los Andes.

● *Valparaíso*-Viña del Mar integran dos ciudades que están unidas y en su conjunto tienen alrededor de 500.000 habitantes. Son una mezcla de puerto y de centro de recreación marítima. Valparaíso se extiende sobre decenas de colinas; todos los estilos están presentes en la construcción de sus viviendas. Viña del Mar aparece tranquila, con una serenidad que es la antítesis del febril movimiento que presenta el barrio del puerto.

● *Concepción*-Talcahuano, con una población de 400.000 habitantes, es el tercer núcleo urbano de Chile. Se sitúa junto al río Bío-Bío y frente a la bahía de Talcahuano. En sus inmediaciones se ubican importantes centros industriales: siderúrgico de Huachipato, el complejo textil de Tomé, las minas de carbón de Lota y Coronel, la fábrica de celulosa en San Pedro.

Sus alrededores muestran numerosas villas de costa y montañas: Ramuntcho, Dichato y Laraquete, Contulmo, Laja y Santa Bárbara.

● *En los ríos*, lagos y lagunas la pesca es abundante, principalmente en especies salmonídeas, como las del Laja, del Trubunleo, del Pilmaiquén, del Petrohué. Los ríos a menudo son tranquilos y serenos, fácilmente navegables, como

los que rodean a la ciudad de Valdivia (Calle-Calle, Cruces y Valdivia). La navegación también es posible en todos los lagos, sobre todo en el Villarrica, Calafquén, Panguipulli, Riñihue, Pirehueico, Llanquihue y Esmeralda. Ríos y lagos, en donde también abunda la trucha, se encuentran rodeados de selvas y de imponentes y majestuosas montañas.

De la provincia de Llanquihue al sur, todo cambia, pues el continente se transforma en su parte occidental en un archipiélago con millares de islas, penínsulas, golfos, istmos, islotes y canales.

- *Los Andes* terminan al borde del mar, donde se reúnen los glaciares que se desprenden de las altas cumbres nevadas. Hielo, roca, musgo, matorral, árbol y agua ve el viajero, en íntima relación, al navegar por los canales australes.

- *Los bosques* que se desarrollan en las múltiples islas y en las pendientes de los Andes, enmarcan los imponentes rápidos que forman los ríos al cortar las cordilleras en su avance hacia el mar, entre ellos el Baker, que es el más caudaloso de Chile.

- *En Chiloé* la vida rural se concentra en pequeños pueblos, como Quemchi, Chonchi, Dalcahue y Quellón, destacándose ellos en la artesanía de tejidos, de cestería, de trabajos en madera. Además la música es el más fiel testimonio de una tradición que se basa en un pasado indígena y colonial, en que ha llegado a confundirse la leyenda con la realidad.

- *Las ciudades* más importantes son Ancud, Castro, Puerto Aysén, Coyhaique, Punta Arenas y Puerto Natales. En todas ellas se localiza una actividad basada en la ganadería y en la agricultura.

- *En Punta Arenas*, la ciudad más austral del mundo, ubicada a orillas del estrecho de Magallanes, existe el Museo de la Patagonia, con muestras de la flora, fauna y el género de vida de los indios alacalufes, fueguinos y onas. Desde esta ciudad se puede iniciar la visita al Fuerte Bulnes, que es un museo histórico; a las canchas de esquí del cerro El Mirador, que se encuentran a sólo

Los españoles sojuzgaron a los pueblos indígenas durante la Conquista y la Colonia. Después de la Independencia la oligarquía despojó de sus tierras a mapuches y araucanos, pueblos bases de nuestra nacionalidad.

Uno de los atractivos del árido y duro paisaje nortino son las fumarolas del Tatio, situadas a 4.500 metros de altura, al interior de Iquique.

7 Km. de la ciudad y a 400 metros de altura; a Puerto Natales y desde allí a la cordillera de Paine, en donde sus lagos, rápidos y vegetación ofrecen un espectáculo sobrecogedor.

En Magallanes se concentra la explotación del petróleo y sus industrias derivadas.

Otro de los atractivos de esta zona lo constituyen, desde un punto de vista antropológico, los pocos indios alacalufes que viven en Puerto Edén dedicados a la pesca.

LA ANTARTIDA

Ningún país del mundo queda tan cerca de la Antártida ni tan íntimamente relacionado con ese continente como Chile.

La Antártida ejerce una poderosa atracción por sus hielos flotantes, por sus hielos continentales, por su flora de musgos y líquenes y por su fauna representada por ballenas, focas, pingüinos y algunas aves.

La Patagonia es el paraíso para los naturalistas, pues el aislamiento ha salvaguardado una fauna autóctona que ya no existe en otros parajes similares a éste; así tenemos el guanaco, el huemul, el zorro colorado, el chingue, el hurón; entre las aves se encuentran el avestruz, la garza, el flamenco, la bandurria y los hermosos cisnes de cuello negro, verdaderos símbolos regionales.

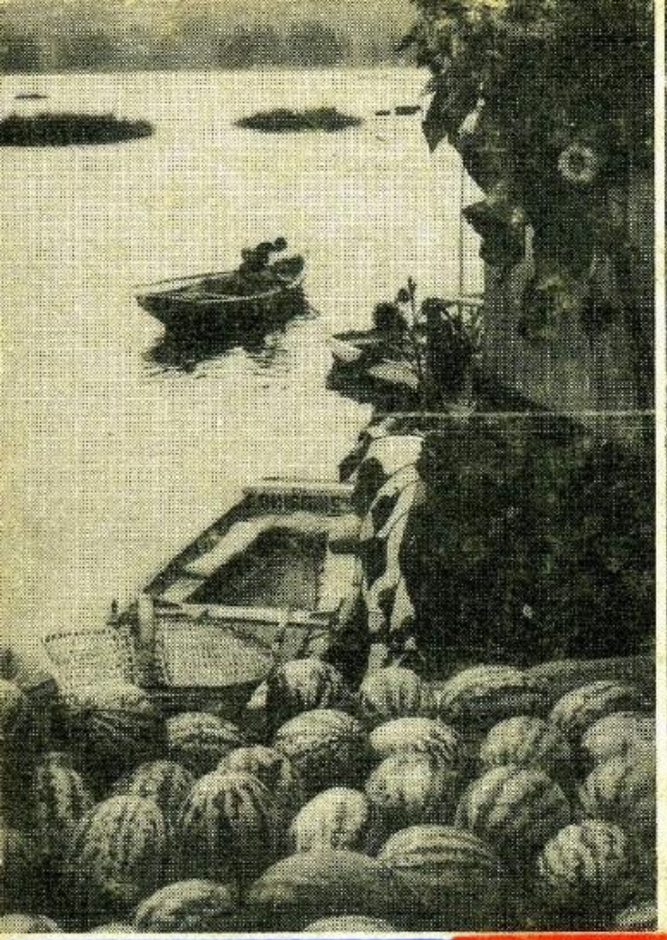
LAS ATENCIONES AL TURISTA

El viajero puede arribar al territorio nacional por carretera, por ferrocarril, por barco o por avión. Los caminos y los ferrocarriles internacionales lo conec-

tan directamente con Perú, Bolivia y Argentina. Los puertos y aeropuertos lo unen con todos los países de la Tierra.

Las principales entradas por carretera son los pasos de Guaitiquina (Antofagasta), Agua Negra (Coquimbo), Caracoles (Aconcagua), Pehuenche (Talca), Pino Hachado (Malleco), Mamuil-Malal (Cautín), Puyehue (Osorno), Pérez Rosales (Llanquihue), Huemules (Aysén) y Monte Aymond (Magallanes). La mayoría de las puertas de Chile que nos comunican con Argentina permanecen cerradas durante el invierno, salvo las de Guaitiquina y Caracoles.

A lo largo de la costa existen numerosos puertos que constituyen los puntos de llegada y de partida de barcos de todas las nacionalidades. Los más importantes son Valparaíso, Talcahuano, Arica, Antofagasta, Coquimbo, San Antonio, Puerto Montt y Punta Arenas.

Chile cuenta con aeropuertos internacionales en Arica, Antofagasta, Santiago, Concepción, Puerto Montt, Balmaceda y Punta Arenas; es decir, la red internacional cubre todo el territorio; incluyendo el aeropuerto de Mataveri en la isla de Pascua. La red internacional está servida por más de 20 compañías, las que unen al país con todos los continentes.

Chile abre sus puertas para dar a conocer un mundo apasionante en sus múltiples aspectos. Tierra de poetas e historiadores, ofrece hoy una perspectiva de singular atractivo. Cordillera y mar, paisaje y tradición, se unen para servir de marco a uno de los procesos políticos más singulares de nuestra América.